



Universidad de Buenos Aires  
Facultad de Ciencias Económicas  
Biblioteca "Alfredo L. Palacios"



# Evolución histórico-sociológica nacional

Ferrari, Roberto O.

1955

Cita APA: Ferrari, R. (1955). Evolución histórico-sociológica nacional.  
Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas

Este documento forma parte de la colección de tesis doctorales de la Biblioteca Central "Alfredo L. Palacios".  
Su utilización debe ser acompañada por la cita bibliográfica con reconocimiento de la fuente.  
Fuente: Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Económicas - Universidad de Buenos Aires

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS  
INSTITUTO DE SOCIOLOGIA

Resumen de la Tesis Doctoral titulada:

"EVOLUCION  
HISTORICO- SOCIOLOGICA  
NACIONAL"

---

Presentada en fecha 28 de octubre de 1955, por:

RODOLFO OSCAR FERRARI

Registro n° 14.582

Domicilio: Rosales 1331- Adrogué

AÑO 1955



Rodolfo Oscar Ferrari

*Sextuplicados*

## R E S U M E N

La Historia es vida impulsada intermitentemente por el florecimiento de Culturas Nacionales.

Este trabajo vé en la Argentina posibilidades para lograr creaciones culturales propias, y lo hace tratando de explicar el presente en función del pasado. Para ello debe definirse la evolución histórico-sociológica nacional y su proyección hacia el futuro.

En el primer período de evolución (PERIODO COLONIAL) se estudia la formación hispanoamericana: con la Conquista se produce la irrupción del español y su choque con el indio, derivado en la sumisión, el mestizaje y la desintegración del aborigen. Con la Colonia queda estratificado un sistema híbrido de feudalismo y capitalismo, matizado por la introducción del negro, rápidamente absorbido en la evolución.

En general se estructura un sistema desequivalente, anacrónico e improvisado, por iniciarse ya la decadencia de España en un momento histórico de transición. De esta primera formación surgen caracteres psicológicos de base inferior, y un orden social desintegrado por incompatibilidad.

En el segundo (PERIODO NACIONAL) se estudia la nacionalidad argentina. La Revolución de Mayo expresa una vocación de poder, amasada desde la independencia norteamericana hasta las invasiones inglesas. Luego viene la difícil etapa de la Organización, jalonada en 1813, 1816 y la gesta de San Martín, el arquetipo. Pese a todo cunde la división interna, precio doloroso al reestablecimiento del orden en un pueblo de madurez insuficiente para organizarse. Y tras la anarquía, la secuela inevitable de la tiranía, sistema sombrío que impone el orden por la violencia y cumplida su misión, desaparece. Ahora la nación, unida y asomada al mundo, necesitaba una etapa de consolidación para pulir sus rasgos.

Toda la evolución muestra la presencia de dos factores medulares: el TELÚRICO, encarnado en la tierra y la distancia, y el ÉTNICO-CULTURAL, englobando principios de raza y cultura. Su influencia determina rasgos psicológicos y sociales de la nacionalidad; en el primer aspecto resaltan aquellos que observara Runge: tristeza, pereza y arrogancia; en el segundo se destacan el caudillaje, el desprecio de la ley, el culto del valor, etc.

Pero aquella etapa de consolidación no fué posible, por que siempre reinó en la evolución un principio de desequivalencia.

En el tercer período (CRISIS) se estudia la crisis universal en cuyas garras cayó el país apenas organizado, y que presenta dos etapas: el Liberalismo, negatorio del pasado y de toda sujeción, derivado en materialismo, racionalismo, individualismo e internacionalismo. Y el Estatismo, corrector pero igualmente funesto, definido en materialismo, racionalismo, socialismo y nacionalismo. Se sanciona así la primacía de la materia y la razón, sepultando a espíritu.

En el país el liberalismo se ubica de 1853/60 a 1914/30, ofreciendo libertad individual y desarrollo de la personalidad, pero a cambio del desamparo. Institucionalmente se concreta en abstención estatal, alejamiento de las masas y conexión exterior en política; libertad, iniciativa privada, capitalismo y dependencia internacional en economía; desigualdad, abstención e indiferencia en el orden social. En cuanto al espíritu, ligereza y extranjerismo son sus caracteres.

Desde 1914/30 en adelante, el estatismo configura un sistema de protección, a cambio del mando autoritario y la anulación de la personalidad. Expresa intervención autoritaria, acercamiento de las masas y autonomía internacional en política; intervención, socialización y autosuficiencia en economía; igualación, intervención y desconexión en el campo social. Y el espíritu muestra dos rasgos: ligereza e inseguridad.

Entre ambas etapas, la inmigración italiana significa un nuevo aporte de sangre generosa y energía de producción. Pero no podía bastar por sí sola para corregir la influencia de la crisis.

El resultado general de la evolución muestra el enmascaramiento de la nacionalidad, por obra de las desequivalencias y la crisis.

-----

Proyectada esa evolución hacia el futuro, surge como deducción la capacidad cultural del país, que pudo mantener la dirección del progreso aunque se haya retardado su ritmo. Para ello se requiere una acción integral tendiente al retorno a los valores auténticos del estilo nacional.

Tal acción debe orientarse a lo que llamo individualismo personalista y nuclear. La familia ha de dar la fuerza, dentro del encauzamiento económico y estatal, a modo de inyecciones de reactivación.

Deben reconstruirse la familia, las clases y las profesiones para remodelar el Estado en el marco de la Nación, con el impulso de la escuela y la tutela de la Iglesia.

Entonces es necesario una revisión institucional que persiga en el campo político y económico, el desplazamiento de la gravitación del estado hacia el individuo, los órganos locales y los cuadros intermedios; en el orden social, el reconocimiento de la desigualdad y la posibilidad de elevarse. Ello puede lograrse con los principios de descentralización y delegación del poder en política; libre competencia, iniciativa privada y autosuficiencia en economía; diferenciación, moralidad y solidarismo en materia social. Todo debe ser orientado y presidido por un espíritu nacional, alejado de autenticidad, coherencia y elevación.

Y esbozada la acción en el siguiente orden de causalidad:



**ORIGINAL**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS

INSTITUTO DE SOCIOLOGIA

1501  
634

Trabajo de Tesis Doctoral de  
RODOLFO OSCAR FERRARI - Registro nº 14.582

AÑO 1955

-----○-----  
Título del trabajo:

"EVOLUCION

HISTORICO - SOCIOLOGICA

NACIONAL"

Fecha de Presentación: 28 de octubre de 1955

-----○-----  


Rodolfo Oscar Ferrari

Domicilio: Rosales 1331-  
Adrogué

*Oscar Ferrari*

## I N D I C E

	página
Prólogo .....	1.
<u>INTRODUCCION</u> : El Período Colonial.....	6
La Conquista.....	6
La Colonia.....	29
<u>EVOLUCION</u> : El Período Nacional.....	40
La Revolución de Mayo.....	45
La Organización.....	51
<u>CRISIS</u> .....	69
La Crisis del Liberalismo.....	72
La Inmigración.....	99
La Crisis del Estatismo.....	104
<u>SOLUCIONES</u> .....	120
Teoría General.....	120
Las Instituciones Argentinas.....	148
El Espíritu Argentino.....	175
Los Factores de la Evolución.....	180
Hacia la formación de una CULTURA NACIONAL .....	191
<u>EPILOGO</u> .....	194



## P R O L O G O

La historia de la civilización es un organismo viviente cuya dinámica se encauza y vivifica por el impulso intermitente de culturas nacionales.

Afirmando el concepto de cultura como conjunto de valores creados por el hombre, una cultura es nacional cuando esos valores reflejan el estilo cultural de una nación. Y una nación tiene estilo cultural si la comunidad unida por vínculos de afinidad racial, idiomática, mesológica y religiosa, crea valores que por llevar el signo de concepciones específicas, se hacen individualizables en el tiempo y en el espacio.

Toda nación en su historia ondula en parábolas inevitables de ascenso, cumbre y declinación. Algunas veces no dejan rastros mayores de ellas; pero otras legam a la humanidad el aporte imperecedero de creaciones propias. Ello acontece cuando, llegando a la cumbre del proceso, han creado una cultura nacional. Todo el progreso material y espiritual está dado por el legado específico de dichas culturas, siendo indudable entonces la desigualdad extrema que debe reconocer la humanidad en el juicio sobre aquellos pueblos que supieron dar valores nuevos a la civilización.

Hoy es mi deseo ferviente que la Argentina llegue a ser uno de ellos y que trás la marcha que iniciemos, en la inmensidad tremenda de los siglos venideros, la historia pueda hablar de una Cultura Argentina.

Un siglo y medio de vida me muestran un conjunto de manifestaciones que llegan a situarme en la idea de que nuestro país está llamado a desempeñar ese papel en la historia.

Y lo he visto no tanto a través del orgullo de sus virtudes, sino de la melancolía de sus defectos. Siempre he adoptado una posición de crítica frente a los juicios fáciles sobre nuestra nacionalidad. Harto có

modo resulta parecer patriota a través de palabras inflamadas de alabanza.

Muy difícil en cambio, el dolor de reconocer los propios defectos.

Yo tengo la valentía de verlos, y el orgullo de pretender luchar para desterrarlos. Antes que la alegría pasiva de los argentinos de afuera, prefiero la tristeza apasionada de quién presiente oro bajo el barro y pugna por extraerlo.

He visto en toda la historia argentina un desaprovechamiento gigantesco de valores y recursos: riquezas naturales inexploradas por falta de iniciativa; altos valores psicológicos recubiertos por una conciencia impersonalizada; riquísima aptitud espiritual ahogada por la influencia nociva de corrientes extrañas; y a través de todo ello he tenido la visión de la potencialidad material y espiritual latente de nuestra nacionalidad, pese al desgaste de valores y a la aberración del camino.

Y si a pesar de ello la Argentina ha mantenido firmemente la línea ascendente de su progreso, es evidente que hay en ella una aptitud para la creación de valores nacionales.

Considero que éste es uno de los momentos más oportunos para que la nación inicie la marcha final hacia la consecución de ese destino. Sacudida su estructura social por nuevas orientaciones; transformada su economía; renovada su política; apartada en fin, y al parecer en forma definitiva de los viejos moldes clásicos que afianzaron los difíciles momentos iniciales de su historia, la República Argentina es un hervidero de principios en pugna, que plenos de virtudes y defectos, buenas o malas intenciones, han tratado de impulsarla por caminos distintos.

Se define así la existencia de un momento crucial en su historia, pudiendo de él derivarse distintas consecuencias:

La primera es el aquietamiento de las tendencias renovadoras, significando el retorno a sistemas ineficientes por su antigüedad que demorarían la culminación de la marcha.

Otra es el derrumbamiento total de los principios heredados, significando la desviación por cauces extremistas inadaptables que llevarían al suicidio como nación.

Y la tercera -único sendero correcto- el encauzamiento por el camino auténtico que nos lleve al destino glorioso que late en nuestra historia.

La República Argentina arriba al momento actual tras un proceso de transformación que lo hace ideal para iniciar la marcha definitiva hacia grandes destinos. Única nación quizás colocada en una posición internacional equidistante, ha mantenido su gallardía y ha sentido el paso de hálitos renovadores, que parecen invitarla a iniciar la conquista de valores culturales superiores.

Para ello se impone la revisión de sus principios e instituciones para orientarlos y coordinarlos en una verdadera acción nacional que, basada en un sentimiento colectivo armónico y personalista, trasunte la existencia de una auténtica conciencia nacional.

La nación debe, al decir de Spengler, estar en forma para la consecución de su destino. Tal es el momento, entonces.

Y he elegido a la Sociología como bastión para lanzar este humilde grito de atención a la conciencia nacional argentina.

Creo que la Sociología, como madre de todas las ciencias que estudian las relaciones entre los hombres, debe regir, desde su campo elevado y amplísimo, el esfuerzo de superación que propugno.

De ahí, entonces, la separación absoluta de este trabajo de toda mezquindad económica o política; me declaro por encima de todo ello colocándome en un punto de vista superior y argentino, único que admito.

Este trabajo pretende ser como yo creo que debe ser nuestro esfuerzo: práctico y realista en sus medios; excepcionalmente superior en sus principios e ideales. La Economía y la Política, como simples ramas de la Sociología, sólo deben ser pilares y no cumbre del proceso.

Allá en lo alto, debe estar el espíritu nacional creando valores argentinos.....

No debe confundirse empero, por que ello no implica una utopía de bellas palabras y sentimientos soñadores. Creo en la Argentina; y en aras de un destino superior, propongo la revisión de sus instituciones y sus ideas, para encauzarlos por ese sendero.

Desde ya que este intento no pretende ser perfecto ni completo.

Sólo significa un llamado de atención, basado en orientaciones generales que deberán ser estudiadas a fondo, modificadas y complementadas.

No pretende tampoco ser el primero en su género, ni lleva el ansia desmedida de ver realizaciones a corto plazo.

Más que una labor objetiva y fría, es la exaltación de quien quiere y sabe que puede ver a su Patria en las cumbres de la historia. Se intenta en él investigar el contenido histórico de la nacionalidad; y trata en efecto, de llegar a una concepción hilvanada de la evolución de nuestro pueblo, para explicarse el presente en función del pasado, Siempre la historia proyecta sobre la realidad una luz reveladora, ya que todos los problemas tienen raíces en ella.

La consecución de un destino como el que se prevé en párrafos anteriores, es únicamente posible utilizando los medios adecuados a ello; y tales sólo pueden ser los que lleven impreso el sello ineludible de las razas y las culturas que nos dieron la vida.

Se impone entonces un proceso de clarificación de la vida ar

gentina, que al descubrir sus valores auténticos permita el retorno a ellos, desechando todos los elementos extraños e inadaptables que formando la corteza de nuestra vida presente, crean tablas de falsos valores en ella.

No significa esto reducirse a una causalidad estrecha que puede llevar a una lógica irreal o a generalizaciones absurdas. La gran diversidad de ideas tampoco lo permitiría. Pero puede encontrarse los lineamientos de una evolución de nuestra historia que, en presencia de los actuales defectos y virtudes de la nacionalidad, permita su explicación y solución.

He tomado en general una posición prudente y ecléctica frente a la disparidad de conceptos; pero adopto siempre una posición clara, acorde con mis conocimientos y mi sentir de argentino, sentando opinión sobre el tema.

Creo llegar a una visión acertada de nuestra evolución desde el punto de vista sociológico, sin pretender nada más.

Si una ínfima parte de esto sirviera a alguien para algo..... Si algún día la nación me hiciera el honor insigne de recordarlo al pasar, colmaría de felicidad el nervio profundo de mi emoción de argentino.

## I N T R O D U C C I O N

(El Período Colonial)

El estudio del desarrollo sociológico argentino debe remontarse a la época colonial, por ser ésta la que aporta los lineamientos básicos para el conocimiento del proceso histórico posterior.

Es en efecto de ella de donde parten diversos elementos que contribuyen a estructurar la base de la formación sociológica argentina; elementos que si bien fueron variando -a veces substancialmente- por el transcurso del tiempo y la influencia de nuevos factores, mantuvieron impresos caracteres trascendentes que acompañan a la evolución de la sociedad.

Y como la colonia fué la estratificación de una serie de desequivalencias nacidas de una época preliminar de conquista y colonización, corresponde antes tener una visión de los rasgos salientes de ésta.

### LA CONQUISTA:

La conquista de América es como hecho concretado y como momento en la historia, el resultado de un error y de una vocación. Pero como hecho latente y como evolución de la historia es en cambio el resultado de principios y medios desequivalentes.

En el primer sentido, la conquista se traduce en el campo material con características de sendero erróneo y resultado imprevisto. Las carabelas en efecto sólo buscaban las Indias; y Colón habría de morir en la ignorancia de haber descubierto un nuevo continente.

Pero también quedó impresa en el orden espiritual como expresión gloriosa de una vocación de poder, y tal es su aspecto trascendente.

España arriba al siglo XV empeñada en una cruzada secular contra los moros, que habría de culminar victoriosamente en ese tiempo.

Y junto a ese triunfo llegaría a la cima, la gloria española desbordada por el mundo.

En ella estaban depositados los más altos valores de la estirpe latina, como herencia genial de Roma recibida a través de la ráfaga purificadora del ímpetu germano. Cuando Roma decaía, legando al mundo valores específicos, los invasores llegaron para custodiar esa fortuna. Y tras pasearla por Europa se la entregaron a España.

Esta entonces encarnó el espíritu romano, cargando sobre sus hombros el peso inmensurable de la conservación de una raza, una estirpe y una cultura.

Animada del soplo inextinguible de un catolicismo férreo, luchó 800 años defendiendo su tesoro; descubrió para el mundo, un mundo nuevo.

Y al llegar a la cumbre de su historia se lanzó a la empresa inmortal de la conquista.

Había en ella una vocación de poder; y al conjuro del triple ideal de la fé, la civilización y la Patria, habría de crear naciones nuevas para entregarles más tarde, como ya lo hiciera Roma, la custodia de auténticos valores culturales.

Pero en el segundo sentido, como hecho dinámico y curva de flexión en la historia, la conquista marca el punto inicial de un proceso caracterizado por el signo general del desequilibrio y las desequivalencias de toda índole.

Al mismo tiempo que España se lanzaba a una empresa que sería la última, comenzaba la declinación de su apogeo.

Desgastado su impulso cultural en las dos cruzadas gigantes del descubrimiento de América y la reconquista de su propio territorio, vería con inquietud la aparición en Europa de ideas nuevas, que imbuídas de una filosofía liberalista y de un naturalismo creciente, habrían de

sustentar ideas diametralmente opuestas a las de sus concepciones clásicas.

Al mismo tiempo agitan sus entrañas fuerzas regresivas basadas en la doble influencia de la expansión material británica y el florecimiento de las ideas francesas, que tratan por consiguiente de sojuzgar al último baluarte auténtico de la cultura latina.

España en decadencia alza muros en sus fronteras de Europa, resistiendo heroicamente la presión de aquellas fuerzas; aviva aún más su catolicismo férreo, haciéndolo engeguedor con San Ignacio. Y luego en la agonía de su gloria, trata de inyectar febril y desesperadamente su vida en América.

Después, rota ya su hegemonía, se debatiría presa de las influencias citadas y de sus propios gérmenes de disolución interna.

Aquí en América había de quedar el drama de instituciones forzadas, una orfandad prematura y un sistema cultural que comenzaba a ser viejo, enclavado en un escenario nuevo. Principios contradictorios y desequivalencias de toda índole -el desequilibrio como símbolo- serían los resultados de esto, y agitarían por siglos la evolución normal de la vida y la cultura en América. Quizás recién hoy comencemos a salir de ello.....

#### Las Bases:

La sociología argentina, como toda la hispanoamericana, muestra una conformación determinada por la doble influencia permanente de dos factores básicos:

- a): El factor TELURICO
- b): El factor ETNICO-CULTURAL

### El Factor Telúrico

La influencia de los factores físicos es de extraordinaria importancia en nuestro estudio. Sin caer en el error de una interpretación exclusivamente mesológica de la sociología americana, es imposible dejar de reconocer la enorme trascendencia ejercida por el factor geográfico en la vida del continente, sobre todo en las etapas primarias de formación.

Presenta un poder inicial tremendo, siendo factor condicionante de la vida del indio: establece su carácter nómada o sedentario; fija el régimen de propiedad y el grado de su progreso; determina su ámbito de movilidad, su fuerza de trabajo y su orientación disciplinaria; y desenvuelve finalmente sus concepciones religiosas e imaginativas.

Más tarde esa presión se ejercería con similar intensidad a la llegada del conquistador, imponiéndole a veces transformaciones en su vida, obligándolo a sujetarse a las condiciones reinantes, variando sus hábitos y quizás desviando incluso sus concepciones sociales y espirituales.

Con el tiempo irían luego perdiendo fuerza las influencias físicas, limitadas por el avance cultural.

Pero siempre estuvo presente en el desarrollo de América, el poderío latente e incontrolado de las fuerzas telúricas. La tierra y la distancia impondrían siempre una tonalidad especial en la historia americana.

### El Factor Etnico Cultural

Presenta una base inicial que se establece por el choque de razas producido por la irrupción del europeo, Este contacto primario arroja como resultado la mestización. Y es aquí donde se advierte, como ha sido siempre destacado por los autores, la profunda diferencia entre el

proceso formativo del norte de América y el de la parte sur del continente.

Allá, en la América Sajona el choque produciría la repulsión de las razas, la separación de las culturas y un ínfimo nivel de mestizaje.

Aquí en cambio, en la América latina, el encuentro determinó la incrustación de las mismas; y si bien como era lógico una de ellas sería absorbida por la otra, ambas se confundirían para amasar una conformación primaria de la sociedad.

El resultado de ello arrojó un producto híbrido cuyos caracteres traducen un índice de inferioridad con relación a las razas constitutivas. Posteriormente tales caracteres se mantendrán con la absorción de otra raza, la negra, para irse mejorando luego por nuevos aportes de raza blanca europea.

Tal es la importancia del factor étnico cultural. Y se requiere entonces el conocimiento de los rasgos esenciales de los grupos étnicos en pugna.

#### El aporte indio:

A la llegada del conquistador, numerosas tribus indígenas pueblan el actual territorio argentino: tobas en el chaco, diaguitas en el noroeste, charrúas en el litoral; araucanos, querandíes y puelches en la pampa; patagones y onas en el sur, etc., configuran una diversidad de razas cuya primordial característica es la uniformidad cultural de las mismas, a diferencia del resto de Hispanoamérica, donde la desigualdad fué en ese aspecto el rasgo saliente de la sociología indígena.

No existían aquí grandes civilizaciones como la incaica, maya o azteca; y si bien algunos pueblos mostraron signos de un mayor avance cultural como los diaguitas, araucanos, etc., en general la población in

dígena de esta parte del continente no había salido de las formas primitivas de la barbarie.

Distintos factores han de haber influido en ello; la carencia de metales, factor primordial de desarrollo en la época; la gran extensión del territorio que inclinaba a la vida nómada, negando todo principio de organización social; la diversidad y ferocidad de las razas habitantes que impedía la supremacía política de una de ellas, etc.

Ello determinó entonces caracteres psicológicos y sociales que tuvieron gran trascendencia en el desenvolvimiento histórico posterior: ausencia de riquezas mineras, extensiones inconmensurables de terreno llano, indígenas salvajes y feroces, crearían un clima de hostilidad que habría de pesar en forma preponderante en el espíritu del español a su llegada a estas tierras.

Un elemento de suma importancia por su influencia posterior fue la energética eminentemente guerrera de los pueblos aborígenes, característica general en toda América, pero sumamente acentuada en regiones como la nuestra.

Factores principales de ello fueron:

- a): la falta casi absoluta de explotación económica
- b): el estado general de violencia imperante

Y ellos condujeron a una situación social e individual en que todos los esfuerzos se encaminaban a la lucha.

El único elemento dinámico en la estructura indígena era la actividad guerrera, nunca la producción.

Las características psicológicas:

Se destaca nitidamente de entre ellas, el inexorable fatalismo de los pueblos indígenas; elemento éste que presenta triple origen:

- a): geográfico: la enorme potencialidad de los factores

físicos, que hacen que el medio domine al individuo, llevan a éste a considerarlos como elementos de poderío incontrollable y caprichoso, frente a los cuales resulta inútil todo esfuerzo destinado a contrarrestarlos.

- b): religioso: la estrecha vinculación de las concepciones religiosas -en el sentido de creencias en algo superior- con las fuerzas naturales, determinan igualmente la paralización de las reacciones psicológicas.
- c): político: la férrea sujeción a principios de autoridad despótica, que hacen estéril toda oposición al sistema de mando imperante, establece finalmente la subyugación del individuo.

Este fatalismo se traduce en consecuencia, en la paralización de todo esfuerzo energético a excepción del orientado a la guerra. Sólo tienen valor las cualidades físicas, que determinan el ascenso en el grupo. La libertad sólo existe bajo la forma instintiva, no razonada.

Formas destacada de este fatalismo son:

- a): la tristeza: tal sujeción a la naturaleza, a los dioses y a los hombres, determina un espíritu melancólico, con reminiscencias de una existencia doliente y callada y de una vida de futuro incierto.
- b): la pereza: la inutilidad de todo esfuerzo constructivo y la imposibilidad de escapar al destino, lleva inevitablemente a la pereza como convicción y como hábito.
- c): la pasividad: tal situación de inferioridad frente a los elementos cósmicos y sobrenaturales habría de

tornar impenetrable el alma indígena, rodeándola con caracteres de inexpresividad, dureza, frialdad y resignación, que se traducen en los sentimientos y en las actitudes, en el lenguaje y en el rostro.

d): la venganza: la conjunción de los tres elementos señalados crearía inevitablemente un complejo de sombríos sentimientos oprimidos, que han de aflorar a veces en formas vengativas.

El propio fatalismo del indígena lo hace sentir como brazo ejecutor del destino, y en la convicción de ello se entregaría ciegamente a la venganza, dando al mismo tiempo alivio a sus reacciones íntimamente reprimidas.

### Las características sociales:

El rasgo principal en este sentido es el gregarismo, definido por el aniquilamiento de la personalidad. En este caso un rasgo psicológico determina una característica social concordante:

El fatalismo, que en el indio se traduce por inferioridad individual, conduce por lógica al gregarismo en el orden social.

La conciencia y la personalidad se diluyen en la masa. La agrupación social reviste en general el carácter de unidad étnica, diferenciada por el idioma, la religión y las costumbres. La horda y la tribu parecen ser las formaciones más comunes en la estructura de las sociedades indígenas.

La familia carece de fuerza e importancia como institución, por el carácter generalmente nómada de los habitantes, excepción hecha de algunas tribus como los diaguitas y otros.

La sociedad tribal, equiparada al concepto de nación, carece

asimismo de importancia excepto en algunos pueblos como los araucanos.

En otro aspecto, el carácter esencialmente nómada y salvaje de la mayoría de las tribus, impide toda discriminación de clases, si bien los guerreros, sacerdotes y brujos conservan su tradicional importancia.

La ausencia de civilizaciones adelantadas en nuestro territorio se traduce en la carencia casi absoluta de expresiones de cultura artística o científica.

La religión es de origen físico, politeísta e idólatra, imponiendo en general ritos de sentido terrorífico y sanguinario.

El gobierno presenta carácter despótico y absolutista, complementado por una educación exclusivamente guerrera y por formas violentas de justicia.

Por último, la organización social, el régimen de propiedad y el sistema de trabajo tienen modalidades imprecisas y dispares; pero se destaca en general en todos estos aspectos una fuerte tendencia comunalista, rasgo de gran trascendencia también en la evolución posterior a la conquista.

### El aporte español:

La empresa de la conquista presenta características singulares en cuanto se refiere al caudal humano que vuelca hacia América. Dos de ellas se destacan sobre todo:

- a): la sorprendente disimilitud que existe entre la mentalidad y la condición social de los que llegan al nuevo continente.
- b): la evolución de las características psicológicas y sociales de los españoles que van arribando sucesivamente a estas tierras.

En el primer aspecto se observa efectivamente una despropor -

ción entre la condición social de los que llegan y los pensamientos e intenciones que los animan. Desde el primer punto de vista -la condición social- es innegable que la conquista tuvo un marcado carácter popular; tanto el clero y la nobleza, como la sociedad civil o militar, envían en términos generales a sus miembros de menor figuración en la escala social. Varias razones motivaron ello, ligadas incluso al momento histórico que se vivía: la clásica institución del mayorazgo que al concentrar la propiedad en unas pocas manos dejaba desposeídos a muchos; la guerra contra los árabes que produjo una redistribución forzosa de la propiedad; y las transformaciones y efervescencias que se producían por la aparición del liberalismo naturalista en Francia, son factores que impulsan una corriente humana que se hace a la mar buscando aventuras y tierras donde obtener la gloria y la fortuna que en España les era negada.

Pero al mismo tiempo, y como un caso de extraordinaria singularidad histórica, esos hombres estaban dotados en su interior de una mentalidad sorprendentemente distinta, animada de caracteres de nobleza e hidalguía que configuran la existencia de una verdadera aristocracia espiritual: una concepción del mundo típicamente española, un estilo nacional definido, los impulsan a una epopeya destinada a ensanchar la monarquía española y el dominio cristiano en el mundo. Y con esa dualidad de caracteres, combinando la ambición personal con sus ideales de Fé, Patria y Civilización, esos hombres llegan a conquistar América.

En el segundo aspecto, también es innegable que las señaladas características fueron variando con posterioridad, de donde puede definirse la existencia de varias corrientes en el aporte español:

- a): la primera corriente es de descubrimiento y conquista, destacándose su carácter eminentemente guerrero y épico. Sus componentes, bajo la inspiración directa de Isabel la Católica, llegan alentados de ideales ele -

vados y dispuestos a realizar hazañas.

- b): la segunda corriente es de conquista y colonización. Ya los más audaces habían hecho punta en la empresa, agregando a fuerza de heroísmo nuevas tierras al mapa del mundo. Pero los que ahora arriban tienen menos categoría social y espiritual. Vienen a consolidar por la fuerza los descubrimientos anteriores, y a hacer fortuna, inspirados directamente en la política de Fernando de Aragón. Bullen en ellos pasiones encontradas, entre las cuales el deseo de riquezas y el afán de desquite asumen una proporción alarmante.
- c): una tercera corriente llega mucho más tarde, con miras a la colonización y al comercio, pero casi exclusivamente en beneficio personal. Compuesta por gran diversidad de tipos sociales, prácticamente ha desaparecido en ella todo vestigio de aquella mentalidad exaltada e idealista.

Con respecto al estudio del momento histórico del descubrimiento y conquista, interesa solamente la primera corriente, porque implica el choque étnico-cultural primario, al poner frente a frente a dos razas y dos culturas. Y por otra parte, aquella primera corriente puede ser considerada como la genuina, por que engloba los caracteres reconocidos del pueblo español, mientras que las posteriores presentan desviaciones surgidas de una época de decadencia y transformación.

#### Las características psicológicas:

La nobleza es el rasgo fundamental del aporte hispano en este primer aspecto; y se define al mismo tiempo como un sentimiento interior

específico, incapaz de bajezas, y como un conjunto de sensaciones y reacciones de la más pura raigambre feudal-medioeval. Es pues, nobleza por rectitud y nobleza por orgullo.

Este rasgo presenta múltiple origen: la recia estirpe greco-latina, el vitalismo germano y la convicción fatalista árabe son tres moldes de raza donde se forja un sentimiento de supervaloración de lo noble. Nobles eran los griegos y romanos, los germanos y los árabes; nobles debieron de resultar los españoles por justa herencia. Por otra parte este sentimiento se vé acentuado por condiciones históricas y geográficas coadyuvantes: España ha sido en efecto, un pueblo enclavado en su tierra con un destino que parece ser la lucha secular contra las invasiones y la defensa de ideales épicos y viejos.

Tal condición de nobleza determina a su vez una serie de rasgos especiales y derivados que integran la conocida hidalguía española. Y de esta nobleza derivan como rasgos psicológicos:

- a): la arrogancia: una base psicológica como la descrita, que trasciende hasta en la literatura y en el canto, determinaría inexorablemente un temperamento forjado en la lucha y en los triunfos, cuyo inevitable corolario es una fortaleza de espíritu y una modalidad arrogante que se acentúa aún al culminar sus hazañas con el descubrimiento de un nuevo continente.
- b): la pereza: lógicamente la arrogancia traería aparejada una tendencia a la pereza, por cuanto la creencia en la superioridad espiritual lleva siempre a un menosprecio de las actividades materiales. Por otra parte, la guerra permanente, al militarizar la vida, restaba tiempo al desarrollo de la energética pro-

ductora. Las luchas seculares, al parecer sin fin, crearían además en la mentalidad española un cierto fatalismo que predispondría en el mismo sentido. Y finalmente, las ideas de la época, al aprobar la esclavitud y sancionar el desprecio del trabajo, fueron también factores favorables a esa condición.

c): el despotismo: a su vez, de la arrogancia y la pereza, surge el despotismo bajo la forma de temperamento autoritario e inclinación al mando absolutista. La vida clásicamente guerrera del español, sus sentimientos de orgullo, sus elevados ideales, sus férreas creencias, y también las ideas reinantes, son factores que impulsan ese despotismo que desemboca en ciertas formas sanguinarias o de crueldad; la explotación del indígena, el trasplante de la Inquisición en América, y las formas despóticas de gobierno, fueron algunas de ellas. Y si bien este carácter ha sido exagerado por los autores, es evidentemente una de las características de trascendencia en el pueblo español.

d): la ambición: es uno de los rasgos importantes, por cuanto fué factor del impulso hacia América. Se ha visto ya que los que se lanzaron a descubrir tierras nuevas, lo hacían en gran parte buscando gloria y fortuna que no habían hallado en España. Pero si bien la ambición personal es rasgo típico de las corrientes llegadas a América, varió fundamentalmente en cuanto a los medios empleados para la consecución de sus fines. En un principio ellos fueron orienta-

dos al valor personal, los descubrimientos, etc. y luego se desviaron hacia la extracción de riquezas naturales, la explotación del trabajo humano y otros elementos defectuosos.

Con todo debe señalarse que si bien esa codicia dió lugar a numerosos abusos en el orden individual, ha sido sumamente exagerada por los autores, muchos de los cuales omiten destacar que la famosa ambición del oro, tan señalada a través de historias y leyendas, tiene en parte un contenido mítico y novelesco, al hacer presa de la mente afiebrada de los conquistadores.

Pero no puede negarse, de cualquier manera, que esta característica ha sido de extraordinaria trascendencia para la explicación de los sucesos históricos posteriores a la conquista.

### Las características sociales:

El rasgo fundamental en el español es el individualismo, característica diametralmente opuesta a la del indígena en el orden social. Aquí también un elemento psicológico establece una característica social predominante: el individualismo es el corolario lógico de la nobleza.

La exaltación de todo lo noble y elevado y la convicción de un destino épico, con sus modalidades arrogantes y ambiciosas, determinan en el español un sentimiento de supervaloración del individuo que se traduce en el ámbito social imprimiendo su sello en las actitudes y en las decisiones, en el gobierno, el lenguaje, la literatura y el arte.

Y esta característica es una de las mejores herencias de España por cuanto no implica el individualismo ególatra, anárquico o amoral, sino

el individualismo personalista y auténtico, caracterizado por el amplio desarrollo de la personalidad y el culto de los valores vitales, artísticos y religiosos. Basado en el honor, la justicia y la lealtad, está animado por una conciencia jurídica y religiosa muy afianzada, vinculada a un elevado concepto de la vida colectiva que lo combina sorprendentemente con sentimientos de universalidad, fraternidad y adaptación que lo acercan a un comportamiento solidarista.

Los rasgos principalmente derivados de ese individualismo son:

a): el arrojo: la seguridad en sí mismo, la conciencia de sus ideales, la convicción de su destino, son factores que establecen en el español una actitud valiente y permanentemente dispuesta a afrontar riesgos y a acometer empresas difíciles.

Vasco Núñez de Balboa tomando posesión del Pacífico después de atravesar selvas vírgenes con un puñado de hombres, es la imagen del arrojo idealista español.

b): el misticismo: la vida de constante lucha y el carácter extraordinariamente militante y encefalizador de sus creencias religiosas, determina en el español una conciencia mística de singulares relieves, que lo impulsa siempre a la realización de empresas a las que rodea de tonalidades épicas e irreales, al mismo tiempo que lo conduce a algunos errores y crueldades, nacidos de la despreocupación relativa hacia los medios utilizados para la consecución de sus fines.

c): el regionalismo: es una de las características más singulares, por cuanto presenta una conformación

contradictoria. La situación geográfica y la tradición histórica siempre han determinado en España la existencia de regionalismos que se traducen vigorosamente en el lenguaje, las costumbres, el arte y la política a pesar de la ya señalada tendencia española a la universalidad y la adaptación.

Este complejo de caracteres fué trasplantado a América, donde produciría posteriormente consecuencias de suma importancia.

d): la voluptuosidad: es uno de los rasgos más conocidos del pueblo español, y se manifiesta como sentimiento, sensación y actitud, bajo la forma de un ansia del goce de la vida y del contacto con la naturaleza, así como la admiración y culto de las hazañas.

Favorecido por un temperamento exaltado e impetuoso, suele desviarse hacia formas bajas, como han sido el culto de la potencia sexual, la inferioridad de la mujer, etc. de importantes consecuencias en la historia posterior de América.

#### El encuentro étnico-cultural primario:

Del choque de razas y culturas producido en primer término en nuestro suelo, habría de resultar la absorción del indígena y su posterior desintegración. Tal desgraciada consecuencia se debió a la acción conjunta de un complejo de factores que actúan en concurrencia y en distintas direcciones y épocas, hasta cerrar el proceso a través de 4 etapas:

- a): la sumisión por la fuerza
- b): la explotación por el trabajo
- c): la mestización
- d): la desintegración por inadaptación

### El sometimiento del indio:

En el primer momento, el indio es combatido y sometido por obvias razones militares. El español que primero llega a América, viene a descubrir y conquistar tierras para su rey, por lo que habría de tropezar lógicamente con la resistencia de los naturales, resistencia particularmente violenta en estas regiones, dada la ferocidad y escaso desarrollo cultural de las razas habitantes. Aquí el choque fué muy distinto al de otras regiones como Perú y Méjico, donde pudo hacerse cargo a los españoles de haber procedido con engaños y haber destruido civilizaciones brillantes; en estas tierras no había esas civilizaciones ni pudo recurrirse a engaños. Lo prueba el hecho de que habrían de pasar siglos antes de que quedase totalmente vencido el peligro indígena. En esta primera época, entonces, la guerra y la sumisión por la fuerza fué lo único posible y justificado; sus efectos destructivos obedecen entonces a principios simples.

### La explotación del indio:

En esta segunda etapa, en cambio, intervienen ya factores de mayor complejidad, vinculados a la acción de elementos específicos de nuestro estudio. Aparecen ya algunas de las desequivalencias que fueron el símbolo de la azarosa historia americana.

Dos elementos surgen desde el principio con carácter trascendente en cuanto a su influencia:

En primer término esta etapa coincide con el momento en que empiezan a llegar los españoles pertenecientes a la segunda corriente mencionada en el capítulo anterior, cuyos integrantes como se ha dicho oportunamente, eran de menor calidad social y espiritual en relación a los primeros conquistadores. Arriban ya con sus miras puestas fundamentalmente en la fortuna, y van perdiendo en parte los altos ideales que animaban a aquellos.

En segundo término, el país al cual llegaron les reservaba la sorpresa y la decepción más extraordinarias: indios nómades y feroces en lugar de razas sedentarias y civilizadas; selvas y llanuras en lugar de palacios y metales preciosos.....

La diferencia entre el Río de la Plata y Perú y Méjico era tan violenta, que debió de causar graves desequilibrios en la acción e incluso en la mentalidad de los españoles. Desaparecen así todas las ilusiones del oro; no hay riqueza alguna en ese suelo aparentemente pobre; el riesgo de muerte a manos del indio asume una magnitud inesperada. Y por último, el factor telúrico, con sus armas impresionantes de la distancia y la soledad, hace su aparición a los ojos del español con toda su aterradora pasividad.

De esa tremenda sorpresa quedaría el español completamente des- centrado: su mentalidad, que de por sí ya no era tan alta como la de sus predecesores, perdería el ímpetu de sus sueños; su acción, bruscamente pa- ralizada, se desconcertaría totalmente.

La **DESILUSION** es el símbolo de la época.

Y éste es uno de los momentos solemnes de la historia de nues- tra país, quedando sellado el destino de dos razas: una sería explotada y su condición inferior se volvería luego como arma contra sus propios ven- cedores. La otra, ya no podría disimular ante la Historia que iniciaba la parábola de su decadencia.

Como consecuencia lejana de esto, los nuevos países que se for- marían más tarde arrastrarían por siglos el lastre de la desequivalencia; como consecuencia inmediata y trágica, la desintegración social del indio y la explotación forzada de su trabajo.

El régimen sombrío de las mitas y encomiendas no es un acto de crueldad premeditado y sereno, aunque así pueda aparecer a veces a los ojos de los historiadores: fué la reacción ciega de hombres desilusionados

y decadentes, cuya mente ya no tenía fuerza para mostrarles ideales elevados. Y el español buscó furiosamente en el trabajo indígena, una compensación material insuficiente frente a la inexistencia de oro.

El régimen de explotación del indio no es desde ningún punto de vista justificable, pero se exige en el juicio, la comprensión del momento histórico por que se atraviesa; nunca puede juzgarse con la misma severidad el uso de recursos violentos en una nación que se debate plena de gérmenes disolutivos y que inicia el descenso de su gloria, que en aquellas que hacían uso de ellos en el momento en que iniciaban la marcha hacia la cumbre.

Por otra parte, la ferocidad de las razas aborígenes, y las ideas reinantes en la época que aceptaban la esclavitud como normal, son factores que si bien no pueden justificar los innegables abusos cometidos deben sí arrojar mayor claridad y serenidad sobre un punto de la historia acerca del cual son conocidos los juicios exagerados de los autores.

La explotación del indio no pudo ser una mancha para la gloria española, por que la España que explotaba al indio, no era ya la que había ganado esa gloria.....

Distintas consecuencias de suma trascendencia derivan de este régimen, entre las que pueden enumerarse:

- 1): la implantación de las misiones jesuíticas: las que pese a las críticas a veces vertidas, realizaron una labor que es uno de los jalones de gloria del catolicismo. Protegiendo al indio y tratando de educarlo en el trabajo y en la Fé, significaron un oasis de luz en medio del trabajo brutal.
- 2): la posterior introducción de los negros, frente a la paulatina destrucción del indio: hecho sumamente controvertido, y de indudable influencia en la for-

mación racial y cultural de nuestro pueblo.

3): la demostración a través de esos factores, de la indaptación del indio al trabajo y al régimen social español.

### El mestizaje:

Mientras en sus formas más aparentes chocaban de la manera vista la raza india y la española, las fuerzas biológicas habían iniciado ya su labor silenciosa y efectiva. Ya se ha destacado que toda la América hispana mostró gran disposición al cruce de razas, que sería la última etapa en la absorción del indio.

Con el aporte de los rasgos psicológicos y sociales estudiados el español y el indio hicieron surgir al mestizo como elemento étnico-cultural derivado.

El resultado general de la unión dejó mucho que desear, estableciendo un nivel de inferioridad con respecto a las razas componentes. Y ello no sucedió por que hubiera una incompatibilidad absoluta en los rasgos sino por la acción de otros factores complejos.

En el orden psicológico, el indio denota una psicología determinada por el medio, por lo cual su rasgo fundamental, el fatalismo, incorpora un elemento de carácter inerte. El español muestra en cambio una psicología determinada por su raza y su cultura; su rasgo fundamental, la nobleza, traduce un elemento dinámico e impulsivo. Pero pese a esta aparente disimilitud, estos rasgos, con ser opuestos, no son excluyentes: en la nobleza española hay un fuerte fatalismo de origen histórico; y el fatalismo indígena no excluye de ningún modo la nobleza, por cuanto pese a su vida salvaje no alimenta bajas pasiones.

Y en cuanto a los rasgos derivados, son también bastantes compatibles: la pereza es un rasgo común; la venganza y el despotismo, aun -

que aparentemente distintos, desembocan en un rasgo común: la crueldad/  
 Y la arrogancia por último, por vía del fatalismo, no excluye  
 tampoco la tristeza de una manera absoluta.

En el orden social, en cambio, la incompatibilidad es más evidente: el profundo sentido comunalista y gregario del indio no podrá adaptarse, por lo menos sin educación, al individualismo arraigado del español. El trabajo y la religión serán otros factores de disyunción. Y en general, como veremos en seguida, la adaptación social de las razas no fué posible.

### La desintegración del indio:

Tal incompatibilidad social llevó a la desintegración de las masas indígenas, las que fueron desapareciendo en forma paulatina y se vieron finalmente confinadas en determinadas regiones del territorio.

El indio queda entonces al margen del sistema social, por inadaptación. Diversos factores, como ya se ha visto someramente, influyeron en ello: en primer lugar, y en cuanto a la parte física, la guerra y la explotación de su trabajo causaron una gran mortalidad entre la masa aborígen. En segundo término, y en el sentido social, el indio después de la conquista quedó completamente desamparado tanto en su mentalidad como en sus creencias, por la acción conjunta de varias circunstancias:

- 1): la incompatibilidad entre su sentido comunalista y gregario con el individualismo español, de carácter impulsivo y solitario.
- 2): la destrucción y falta de reemplazo de sus creencias religiosas: la fé en sus dioses, de sentido telúrico y fatalista, se vió completamente conmovida con la irrupción del europeo, al demostrarles la falsedad e ineficacia de sus creencias frente al poderío mate

rial de los invasores. Destruída esa religión, y con la sola excepción de unos pocos que se convirtieron al cristianismo por obra de las misiones, los demás perdieron incluso esa arma de lucha, acentuando su humillación e inferioridad.

3): la falta de educación para el trabajo: he destacado ya que la energética indígena era exclusivamente guerrera. El español no habría de inculcarle una educación productora, en parte por su enorme desproporción numérica, la fiereza de las razas, y la incapacidad general de los conquistadores para enseñar el trabajo. El resultado de ello, de suma trascendencia fué el fracaso de la mano de obra indígena, origen de la posterior intrucción<sup>du</sup> de la raza negra en América.

### LOS RESULTADOS DE LA CONQUISTA:

Se arriba así al final de un primer período en el estudio de esta etapa introductoria a la formación de nuestra nacionalidad.

El hecho fundamental en la misma es la fusión primaria de dos razas y dos culturas, la india y la española, bajo la presión de un factor telúrico de innegable poderío.

La naturaleza, la raza y la cultura, interpretadas estas como concepción del mundo y estilo nacional, son los tres elementos que se van combinando y superponiendo en la historia incesantemente, para determinar siempre rasgos psicológicos y características sociales específicas.

Y la conquista de América por España arroja un primer resultado de ese proceso, encarnado en el mestizo hispanoindio:

El medio mantuvo una influencia equilibrada y potente en su con-

templación de la fusión de las razas: perdió parte de su influencia, sobre el indígena, al observar éste la irrupción europea. Pero actuó al mismo tiempo sobre el español imponiéndole transformaciones que lo obligaron a tener en cuenta para siempre la presencia de influencias naturales poderosas, encarnadas en la tierra y la distancia.

La raza se vio beneficiada biológicamente por el aporte de sangre india, que habría de reforzar la vitalidad de la sangre blanca europea.

La cultura mostró la absorción del indio por el español, por vía de la sumisión, la explotación y el mestizaje; pero como a esa absorción le faltó educación volitiva y religiosa, estaría destinada a la desintegración social.

En el orden psicológico, pese a no existir incompatibilidad, el mestizo resultó inferior por cuanto por un proceso de desgraciada selección, resaltaron más los rasgos defectuosos que los elevados: la tristeza y la pereza, y en un grado un poco menor la arrogancia, serían las características básicas del mestizo americano, como lo ha estudiado y destacado perfectamente Carlos O. Bunge ("Nuestra América").

En el orden social, la incompatibilidad de rasgos, unida a los otros elementos enunciados sancionarían la inadaptación.

En resumen, la primera formación sociológica amasada con la conquista, determina un orden social desintegrado y una base psicológica de caracteres inferiores.

LA COLONIA:

Ya se ha señalado anteriormente que el sistema colonial fué en realidad la cristalización y sedimentación de los principios de desequilibrio que surgieron del proceso de la conquista. Tales principios imprimieron sus rasgos característicos en el espíritu y las instituciones coloniales, determinando un sistema de vida contradictorio que si bien presentaba exteriormente signos de quietud y paralización, en su interior llevaba latentes gérmenes de inestabilidad y reacción.

La conquista en sus primeras etapas, arrojó un saldo de desequilibrio, violencia e inadaptación, según se ha visto. Las corrientes colonizadoras posteriores, cumplieron su objetivo con el espíritu impregnado de desilusión y temor. De allí que la mayoría de las ciudades fundadas no fueran en general núcleos de colonización o expansión económica, a excepción de Buenos Aires. Fueron sí, avanzadas militares y conservaron durante muchos años el signo del desconcierto, la decepción y la movilización permanente.

Por último, la incorporación de la raza negra acentuará la inferioridad de los elementos psicológicos y sociales sobre los que descansaba la vida en la Colonia, pese al corto alcance de su influencia.

La introducción de los negros:

Uno de los hechos más desdichados y de funestas consecuencias posteriores fué la introducción de los negros en América, cuya razón principal obedeció al fracaso de la mano de obra indígena. En efecto, carente el indio de una energética productora originaria, o en su defecto de una posterior educación para el trabajo, habría de fracasar irremediablemente como factor de la producción. Las razas indias no sirvieron al sistema de mitas y encomiendas, desplazadas de sus núcleos de población, ignorada su tendencia comunalista y sometidas a duras condiciones de vida

y trabajo.

La mortalidad fué grande, las revueltas más o menos frecuentes y el rendimiento sumamente bajo. Ello impulsó a la Corona española, con la inspiración de la Iglesia, a la introducción de los negros para aliviar y reemplazar en parte al indio en la explotación económica. Las ideas de la época que legalizaban la esclavitud, sobre todo del negro, y la buena intención de evitar la mortalidad indígena, son razones que justifican tal actitud.

Pero a pesar de ello, esta desdichada determinación producirá el sometimiento de otra raza, la negra, aún cuando su influencia en la conformación biológica, psicológica y social de nuestro país haya sido enormemente inferior a la del indio.

Las características psicológicas del negro muestran como rasgo esencial al servilismo, nacido de un fatalismo histórico: la organización primitiva de los pueblos africanos, de carácter esclavista y tiránico, determinaba siempre la subyugación del hombre por el hombre; y luego los blancos darán carácter legal y universal al sistema, enriqueciéndose con su trabajo y su comercio. Durante siglos el negro fué el esclavo por antonomasia. Aspectos derivados de este rasgo son la tristeza, pereza, pasividad y maleabilidad.

En cuanto a los caracteres sociales, también como el indio el gregarismo es el elemento fundamental en el negro, con caracteres derivados de adaptación y voluptuosidad.

Se observa en general que los rasgos psicológicos del negro son coincidentes con los del indio, por cuanto configuran mentalidades de razas sometidas. Los rasgos sociales en cambio si bien partiendo de un gregarismo común, desembocan en caracteres opuestos lo cual explica en parte el destino disimilar de esas dos razas en la evolución posterior:

El indio, inadaptado, será excluido del cuadro de la sociedad, temido y combatido. Formará núcleos autónomos y reducidos, pero el aporte de su sangre generosa y util significará un poderoso refuerzo a la sangre blanca europea.

El negro en cambio, se asimilará en seguida al orden de vida existente con el grado máximo de mestización, a pesar de ser despreciado.

Su aporte de sangre fue débil e inconveniente, y desapareció con rapidez de la evolución argentina.

Y en el orden del mestizaje, los híbridos resultarán sumamente diferentes: el mestizo propiamente dicho, el hispanoindio, presenta caracteres opuestos al mulato y al zambo, que son odiados y despreciados más que temidos en la sociedad. El primero ha de mantener su preeminencia étnica constituyendo la base del pueblo hispanoamericano, luego reforzado por nuevos aportes de raza blanca europea. Los otros en cambio perderán rápidamente toda trascendencia en la evolución nacional.

#### El factor étnico-cultural en la Colonia:

Se observa entonces que la conformación primaria del período colonial, en el orden racial y cultural, se estructura sobre la base del encuentro entre el español y el indio, algo modificada luego por la absorción de los negros. De esta manera quedan librados a la evolución histórica 3 elementos:

- a): el español: desconcertado por los desequilibrios, la iniciación de la decadencia histórica y la inferioridad del mestizaje, evoluciona hacia formas decadentes al mismo tiempo que lucha para mantener su preeminencia. Fundamentalmente se observa en él una materialización de los ideales, con doble orientación: emocional, por el debilitamiento de los sen

timientos religioso y nacional; volitiva, por el incremento de la ambición y el relajamiento de los frenos morales.

b): el indio y el negro: arrancados de su medio natural y sometidos a la esclavitud, irían desapareciendo paulatinamente de la escena como elementos puros, el primero por exclusión y el segundo por absorción

c): el hispanoamericano: nacido de ese complejo étnico, su desarrollo embrionario muestra la preeminencia de los 3 caracteres señalados con anterioridad: tristeza, pereza y arrogancia. Recrudescen al mismo tiempo el despotismo y la voluptuosidad. Se caracteriza además por la falta de armonía psicológica, la que se traduce en una dualidad singular del espíritu, que se vé inclinado ora hacia el heroísmo, ora hacia la mezquindad.

Posteriormente, completándose su evolución primaria, aparecen algunos caracteres nacionales que perdurarán e incluso alcanzarán fuerza inusitada: el desprecio de la ley, el exhibicionismo, el culto del valor y de la potencia sexual, la viveza de espíritu, etc.

Es incontrovertible que de un conjunto de elementos desequivalentes y forzados habría de nacer un pueblo de caracteres inestables y confusos, más aún en su primer desarrollo. Pero con todo a ese pueblo le estaría reservado grandes destinos. Y empezaría a forjarlos en cuanto, aquietado y al parecer inerte el orden impuesto, la historia encendiera la llama que alumbraría su vocación de poder.

La estructura colonial:

Las instituciones coloniales fueron forjadas en el clima de de se equivalencia y transformaciones por que atravesaba España, y por tanto llevaron impreso un sello de anacronismo e improvisación.

Anacronismo porque eran resabios decadentes de un sistema feudal que se implantó a la fuerza en un continente nuevo, Improvisación, por que el curso de los acontecimientos históricos no dió tiempo a España pa ra afianzar esas instituciones y adecuarlas a las condiciones existentes

El resultado de ello es una estructura colonial de caracteres singulares, que vista en su aspecto externo, material y aparente, es un edificio sólido y estático. Pero visto en su interior lleva latente un carácter inestable y dinámico, a la espera de grandes y profundas transformaciones.

La estructura social:

Se define claramente la existencia de 3 clases, cuya separación se guía por un doble criterio, étnico y económico:

- a): la clase alta: representada por el español, poseedor en general de grandes riquezas, principalmente de or den territorial.
- b): la clase baja: representada por negros, indios y mes tizos en general. Su condición es la esclavitud o la servidumbre, realizando entonces el aporte de la ma no de obra a la explotación económica de la clase al ta.
- c): la clase media: representada por los nacidos en Amé rica, que gozan por lo general de una posición más o menos acomodada, y que se dedican generalmente al comercio. Es la clase menos numerosa y más inestable.

Estas 3 clases se encuentran en principio estratificadas, por cuanto las diferencias étnicas son un factor disyuntivo de gran importancia.

Pero a medida que avanza el tiempo, la mestización le resta fuerza, notándose una paulatina mayor preeminencia del factor económico; entonces hay una característica movilidad, fundamentalmente en la clase media, que consigue escalar a veces al ambiente superior por la mera posesión de riquezas materiales.

De todos los grupos sociales, presentan inusitada fuerza la familia y la Iglesia.

La primera es la unidad social por excelencia, agrupando a todos los parientes así como también a los esclavos y siervos, bajo la autoridad inapelable del padre, jefe absoluto de la familia. Profundamente vinculada a la propiedad de la tierra y a las ideas religiosas, ésta fué el baluarte donde consiguieron mantenerse intactos los mejores valores heredados de España. Pese a algunos defectos funcionales (como el excesivo despotismo de la autoridad paterna, un cierto menosprecio de la mujer o la educación de los hijos por los esclavos) fué uno de los pocos rasgos brillantes que dejó impreso en la historia la época colonial.

En cuanto a la Iglesia, ejerció una enorme influencia en toda la vida social. Personificada en el sacerdote, verdadero orgullo de cada familia, tomó una ingerencia absoluta en todos los órdenes, siendo en la realidad el órgano superior de vigilancia y apelación de los actos todos. Vinculada estrechamente en un principio a los principios políticos españoles en virtud de las características estudiadas de los conquistadores, evolucionó luego hacia una mayor independencia que la llevó en último término a desembocar en la defensa de los ideales americanos, llegando a enfrentar al Estado y animando incluso en muchas oportunidades, movimientos de reacción contra el orden existente.

Por último debe destacarse, en lo que a la estructura social se refiere, la existencia de grupos que viven al margen del cuadro social, compuestos principalmente por indios, algunos negros, delinquentes, etc.

### La estructura económica:

Esta presenta caracteres singulares y confusos, dado el momento histórico en que se desarrolla; muestra una dualidad de rasgos que hace difícil un juicio definitivo sobre su conformación, englobados en:

- a): caracteres de feudalismo
- b): caracteres de capitalismo

Algunos autores como Sergio Bagú ("Economía de la Sociedad Colonial") se inclinan a juzgar por último al sistema de la Colonia como un verdadero capitalismo colonial. No creo sin embargo que pueda expresarse un juicio exacto al respecto, dada la sorprendente disimilitud y oposición de los caracteres constitutivos señalados.

Juzgado con estricto criterio económico, no creo que pueda decirse de la Colonia más que debe considerarse como una estructura híbrida propia del momento histórico de transición en el cual subsistió.

Los caracteres más destacados de esta estructura son la concentración de la propiedad inmobiliaria y la explotación del trabajo esclavo.

El comercio, sujeto al régimen monopolístico español, estaba poco desarrollado y desprestigiado. La industria es rudimentaria.

Empieza a observarse sí, un incipiente desarrollo de la ganadería, que pasará luego a ser la principal riqueza de la región. Y en resumen, el rasgo fundamental en el aspecto económico, dada la ineficiencia de la mano de obra, el orden social impuesto y las ideas universalmente reinantes, es la baja productividad de toda la Colonia.

### La estructura política:

El sistema político implantado por España se basó en el trasplante a América de instituciones típicamente metropolitanas y el agregado de algunas otras nuevas.

España adoptó con respecto a América una política imperial, cuyos principios básicos fueron:

- a): la preponderancia de las instituciones metropolitanas, de orden absolutista, mediante la transmisión de las directivas a los órganos radicados en América. Los únicos organismos dotados de un cierto carácter popular y democrático fueron los Cabildos; pero carecieron de la fuerza necesaria para ejercer una influencia real en el orden político.
- b): el mantenimiento preconcebido de clases privilegiadas que garantizaran la fidelidad a la Corona. Pero al mismo tiempo limitada inteligentemente en su acción, para evitar la excesiva concentración de poder que pudiera resultar peligrosa para la estabilidad del mandato metropolitano.
- c): la utilización de la Iglesia como brazo político y órgano de vigilancia y equilibrio. Pero en este aspecto ya se ha dicho que luego se produciría la separación y evolución de la Iglesia hacia la defensa de intereses locales.

Este sistema político fué completado por un adecuado sistema legislativo, que en teoría aún sorprende por su carácter moderno y avanzado, animado de ideas de justicia social y equilibrio político.

Pero en la práctica, la distancia, el descontento y el relajamiento de la moral lo desviaron completamente, dando lugar a numerosas

abusos: la arbitrariedad en la justicia, la venta de empleos públicos, etc., fueron justamente vicios incontrolables y casi inevitables en las condiciones dadas.

Pero condujeron a una situación en la cual, pese a existir un orden relativamente estable, se crearían poco a poco gérmenes de resistencia y reacción.

En definitiva, la estructura colonial no hace más que traducir en sus instituciones la incertidumbre y la inestabilidad que alentaba en el espíritu de la Colonia.

### El espíritu colonial:

Se ha delineado ya el espíritu que a grandes rasgos debía animar a la Colonia: una psicología de caracteres inferiores, en un momento histórico de decadencia y transformaciones hondas y con un orden anacrónico e improvisado, determinará inexorablemente un espíritu disminuido e inestable.

Existe como ya he destacado, una disimilitud entre la quietud aparente y la reacción latente del espíritu, que habría de vivir a la espera de acontecimientos indefinidos pero presuntos. Y en el descontento interior, mezcla de desilusión e impotencia, hay resabios de orgullo dolorido y forzado, rencor al pasado y ansias reprimidas de una transformación de las cosas.

En resumen, flota una atmósfera de incertidumbre y expectativa, con la íntima seguridad de que el orden existente no subsistiría. Y en ese dilema individual y semioculto empiezan a prepararse los espíritus y a definir su posición:

Los españoles, esperanzados en una ilusoria recuperación de la gloria y el poder metropolitano, tratarían de prolongar su hegemonía a cualquier precio.

Los americanos, en cambio, inquietos frente a los signos cada vez más acentuados de la decadencia de la Madre Patria, tratarán de salvar su destino dirigiendo sus propios pasos.

Los padres sostendrán violentas discusiones con sus hijos, abrazando causas distintas. El ejército y la Iglesia verán sacudidas sus filas por la separación de las ideas, y el ambiente todo olvidará paulatinamente sus diferencias raciales o económicas para tomar partido en la disyunción política que está formándose en América.

El continente necesitaba entero el soplo que encauzara la recuperación de un destino para con él salvar una cultura gloriosa en peligro.

Pero ese soplo ya no podía venir de España, y entonces tomaría cuerpo más tarde, la idea maravillosa de la Independencia. Momento majestuoso éste, en la historia de la civilización.

En resumen, la Colonia fué sólo aquello que pudo ser, y lo que el medio, la raza y la cultura consintieron en un momento histórico adverso. Inyección desesperada y prematura de la cultura española en América por vía de la conquista, afrontaría una serie de desequivalencias cristalizadas luego en un sistema de vida incierto y disconforme. Ciertos elementos trataron de prolongar con él un sistema feudal medioeval; otros en cambio lo impulsan hacia transformaciones violentas, derivados de condiciones nuevas de carácter universal.

El descenso del nivel moral y espiritual debe ser inevitable en casos como éste; y la combinación inadecuada del feudalismo decadente con un incipiente capitalismo materialista llevarían por la senda del desorden y la inercia.

Pero de ese orden de cosas, espíritu general de la Colonia,

surgiría en la última etapa colonial por vía de la disyunción política, la chispa de una explosión renovadora, tras un lapso de desconcierto e indecisión.

Allá en Europa, la España gloriosa se iba sumergiendo inexorablemente en el caos que la impulsaba en una etapa decadente.

Aquí en América, su hija ya casi huérfana, bullían dos corrientes que iban tomando posiciones cautelosamente bajo el velo espeso de la época:

El pensamiento tradicional, encarnado en el español, se aferraría desesperadamente a un madero condenado al naufragio, y se ponía en guardia ya contra aquello que no podía demorar mucho.

El pensamiento revolucionario, encarnado en el americano, deslumbrándose por su propia osadía, buscaría afanosamente la llama de una orientación definitiva y el impulso hacia ella.

Este no tardaría en llegar, bajo la forma de un aparente determinismo histórico. Y con él surgiría la lucha, como válvula de escape de un espíritu descontento, rota ya la incertidumbre.

Y de esa lucha titánica, como de un fuego purificador, surgiría una nación nueva, heredera de España, descorriendo las sombras y cargando sobre sus hombros -otra vez en la historia- el peso divino de la perpetuación de una cultura.

Porque América habría de defender la cultura española, luchando contra España.....

E V O L U C I O N

(El Período Nacional)

Aquella situación de inestabilidad e inercia simultáneas, fruto de la improvisación y el anacronismo en el régimen colonial, es la fagua donde se va forjando lentamente el impulso libertador que vio la luz el 25 de Mayo de 1810.

Se inició en él, en efecto, un proceso de desintegración y reacción contra el estado de cosas vigentes que habría de culminar finalmente en aquella fecha. Proceso formado por diversas facetas e impulsos, que se caracteriza por su paulatina aceleración en el curso de la historia, merced al empuje de distintos sucesos que pese a su aparente determinismo, no hacen más que ir descubriendo y vigorizando una elevada conciencia nacional y un creciente deseo de libertad.

Este proceso es efectivamente lento en su comienzo, refugiado en los gérmenes de malestar que lleva en su propia entraña el régimen de la colonia. Se desenvuelve así más como presentimiento que como voluntad, más como idea que como acción.

Pero esa inercia sufrirá la primera agitación de trascendencia en 1776, con la independencia norteamericana. En ese año E.E. U.U. lanza el primer grito de libertad en América, iniciando su meteórica carrera hacia la hegemonía mundial; y este suceso provocará gran impresión en toda América por su significado histórico y su proyección para el futuro. El nuevo mundo descubierto por Colón iba a empezar a ser libre; se demostró que Europa retrocedía y que la empresa de la libertad era accesible. Se creaban posibilidades en lo que hasta entonces parecía remotísimo; una esperanza, una aventura maravillosa se dibujaba en el porvenir, y quedaría grabada ya en la mente de todos con caracteres de profundidad. Quizá el alma de España pudo ver con indiferencia la pérdida experimentada por uno de sus adversarios, pero en verdad debía agitarse en el seno de sus

colonias sentimientos e ideas nada favorables para su poderío de ultramar, a causa de ese acontecimiento.

Y tras el transcurso del tiempo, otro hecho de trascendencia universal significaría el segundo factor de aceleración del proceso señalado: la revolución Francesa de 1789, echando a rodar por el mundo multitud de ideas nuevas y conceptos diferentes. Sus principios de igualdad y libertad serán de extraordinaria utilidad en América, y por lo mismo serán aprehendidos y difundidos por todas las colonias. No tanto por su filiación francesa ni por afinidad psicológica, sino por ser un arma de reacción contra el régimen universal vigente, y una cuña revolucionaria que convenía perfectamente a los que aquí en América esperaban la libertad política.

Téngase presente que mucho se ha escrito y exagerado sobre la influencia de este hecho en el proceso revolucionario argentino. Nadie puede discutir su luminosidad ni su influencia, al sancionar principios justos y absolutamente nuevos, introduciendo factores de renovación en todo el ámbito del mundo. Pero al margen de la discusión y revisión histórica de los mismos, justo es reducir los hechos a su estricta dimensión: la revolución de Mayo no fué la consecuencia directa de las ideas del 14 de Julio, como pretenden algunos, sino el resultado de una voluntad de poder que no puede subestimarse por la supervaloración de hechos aislados o determinismos de la historia.

Ello no obstante, es innegable que las nuevas ideas dieron mayor fuerza al proceso en gestación.

Y un tercer episodio, éste de mucha mayor importancia, iba a darle forma semidefinitiva: las invasiones inglesas.

En el año 1806 Gran Bretaña, que se encontraba en guerra con España, atacaba Buenos Aires pretendiendo despojarla de sus colonias en el río de la Plata. Y este hecho que de por sí sólo pudo tener escasa

importancia, significó sin embargo mucho más por su gravitación y figuración en el cúmulo de circunstancias que se aunaron en ese momento.

Se produjo en efecto la inesperada defección española, encarnada por el Virrey Sobremonte, que no atinó a defender la ciudad. Tal suceso, al tiempo que causaba aún mayor agitación en el pueblo, permitió a éste realizar la primera prueba de su capacidad y osadía: bajo la dirección de un francés, D. Santiago de Liniers, la población nativa alcanzó un triunfo resonante rechazando los dos ataques de los británicos.

Extraordinaria importancia revisten estos sucesos al apresurar en forma notable la ya próxima gesta libertadora. En primer término contribuye a desprestigiar en forma casi definitiva al poderío español, aún quizá en forma superior a su verdadera medida. Sobremonte encarnó a los ojos de los americanos, la declinación de la metrópolis sin atenuantes,

En segundo lugar, el suceso en sí, tal como lo destaca acertadamente Sarmiento ("Conflicto y Armonías de las Razas en América") fué magnificado por los mismos vencidos, sea intencionadamente o nó. En realidad ni militar ni políticamente las invasiones revistieron una importancia desmedida; pero las circunstancias mencionadas les dieron un valor espiritual muy superior a su dimensión material.

En tercer término, consecuencia directa de lo expresado en los párrafos anteriores, el pueblo nativo adoptó por primera vez decisiones propias, designando a Liniers en el mando militar y resolviendo acerca de numerosos puntos en el lapso transcurrido entre la primera invasión y el rechazo definitivo de la segunda.

En resumen, la experiencia de las Invasiones Inglesas es un elemento de gran importancia en el proceso que venimos estudiando, al dar el paso decisivo hacia la Revolución. Materializó la hasta entonces presunta fuerza de los nativos; inauguró con un triunfo resonante la prueba inicial guerrera de los americanos del sud frente a una potencia

extranjera en plena etapa ascendente de potencialidad. Y en definitiva, demostró siquiera primariamente, la existencia de una capacidad nacional de autodeterminación, confirmando la real noción de una elevada conciencia de nación espiritualmente libre. De allí en adelante, la materialización de esa noción estaría mucho más cerca en la historia que hasta entonces.

Porque con las invasiones Inglesas tuvo principio de prueba una voluntad de poderío. Y ello impulsaría definitivamente a la conciencia nacional por la senda que desembocó en 1810.

La historia de esta parte del continente muestra ya con mayor claridad, después de los hechos señalados, una disyunción absoluta entre españoles y americanos. Se ahonda profundamente la diferencia entre ello a partir de la invasiones inglesas, por la acción de varios factores: por un lado, perdura el recuerdo de la defección española en Buenos Aires y de la heroica acción de los nativos en su reemplazo.

Por otro, los ingleses fueron un importante factor de difusión de las ideas revolucionarias; tanto en el brevísimo tiempo en que dominaron la ciudad, como después de ello los que quedaron viviendo en la misma, fueron conducto importantísimo de ideas y principios nuevos; proclamando la necesidad de la libertad y fomentando desde todo punto de vista -cualquiera fueran sus intenciones para ello- la agitación contra los españoles, la verdad es que ejercieron considerable influencia en la ya in tranquila conciencia de la colonia. Y además como se ha señalado antes, al agrandar por propia decisión la victoria de los nativos contra sus ejércitos contribuyeron a consolidar la sensación de fuerza de aquellos.

La realidad de este período, desde 1806 hasta 1810, es la creciente disparidad entre españoles y nativos, representada gráficamente por dos líneas inversas: se incrementa continuamente la capacidad nacional americana, y disminuye también continuamente el prestigio y la segu-

ridad de la dominación española.

En el primer aspecto, los nativos fueron obteniendo otras victorias de carácter político, social y económico después de su osada actitud de las invasiones: la elección de Liniers como Virrey, la separación de Sobremonte de la escena política, la ascensión de algunos de ellos a cargos de gobierno, la libertad de comercio, etc., son otros tantos jalones de la marcha segura de las nuevas ideas. El pueblo, que representa al americano, se va imponiendo al gobierno, que representa a España.

Y en general la potencialidad metropolitana en el Río de la Plata va perdiendo fuerza indefectiblemente, preparando la ya próxima revolución libertadora.

Y en el segundo aspecto antes indicado trasciende a todas luces que la declinación de España es definitiva e inevitable, presa de factores poderosos de disolución. Graves sucesos en efecto, que agitan la península, llegan a conocimiento de las colonias: la invasión napoleónica, la renuncia de los reyes Carlos IV y su hijo Fernando, la asunción del trono por José Bonaparte, la constitución de las juntas de gobierno, la caída de la Junta Central de Sevilla, fueron hechos sucesivos y gravísimos que conmovieron profundamente la opinión general y trajeron importantes consecuencias.

Se materializaba en primer término la señalada declinación de la potencia española; y más aún, se creaba una situación jurídica específica, de la que surgía que habían cesado los órganos de gobierno de la metrópolis. La reacción gloriosa del pueblo hispano, al no entregarse al invasor francés, fué un fuego cuyo resplandor no alcanzó esta vez a ocultar la verdad de la decadencia, y menos aún a gran distancia como lo miraba América; los españoles, en América y en España, eran la imagen viva de la confusión y la debilidad.

Y los nacidos aquí empezaban a preguntarse ya si podían seguir impávidos ante la evidencia de los hechos, cuya gravedad volvía aún más incierto el porvenir. La península amenazaba derrumbarse para siempre, y el futuro de sus colonias no habría de ser nada agradable frente al poderío de Gran Bretaña y Francia.

Por último, varios movimientos revolucionarios que estallaron en América de orden clasista, político o económico, influyeron igualmente para avivar el espíritu de libertad y la inquietud del alma, frente a la importancia creciente de los problemas americanos.

Solamente parecía entreverse una solución, quizá demasiado luminosa..... Tanta era su luz que confundía la mente, llenándola de duda e impaciencia.

Pero esa luz concordaba con el sentir nacional, y la solución gloriosa habría de ponerse en práctica..... Desde el fondo de la historia se presentaba, radiante y maravillosa, la Revolución de Mayo.

#### LA REVOLUCION DE MAYO:

Pero no por magnífico resultó el paso menos difícil.

Aún en el momento en que por un tácito acuerdo espiritual quedó sancionada la necesidad de la acción, se había de plantear el dilema en términos concretos, llevando incluso a la disparidad de opiniones y a la polémica apasionada. Se contemplaba evidentemente la posibilidad de surgir a la vida libre como nación; pero el medio y la oportunidad de hacerlo eran objeto de controversia. En 1810 se producía sin lugar a dudas la culminación del proceso comenzado en la Colonia, pero esto sólo era indiscutible en sus formas ocultas y veraces; en la apariencia en cambio, subsistía el dilema, pese a que la experiencia de 1806 demostraba que la empresa no era imposible. La Nación Argentina nunca dudó en darse un gobierno propio; pero la acción inmediata era confusa, e impli-

caba la discusión y la duda. Aunque todos los americanos veían en el futuro una nación grande y libre, no elegían el mismo camino para llegar a ella, y diferirían incluso acentuadamente las ideas sobre la acción inmediata. De allí que desde un primer momento se produjera una cierta división en los americanos dando lugar a la formación de grupos de tendencias distintas dentro de una orientación común. De esta manera, a más de la natural oposición entre españoles y nativos, se formarían núcleos de oposición dentro de las filas patriotas, que incluso dificultarían en algo la decisión final.

Es por todo eso que la Revolución de Mayo significa la cumbre de un proceso en gestación y la expresión de voluntad de un pueblo que, superando su propia incertidumbre y sus ímpetus dispersos, plasmó en un hecho maravilloso su anhelo de libertad y su vocación de poder.

Así se observa la multiplicidad de facetas que muestra este suceso glorioso. El choque primario se produce lógicamente entre el español, que pese a todo no cesa en sus esfuerzos desesperados por mantener su hegemonía en la colonia, y el americano, animado de firme anhelo de reemplazarla por una estructura independiente. Momento impresionante en la escena de América, en que una dominación de siglos lucha desesperadamente por sostener una causa perdida, frente a la energía creciente de un pueblo nuevo y osado, aturdido y desbordante.

Pero aún dentro de éste, chocan a su vez distintas ideas: El pensamiento conservador representado por aquellos que querían una acción moderada, mediante la constitución de un gobierno que provisoriamente ejercería el poder en nombre de España. El pensamiento revolucionario, que deseaba la proclamación directa de la libertad nacional, rompiendo de golpe con el mandato metropolitano.

Los primeros fundamentaban en la prudencia su actitud, buscando una acción paulatina y segura que evitara reacciones violentas de Es-

paña, que conceptuaban como peligrosas aún para la causa revolucionaria.

Los segundos, en cambio, animados de un temperamento fogoso, propugnaban una actitud abierta que expandiera en un minuto la decisión popular, aún cuando hubiera que cimentarla con la lucha sin cuartel.

Triunfó en la controversia la opinión conservadora, y se constituyó un gobierno patrio que nominalmente iba a detentar el mando en nombre de España. Y digo nominalmente porque debe dejarse sentado perfectamente que en la práctica la revolución estaba consumada. Todas las almas vivían el momento y sabían su significado. Puede ser que no se dijera por prudencia política, e incluso que algunos creyeran en el carácter aparente de ese primer gobierno patrio. Pero indudablemente, la historia lo asevera, estaba en la conciencia de todos que la Argentina era libre.

En resumen, la Revolución de Mayo marca evidentemente el momento en que la República Argentina surge como Nación libre, cualquiera sea la expresión con que ese acto haya sido designado o enmascarado. Porque es el momento en que se materializa una voluntad, que es la voluntad de poder de un grupo humano con elevado concepto de su valer como nación. Y configura entonces la manifestación de una intención de ser libre, de una capacidad nacional legítima.

La revolución no fué un hecho aislado impulsado por determinismos; no fué el resultado de una actitud oportunista de un grupo de individuos; no fué, por fin, la consecuencia de la opresión política ni del ahogo económico; ni alentó su fuerza el mero eco de liberaciones territoriales o cambios en la estructura social del mundo. Todos estos factores habrán unido su esfuerzo para contribuir al éxito, pero a ninguno en particular ni a todos en conjunto se supeditó la gesta de Mayo.

La Revolución fué sí, un hecho esperado y seguro, impulsado por la libertad; fué el resultado de la voluntad de hombres que hubieran intentado de cualquier modo la empresa, porque tenían una vocación que

presidía sus actos; esos nombres buscaban la libertad para la estructura que iban a formar, pero llevaban ya esa libertad en el alma. La evasión al mandato político español, la libertad económica, la igualdad social, fueron factores coadyuvantes, nunca determinantes de la Revolución; si fueron jalones en la lucha, es que estaban incluidos en aquella voluntad; si contribuyeron al triunfo, es que tenían afinidad con ella; si le dieron la forma exterior al movimiento, es que estaban impulsados por una infraestructura espiritual unificada, cuyo único motor era esa vocación de ser libres. Por eso jamás pudieron ponerse de acuerdo los autores que tratan de investigar cual fue la circunstancia o factor fundamental en la determinación de la gesta emancipadora; no lo encontraran nunca, porque no existe; todos los determinismos son simples marcos que encuadran la presencia superior de un impulso de libertad y poderío.

Todas las influencias son agentes de aceleración del proceso, pero éste hubiera seguido igual sin ellas; Todas las circunstancias definen un momento propicio, pero tarde o temprano se hubiera producido lo mismo.

Porque, es menester repetirlo, fue el anhelo y la voluntad de un grupo social coherente, con afinidad de caracteres suficiente como para definirlo como nación; y con ímpetu de sobra como para querer y poder alcanzar la vida independiente.

La Nación en formación, aún llena de los defectos que se derivaron de la azarosa forma originaria que estudiamos en el capítulo anterior, se fue agrandando en un proceso hilvanado y seguro: una reacción latente venía gestándose desde el tiempo de la colonia; los sucesos mundiales de 1776 y 1789 aceleraron su marcha; una serie de brotes revolucionarios sacudieron su fibra americana, y los acontecimientos de 1806 le impulsaron definitivamente al mostrarle su propia fuerza. En el año 1810 una diversidad de hechos favorables determina la oportunidad de su

exteriorización. Pero es incontrovertible que se había de plasmar de cual quier manera la culminación del proceso. Claro está que surgimos a la vi da independiente cuando, el decir de Carlos Hojvat ("Geografía Económico-Social Argentina") se crearon ciertas posibilidades o fuerzas internas que abrieron cauce al movimiento. Pero sin lugar a dudas su creación só lo fué factible por la existencia de una voluntad nacional.

Porque los pueblos, como los niños, se yerguen y se empujan lentamente desde el suelo, que es la sujeción, hasta alcanzar el nivel de la figuración histórica universal, que es la libertad; Avanzan también como los niños, con pasos llenos de duda en un comienzo, para luego afirmarse paulatinamente hasta llegar a encararse con el resto del mundo y elevar su voz anunciando su ingreso al concierto de los pueblos libres.

Así lo hizo también la Argentina, consolidando su fuerza hasta atreverse a la hazaña emancipadora. El destino le reservaba un valor extraordinario a este momento, porque esa realización coincide con una etapa de la historia en la cual esa hazaña era necesaria. Porque el país se independizó justo en el momento imprescindible, alcanzando apenas a tomar de las manos de España una herencia gloriosa en peligro.

Momento extraordinario y solemne en el drama de la historia, porque se cruzan dos pueblos y se entrega una cultura en custodia.

En la escena de la historia del mundo se prepara una visión de trascendencia, repitiendo su ritmo de gloria. Así como hace siglos España tomaba de manos de los germanos la herencia inmortal de Roma, ahora es una nueva nación la que nace dispuesta a su vez a custodiar esa herencia, cuando España se hunde ya en la decadencia definitiva. Alcanzará a recibir apenas ese peso inmensurable, y empezará a luchar por él agitada, casi inconcientemente, lanzándose a un mundo que tal vez ignoraba, como tal vez ignoraría ella misma, su predestinación en la histo-

ria. Y llegó a la hora presente, cargada de triunfos y sinsabores, desconcertada y pujante.

Creo que a nosotros nos corresponde guiarla en esta hora crucial, para conocer su verdadera, aún oculta potencia cultural.

Aquí enfrente una de las partes medulares de mi pensamiento, porque debo abandonar toda frialdad en los juicios y aventurarme por la senda de conjeturas maravillosas.

Admito que tiembla un poco la voz al atreverse a tanto, como es señalar a la Argentina como heredera directa y custodia legítima de la cultura española. Pero la visión del pasado y el presentimiento del porvenir me impulsan a ello, contra toda objeción. Es indudable que los valores culturales se transmiten de una nación a otra, conduciendo unificado el hilo de la historia. Alguien tuvo que recibir ese legado entre las naciones del mundo, y creo que esa debe ser la nuestra.

Los países hispanoamericanos fueron los que formaron su vida en el molde de España, porque por nuevos debieron ser lo suficiente dóciles para ello. No creo que las viejas culturas de Europa pudieran alentar el soplo renovador que exige tamaña empresa. Evidentemente el porvenir estaba en América, y así lo ha demostrado la cultura sajona al retomar su hegemonía mundial con Estados Unidos. Otro tanto debe de suceder en el ámbito de los herederos de Roma y España; y entre ellos, ninguna nación iguala el progreso y la potencialidad argentina, pese a todos los errores y defectos.

Hagamos nuestra entonces, esa idea, y en aras de ella luchemos por demostrarle a la historia que la herencia es legítima.

Si llegamos a crear una cultura nacional propia, con repercusión en el mundo y en la historia, como se propugna en las palabras del prólogo, habremos alcanzado la meta de la felicidad y de la gloria.

Si fracasamos en ello, debemos reconocer nuestro error y creer que alguien que no es nosotros, es el heredero verídico.

Pero yo creo en la Argentina, porque veo como en un sueño visiones de gloria inmarcesible sobre el cielo de esta tierra, desde un 25 de Mayo de 1810. Que marca una Revolución, una voluntad de poder, un nacimiento a la gloria, y por eso no tendrá jamás parangón en la historia nacional. Porque su dimensión histórica es de las que son únicas en la vida de un pueblo, que nace una sola vez, y lo hace con ímpetu como para llegar a tener figuración propia y gloriosa en la historia del mundo.

#### LA ORGANIZACION:

La Revolución, apenas iniciada, debió afrontar una tarea formidable, posiblemente superior a sus fuerzas. Esa tarea fue la de establecer un orden para reemplazar el vacío dejado por la eliminación del sistema colonial, y significaba dificultades y problemas que la habrían de definir como empresa de singular magnitud.

Diversos factores unieron su influencia para determinar ese cúmulo de obstáculos, de los cuales se destacan fundamentalmente dos; y ellos son justamente aquellos que ya se definieron en los primeros capítulos de este trabajo: otra vez aparecen aquí el factor telúrico y el étnico - cultural, presidiendo la azarosa formación de la nacionalidad. Así como habían impreso una característica y un desenvolvimiento particular al período de la colonia, ahora volverán a actuar para orientar las luchas de la organización.

La Revolución de Mayo fue un paréntesis de voluntad y esfuerzo en la historia; pero obtenido el laurel magnífico de la emancipación otra vez esos factores reiniciaron su marcha silenciosa en la configuración de los acontecimientos. En un momento pues, la llama gigantesca de

una vocación de poder encogió el marco de la historia, para constituir una nueva nación. Y en seguida como era lógico, natural y necesario, reiniciaron aquellos su influencia, que esta vez iba enarbolando el símbolo de las dificultades:

a): el factor telúrico: se hace nuevamente presente encarnado en la distancia, que opone el principal obstáculo a la unificación y es en cambio el primer factor de fomento del regionalismo intemperante. En el primer aspecto, es evidente que nuestro país siempre ha pagado tributo a su enorme extensión; un territorio inmenso, poblado por un número escaso de habitantes, impone la soledad, la angustia y el desaliento. Las ciudades, surgidas de necesidades de defensa, nacen egoístas y cerradas.

El transporte se vuelve problema primordial, desviando la atención de todos; las ideas se demoran y se desfiguran en su proceso de comunicación. El progreso todo se hace difícil, y la conciencia nacional se disuelve; la incertidumbre, la incomprensión y el aislamiento la reemplazan.

Tal como lo veía Sarmiento, el mal es la distancia. Y en ese ambiente empezarán fácilmente a germinar las pasiones localistas irrefrenables. En el segundo aspecto pues, la extensión, la distancia, es la semilla de donde habrían de originarse más tarde muchas de las influencias concomitantes que llevaron a la anarquía hacia 1820

b): el factor étnico-cultural: varios elementos derivados de los principios de raza y cultura que formaron nuestra nacionalidad, aportan a su vez su influencia en el sentido indicado: en el orden psicológico los tres caracteres fundamentales, Tristeza, Pereza y Arrogancia (Bunge) no son verdaderamente favorables a la unión y el orden. La tristeza generalmente se traduce por una pasividad que lógicamente se opone al dinamismo necesario para afrontar tareas de unifica-

ción. La pereza tiene también nefasta influencia, tanto en el aspecto material como en el espiritual, porque fomentará respectivamente la concentración de la propiedad y del poder político, elementos ambos de desunión.

Por último la arrogancia, a más de suscitar rivalidades y disputas, fomentará un semi retorno al feudalismo provincial.

En el orden social, a su vez, se deben afrontar los problemas de instituciones anacrónicas y decadentes, heredadas del sistema colonial. La Revolución en efecto, tal como lo ha expresado Hojvat ("Geografía Económico-Social Argentina") rompió los vínculos políticos con España, pero no los sociales y económicos. Estos mantuvieron su vigencia durante mucho tiempo, suscitando diferencias y disputas. Las diferencias clasistas y de orden económico suman un principio de desunión a las naturales diferencias políticas, todo ello principalmente con relación a las ciudades y la campaña.

Se hacen notar, como reminiscencias de la Colonia, la falta de educación productora, las influencias de gobierno y las explotaciones extensivas. Se acentúan el militarismo y la falta de industrias, debido a la preparación para la guerra.

Contra todo ello debió luchar la revolución muy lentamente, porque su estructura era incipiente y débil. La decadencia de España, como lo hemos visto, obligó a inyectar su cultura en América en forma presurosa y forzada, derivando hacia desequivalencias orgánicas que se agravaron extraordinariamente cuando esos principios, que ya de por sí eran un tanto antiguos, cayeron en el anacronismo absoluto. En resumen, el ideal supremo de la gesta libertadora era quizá superior a la medida física de la potencialidad disponible de la nación, más por sus problemas internos que por la amenaza exterior, tampoco claro está despreciable.

Era necesario consolidar el grito de libertad logrando una estructura fuerte para un ideal tan elevado. Y esa estructura estaba condicionada al principio primordial de la unidad nacional.

Pero la unidad requiere el orden; e imponer el orden en un estado de cosas anacrónico e improvisado, exigirá pagar un precio elevado por ello; ese precio fué la división interna, que sacudió durante muchos años la vida nacional.

Desde el primer momento entonces, el país es campo de lucha de distintos antagonismos.

Renace en primer término la polémica entre el concepto conservador encabezado por Saavedra, y el revolucionario a cuyo frente se coloca Moreno; ello provoca disenciones y rencores que dificultan la marcha rápida de las soluciones, originando la creación de partidos opositores; contingencia nada favorable ante la necesidad de imprimir al movimiento una dirección unificada y perentoria.

Además no se hace esperar la reacción realista, que comienza con caracteres dramáticos con la conspiración de Alzaga en Buenos Aires y el drama del fusilamiento de Liniers, el héroe de 1806, en Córdoba. Pese a que la situación en la península no era afortunadamente buena como para permitir una tentativa seria de recuperación de las colonias, el peligro de ataques españoles principalmente desde el Perú, obligaba a permanecer en guardia constante.

Por otra parte -elemento fundamental en el proceso posterior- se incia el antagonismo entre provincianos y porteños. Efectivamente, la revolución había comenzado en Buenos Aires, y se extendió luego a todo el territorio; pero había diferencia medulares en su conformación: La chispa de la emancipación, encendida en Buenos Aires, representó tal como lo vieron Sarmiento y Martínez Estrada ("Conflicto y Armonía de las

razas en América" - "Radiografía de la Pampa") una tesis, un movimiento del cerebro, de orden espiritual y aristocrático. En la campaña, en cambio, fué un acto, más real y positivo, nacido de un estado general de ignorancia y olvido. La ciudad dió el primer paso imponiendo una idea razonada; la campaña acudió al llamado de inmediato, pero por intuición y reacción frente a su situación irritante de inferioridad, y encontró en Buenos Aires unidad directiva para el movimiento, porque Buenos Aires representaba el cerebro. Un hilo magnífico, la voluntad de ser libres, fué lo que realizó la conexión profunda y duradera. Pero en las formas exteriores y materiales, las diferencias fueron ingentes.

Apenas constituido el gobierno, comenzó el antagonismo con los problemas de la Junta Grande y la incorporación de los delegados de las provincias al órgano de mando. Funes en representación del interior, y Moreno en representación de Buenos Aires, personifican la iniciación de una lucha de incomprensión interminable.

Por último, aunque en grado menor, comienza a plantearse el problema de la nación en cuanto a su encuadramiento en el marco internacional: algunos propugnarán la vinculación con potencias extranjeras, aún sin afinidad de caracteres, para buscar el apoyo material y moral contra la eventual reacción realista; otros confiarán en la inmanencia de las potencias internas en desarrollo, para obtener por sí solas la consolidación de la nacionalidad.

Así, dentro de este cuadro de ideas y fuerzas en lucha, transcurren los primeros años de la independencia. Los azares de la guerra, completamente indecisa, ahondan las rivalidades y la incertidumbre. En el orden psicológico la revolución alcanzó importantes triunfos, esparciendo por toda Sudamérica la llama de la libertad.

Pero en el orden material no se llega a ún resultado decisivo,

y la continuidad de victorias y reveses crea un ambiente de desaliento y agitación; a los cambios en el mando político suceden los relevos en la dirección militar, y poco a poco se crea la conciencia de que es necesario un cambio de orientación, encaminado a una acción más directa y eficaz. La revolución se impone el primer cambio, hacia caracteres más definidos y audaces, y ello es puesto en práctica mediante actos sucesivos de trascendencia: en 1813 se deriva a conceptos más democráticos, al establecer la abolición de numerosos privilegios y abolengos; en 1814 se orienta hacia formas más fuertes de gobierno al implantarse el Poder Ejecutivo unipersonal; y finalmente, ante la gravedad de la hora y la instancia de muchas opiniones, en 1816 se declara oficialmente la independencia de la nación. Esta decisión, de carácter históricamente trascendente y políticamente grave, es una demostración más de las dificultades y peligros de la gesta emancipadora: ante la incertidumbre de la situación política y guerrera vigente, se requiere una definición casi desesperada, que aporte nuevos elementos y posibilidades de triunfo. Se surge así oficialmente a la vida de nación independiente, buscando la colaboración internacional mediante un arranque de valor destinado a tener repercusión psicológica en el mundo, y solicitado insistentemente por casi todos los paladines de la Patria. Al mismo tiempo se da otro paso de importancia al elegirse la forma republicana de gobierno. Y en base a las nuevas decisiones adoptadas, se esperaba afianzar el proceso de la unidad nacional.

Pero pese a ello la Revolución decaía en todas partes, cuando hace su aparición en la historia la figura egregia del más grande <sup>de</sup> los argentinos, el General San Martín.

Su estampa tiene destellos de singular fulgor, porque al mismo tiempo que da libertad a medio continente lega a la República un arquetipo inigualado, meta indefectible de todo argentino.

En el primer termino, San Martín fué el libertador auténtico y único, porque como hombre y como guerrero fué superior. El salvó verdaderamente a la revolución sudamericana, porque apareció en la historia en el momento en que posiblemente ella empezaba a declinar por carencia de un conductor. San Martín encarnó a ese conductor de la nacionalidad, y con él la revolución tomó por vez primera la ofensiva y triunfó. Como hombre demostró una heroicidad sin límites, que lo llevó al sacrificio voluntario; como guerrero tuvo la visión extraordinaria de la única forma de ganar la guerra, <sup>que</sup> era atacando el Perú, el centro del poderío realista.

Para cumplirlo, tuvo que igualar las hazañas épicas de Alejandro y Aníbal; llevando la libertad a Chile y Perú, ganó la admiración y el agradecimiento de toda América. Y por su grandeza demostró al mundo la exacta medida del valer argentino, porque solamente una nación grande podía dar hombres como ese.

La campaña de San Martín es entonces sin lugar a dudas, la luz más brillante en la organización nacional. Por sí sola bastó para iluminar toda una época, y sus reflejos deben llegar hasta hoy para indicar la senda a seguir en nuestro destino.

Pero luego -inevitables parábolas de gloria y miseria en la vida de los pueblos- se vuelve a agudizar la disensión interna, ya a las puertas de la anarquía. La rivalidad entre Buenos Aires y la campaña se ha de hacer irreconciliable.

La ciudad capital había orientado la acción, pero olvidó la fuerza de los regionalismos y la tendencia autonomista del interior.

Los resultados inciertos de la acción guerrera y la evidencia de sus propios errores y debilidades, la desprestigió a los ojos de las provincias, que ya de por sí la habían mirado con prevención.

Siempre temieron aquellas que la ciudad capital tratase de

perpetuar una hegemonía similar a la hispana.

Por otra parte, la independencia había roto la unidad que, en una forma u otra, había implantado España; y no pudo la revolución instituir otra nueva, por lo menos en el orden material o aparente. Es así que se destruye la confianza en la unificación, por la realidad de los hechos materiales y por la incompatibilidad de las ideas. Frente a la concepción vaga y ya diluida de la nacionalidad, la provincia se reviste de un sentido de patria más real, cercano y poderoso; resurge con toda fuerza la tendencia regionalista de pura raigambre española; reaparecen otra vez las influencias de los factores telúricos y étnico-cultural estudiados al principio de este capítulo, y al conjuro de una incompreensión total reinarán otra vez el aislamiento y la distancia.

El antagonismo de la primera hora se había olvidado un tanto, enceguecido por la empresa inmortal de la emancipación y la esperanza de llegar a un acuerdo. Pero luego, obtenida aquella y perdida ésta, vuelven a tener vigencia todos los factores que dificultaron la unidad, agrandados incluso.

Entonces, la desunión es el elemento fundamental de la vida argentina.

Es así que hacia 1820 el país se empieza a debatir en forma definitiva en las garras de la anarquía, por el fracaso político de Buenos Aires y el triunfo de las pasiones localistas, nacidas del aislamiento y la incultura.

El territorio argentino se transforma en un inmenso campo de lucha, en el que combaten las provincias contra la capital y entre ellas mismas. Tal como lo expresara Dorrego, "disueltos los vínculos que ligaban a los pueblos con el monarca, cada provincia es dueña de sí misma".

Se inicia un estado absoluto de disolución nacional, recrudeciendo la lucha entre unitarios y federales. Rivadavia y Dorrego encarnan dos tendencias que sustentando principios distintos no van a poder conciliarse; los primeros tratan de implantar un sistema de gobierno centralizado que dé hegemonía a la ciudad capital, con tendencia europeizante e internacionalista; es en general un movimiento cerebral y aristocrático, de contornos idealistas. Los segundos en cambio representan un estado reaccionario e intuitivo, que ha idealizado la autonomía regional como bandera de lucha; propugnan una organización federalista de gobierno, revistiéndola de caracteres especiales de nacionalismo y anarquía al propio tiempo; configura así una tendencia americanista y autóctona, más cercana a la realidad, y animada de caracteres impulsivos, violentos y multitudinarios.

En un medio propicio a la violencia y la arbitrariedad como el descrito, nacido de la injusticia y de la irritación, las reacciones dentro y fuera de los grupos opositores revisten carácter sanguinario e indefinidos. Los ataques y alianzas militares, los cambios de bando en la lucha, las revueltas y contrarrevueltas se suceden en cadena interminable y caprichosa. Reina la confusión en las ideas y la inseguridad en los actos; es que se trata de una lucha entre hermanos que es a la fuerza desordenada, porque no hay ideales superiores opuestos sino rencillas traducidas en acción violenta, frente a la inoperancia de ciertos principios e ideas. De allí que la anarquía es por sobre todas las cosas, símbolo de desorden y confusión.

Y en este desdichado momento de la historia argentina se forjan o refuerzan varios principios defectuosos de la vida nacional, los que han de ejercer funesta influencia posterior; y debilitarán aún más la no muy fuerte estructura cultural del estado, justamente en el momento en que debió de ser mas sólida, porque iba a afrontar la iniciación a plazo

no muy largo, de la crisis materialista mundial.

Desgraciadamente se combinan las circunstancias de la vida política con determinadas características nacionales, para amasar o revivir ese cúmulo de factores contrarios a la consolidación cultural.

En primer término la anarquía lleva al triunfo del caudillaje, uno de los males que azotará más crudamente al país. El estado de cosas reinante fué factor preponderante en ello, porque el despertar violento de los sentimientos de autonomía exigía por un lado la imposición de un mando autoritario para mantener el orden, y por el otro la necesidad de agruparse alrededor de un jefe para la defensa común; se crea así una especie de feudalismo popular y geográfico, de contornos inestables y violentos; descollando la influencia personal sobre la realidad efectiva, y la suerte de las armas sobre la durabilidad de la influencia. Un factor psicológico elemental, la pereza, coadyuva al establecimiento de ese orden de cosas, al paralizar la iniciativa de reacción de las masas. Y la presión poderosa como siempre de la distancia y la extensión, facilita desde todo punto de vista la formación y auge del caudillismo.

También empiezan a recrudecer las revoluciones, que serán uno de los defectos característicos de Hispanoamérica. De esa misma organización de caudillos surge una carrera desenfrenada hacia el poder, que establece una rivalidad constante entre ellos, fomentada por la reacción siempre latente de las masas. De allí ~~con~~ los convenios y alianzas olvidados, los pactos no respetados y los tratados secretos; de allí las traiciones, los motines, las deposiciones continuas de gobernantes, que trasuntan un desorden absoluto, una desequivalencia completa y un descontento general. Así como lo vieron muchos autores, Ezequiel Martínez Estrada ("Radiografía de la Pampa") las definió magistralmente como revoluciones endémicas. Lo propio hizo Carlos O. Bunge ("Nuestra América") al expresar que las revoluciones sudamericanas son epilépticas.

Porque así son efectivamente estos movimientos, que por desdicha configuran una característica hispanoamericana de extraordinaria fuerza y duración: endémicos, porque yacen latentes en el fondo de los pueblos, en forma constante y semioculta, dispuestos en todo momento a reemplazar por la fuerza al sistema de mando que no contemple su opinión; epilépticos, porque parecen reaccionar en forma periódica y explosiva, trastornando el orden vigente, para luego irse aquietando de a poco hasta llegar muchas veces a tolerar ideas similares a las desplazadas.

Surge además con fuerza incontrastable el tipo de gobierno despótico, que habría de caracterizar a todos los sistemas políticos hispanoamericanos. Es evidente un resultado directo de las condiciones anteriormente descriptas, en las cuales el caudillismo y la tendencia a las revoluciones determinan la necesidad de implantar sistemas de gobierno de orden autoritario. El estado de anarquía reinante, la extensión, las tendencias autonomistas y otros factores obligan a ejercer el mando en forma discrecional y unipersonal. Se establece la preeminencia del militarismo en la vida política, y la tendencia a la perpetuación del mando omnipotente.

De todo ello nace también uno de los caracteres más marcados de la vida argentina, que es el culto del coraje y la fuerza física.

En un sistema social anarquizado y caótico, en el cual la fuerza de las circunstancias resta trascendencia al espíritu y sus creaciones, el valor y la fuerza física son los factores de primer importancia: ellos constituyen en términos generales el único medio de ascenso en el grupo, y la única manera de destacarse en la escena política, social y económica. Rota la unidad de conciencia, confundida la mente, decaído el impulso espiritual, los grupos humanos encerrados en su localismo estrecho buscan el mando de aquellos que denotan condiciones físicas superiores, extensibles hasta llegar al coraje. Así el valor es la única

condición no física que despierta admiración, pero siempre que se exteriorice en hechos.

De tal manera van surgiendo y reemplazándose los caudillos, los jefes, los conductores, siempre al amparo de una demostración visible de poder; de donde el azar, la suerte de las armas y el mantenimiento de su supremacía física revisten una importancia desmedida en la trayectoria y duración de su gobierno.

Entonces se requiere la dureza de espíritu, ~~como~~ la represión violenta, la justicia arbitraria, para mantener el poder. Y luego, por siglos, quedará grabado en el pueblo argentino la admiración y el respeto por la fuerza física y el coraje, aún en menosprecio de condiciones espirituales equivalentes.

Por último toma fuerza un factor de extraordinaria importancia, que es la tendencia al derroche y se manifiesta en todos los órdenes de la vida nacional, porque se debe también a multiplicidad de causas.

La extensión inconmensurable del territorio origina los latifundios porque en el aislamiento y la soledad la apropiación de la tierra no puede tener control. Los azares de la guerra no permiten el establecimiento de industrias permanentes, y se busca extraer la riqueza de la manera más rápida. Se prefiere la ganadería a la agricultura, el cultivo extensivo al intensivo. La movilización militar obliga al descuido de la educación, ya de por sí difícil.

La vida rápida, violenta y azarosa impone su modalidad, paralizándolo el progreso y la ambición normal. Más tarde, unido ello a la exuberancia de la riqueza, sancionará por mucho tiempo la explotación desaprensiva, la producción antieconómica y el despilfarro. Paralelamente recrudecerá la pereza, la arrogancia y el desprecio del trabajo.

Estos y otros gérmenes de aberración florecieron durante la anarquía; algunos ya existían antes y recrudecieron con un estado de co-

sas favorable; otros encontraron en ella campo propicio para el desarrollo. Pero todos dejaron grabados su paso en la vida argentina. Y así el caudillismo, las revoluciones, el culto de la potencia física, el derroche, fueron rasgos característicos de nuestra evolución y nos acompañarán a través de ella con sus derivaciones funestas.

Justo es decirlo, no todo se perdió en la anarquía: y el valor, el sentimiento de soberanía y la libertad como vivencia presidieron siempre las manifestaciones de violencia y desorden.

Pero el estado anárquico desató las pasiones exaltadas, sancionando el apresuramiento y la injusticia. Así como en otra época el fusilamiento de Liniers representó un sacrificio en aras de un ideal supremo, ahora el fusilamiento de Dorrego significa un tributo de sangre doloroso, a la época de confusión más grande en nuestra historia.

En ese momento adviene al país la dictadura rosista.

Aquí se aborda un tema difícil, porque ha sido y es objeto de controversias apasionadas y fanáticas.

No muchos han razonado a fondo sobre él, porque sus formas aparentes son violentas e insólitas. Casi siempre han tomado una posición cualquiera, a favor o en contra, sin contemplar las cosas en su justa proporción y sin admitir interpretaciones intermedias.

Se acostumbra a juzgar, por otra parte, al gobierno de Rosas en un sentido absoluto, sin términos de comparación en el tiempo y en el espacio. Quienes escribieron las historias viejas fueron prácticamente interesados en ella, y no podían hablar con serenidad; hasta Sarmiento, conocedor a fondo de nuestros problemas sociológicos, es arrastrado a la parcialidad por su propia actuación. Quienes en cambio se muestran ahora sorprendentemente defensores de la época, no dejan de estar ligados a influencias de similitud con ideas más modernas, y su juicio también es sospechoso. Hay evidentemente un movimiento activo y sorprendente para

la reivindicación histórica, pero hay que tener cuidado con él, porque junto a ideas nobles ha de encerrar seguro otras más mezquinas.

Yo también adhiero a ese movimiento, porque la historia no ha dicho la última palabra. Quien fué enemigo de Rosas, no pudo ser sereno; se limitó a aplicar un nombre a la época, y pasó a otra cosa. Pero la modificación de un juicio histórico requiere explicación y limitación en sus alcances; no puede transformarse una época mala en buena o poniendo simplemente las opiniones y menos aún sin dar razones positivas para el cambio, ni limitar el alcance de una revisión como ésta. El gobierno de Rosas fué una dictadura sin lugar a dudas, y sus excesos son demasiados positivos como para ello. Hay que buscar una hilación con factores más complejos, de repercusión sutil y de hondas raíces nacionales, como para comprender el porqué y hasta donde debe ser modificado el juicio clásico.

La tiranía fué una necesidad para el país. La situación anárquica introdujo un desorden tan espantoso en él, que no era solucionable por las vías normales; ya la sucesión de los hechos muestra incontrovertiblemente que fracasaron todos los sistemas y todos los hombres. Ni la aristocracia unitaria ni los caudillos federales consiguieron triunfar, porque necesitaban y no pudieron aunar sus ideas teóricas con el mando y la unidad concretos. Sólo esa conjunción de elementos lograría la organización. Y sólo era viable por medio de un gobierno autoritario y despótico. Por eso la tiranía fué un mal necesario, y es a ella a la que debe juzgarse, no a Rosas. Nuestra evolución llevó a la imposición de un sistema político determinado y sobre él debe recaer el estudio. Rosas no fué más que la materialización de ese sistema, y lo desempeñó perfectamente. Como hombre o ciudadano común puede ser controvertida su acción; como funcionario de una estructura específica, está fuera de discusión alguna. Rosas no es discutible; la tiranía sí. Y yo personalmente creo

que esa tiranía era necesaria, en este país y en ese momento. Todas las naciones, más aún las latinas, han necesitado en un momento de su historia la ráfaga purificadora de la violencia, en los primeros momentos de su formación cultural; porque así como el cuerpo humano necesita a veces de elementos depurativos para retornar a la vida sana, así también los estados, que son cuerpos sociales, requieren en ocasiones la imposición de la fuerza tiránica para la depuración de sus órganos. Se sabe que los remedios nunca son agradables; pero a veces deben tomarse, pese a su amargura.

Fracasados como ya hemos visto los ideales unitarios por su alejamiento de la realidad, y los federales por su incapacidad de unificación, se requería una combinación de ambos para instaurar un sistema político de fuerza, y la presencia de un hombre capaz de ponerlo en marcha. El General Juan Manuel <sup>de/</sup> Rosas encarnaba esa necesidad, y por eso llegó a la suma del poder. Por lógica no puede ser eximido de sus errores considerándolo como mero instrumento de una idea; como tampoco puede desmedrarse su capacidad en ciertos aspectos. Fué el hombre ideal para eso porque tenía grandes condiciones personales, y compartía las ideas que cimentaban su ascenso. Era el caudillo máximo, porque fué el único que consiguió mandar el país enteró. Y fué impuesto por los demás caudillos a la capital, que era su enemiga natural. Rosas llega para imponer el orden en el caos existente, mediante la violencia y la autoridad sin límites. Personifica a la campaña reaccionando contra la ciudad que la olvidó; a lo autóctono contra lo foráneo; a la realidad concreta y cruda contra la teoría inoperante y egoísta; al nacionalismo irrazonado contra la tendencia extranjerizante.

Triunfó porque a sus innegables dotes para el mando unía ideas claras y reales, en oposición a todos los conceptos abstractos. Perseguía el orden dentro del desorden, y la unidad dentro de la anarquía, y

consiguió tenerlos, por medio de la fuerza arbitraria y la violencia permanente.

Así pudo conciliarse el autonomismo reaccionario de la campaña con la centralización del mando. Rosas sojuzgó a todos los demás caudillos, persiguió implacablemente a toda oposición al sistema y se encaró con la osadía extranjera enarbolando la bandera de una soberanía americana, altiva y violenta. Trató de reconstruir la estructura política primaria del antiguo Virreynato sin conseguirlo; reprimió con fiereza toda sedición o protesta, no respetando siquiera la cabeza luminosa de muchos proceres insignes.

Y luego, inevitablemente, cayó vencido por uno de sus propios nombres.

Su gobierno fué de una crueldad y dureza dolorosa, correctiva. Entiendo que cumplió una misión necesaria y sombría, al imponer el orden a cualquier precio. Lo prueba el hecho de que la organización no demoró mayormente luego de su caída, de donde debe admitirse que por lo menos realizó algún progreso con respecto a la época de la anarquía.

Luego, como correspondía, desapareció sumergiéndose en la historia con su trágica secuela de maldiciones y reproches.

Después de eso nadie quiso volver sobre la época, ya marcada de manera fácil y al parecer definitiva. Nadie tampoco quiso, salvo excepciones, investigar el porqué de la tiranía. Todos se limitaron a considerarla un mal que cargaron en la cuenta de su titular, y se cerró ese capítulo de la vida nacional.

Hoy, que se busca volver a revisar el proceso, puede ser que haya más serenidad y más luz en el mismo.

La verdad es que después de Caseros se consiguió avanzar algo más en el camino de la organización. Por lo menos la anarquía había sido superada, aunque las luchas no hubiesen terminado. El orden y la unidad, aunque impuestos por la violencia, fueron un legado de Rosas; a pesar de su caída triunfó también el federalismo, al imponerse como sistema político constitucional.

Tal como ya lo he señalado, pese al caos anterior siempre habían sobrevivido dos valores nacionales de trascendente magnitud: la soberanía como ideal y el valor como ley. Los caudillos federales, los generales unitarios, todos pudieron usar de la violencia y todos pudieron estar en un error, pero valor y amor por la libertad no le faltó a nadie. Se necesitó eso sí, el fuego de la dictadura y la sangre para imponer la unidad, porque "la letra con sangre entra".....

Con todo la organización no se logró enseguida; ni los esfuerzos de Urquiza, ni la Constitución de 1853, dieron el resultado inmediato esperado, porque evidentemente el pueblo argentino tenía una dificultad innata para la organización. Así lo expresa admirablemente Sarmiento: "tenían más alta conciencia del bien que paciencia y capacidad para realizarlo".

Por eso Urquiza no fué tampoco el héroe de la organización, porque aún no la hubo. Su victoria de Caseros fué el hecho elegido por la historia para terminar con un sistema necesariamente tiránico, que consiguió gobernar por el terror en una nación ingobernable en ese momento. Y por eso mismo debía desaparecer en cuanto hubiera dejado de ser indispensable; cuando se crearon posibilidades del dominio del orden, se volvió a las vías normales.

Pero la organización definitiva requería todavía un tiempo; las luchas internas se prolongaron en la guerra entre Buenos Aires y la Confederación, y recién en 1860 podemos hablar de unificación nacional.

Se cierra así esta etapa tremendamente difícil de la evolución argentina, al llegar a la unidad. Queda atrás la época decadente y disolutiva de la colonia; el momento glorioso de la Revolución de Mayo; la gesta inmortal de San Martín; el caos de la anarquía y la sangre de la tiranía rosista. Se arriba entonces a la vida plena de la nación libre, al llegarse a la organización.

Pero la Historia nos dirá que tal vez era un poco tarde.....



C R I S I S:

Porque en efecto, la organización fué tardía.

Necesitaba consolidar y fortalecer sus principios y su estructura, para adquirir el grado de estabilidad que le permitiera seguir su camino en la historia con paso firme. Pero para ello se requería el mantenimiento siquiera por un tiempo, de las condiciones universales reinantes en el mundo. Esto no sucedió porque justo en ese entonces se iniciaba una transformación en él.

Aquí la historia argentina aflora verdaderamente al concierto internacional; y en este momento de trascendencia tremenda, su vida se encontrará ligada a movimientos y principios que por vez primera no son exclusivamente propios.

Y otra vez aquí el signo de la desequivalencia enarbola su bandera como si no pudiera apartarse de la vida argentina. Así como ayer la falta de armonía cronológica implantó un sistema forzado en un mundo que cambiaba de rumbo, hoy logra una estructura conocida en el momento en que ese mundo cambiaba de nuevo. Aquella vez, en la conquista española, fué demasiado temprano para que una nación quedase sujeta a su propio destino; ahora, va a ser demasiado tarde para aprender a conocer-lo.

De allí arranca la crisis, porque una estructura nueva era demasiado débil como para tener gravitación propia. Y en un mundo que empieza a ser remolino, será irremediablemente arrastrada por él.

Por eso la crisis de la evolución sociológica argentina comienza junto con la crisis universal, porque la nacionalidad no tenía la fuerza para seguir senderos propios, y además necesitaba aún reencon-trarse a si misma.

En el momento en que el país se organizaba lentamente, apenas cicatrizada la herida feroz de la anarquía; cuando asomaba al mundo para incorporarse a su marcha, ese mundo empezaba a debatirse en garras de la crisis incipiente.

Tal vez de haber contado con una organización anterior, con una estructura fuerte y auténtica, hubiéramos luchado contra ella, prosiguiendo la tradición latina heredada de España. Tal vez hubiésemos caído más bajo que de otra manera, o tal vez hubiéramos obtenido un galardón de gloria inmarcesible. Pero nada de eso pudo ser, porque la desequivalencia histórica no le permitiría.

Y la República Argentina comienza, como el mundo todo, su peregrinaje aún no terminado por los senderos desviados de la crisis industrial capitalista.

Aquí entonces habrá que estudiar instituciones y principios que demuestran que la formación sociológica argentina fué arrastrada a la crisis por la doble acción de dos factores:

- a): la iniciación de la crisis universal, por el advenimiento de la sociedad industrial capitalista
- b): la debilidad de su estructura recién organizada.

De allí que los defectos, los errores, las virtudes nacionales, van a mostrar siempre esa extraña dualidad, esa contradicción a veces incomprensible y desconcertante. Fundamentalmente los primeros, son los que hacen tan difícil la enunciación de ciertos juicios sobre la nacionalidad; porque están alimentados en fuentes distintas, unas autóctonas, otras foráneas.

De allí esa extraña oscilación del espíritu, magistralmente señalada por algunos autores, que se inclina ora hacia la grandeza, ora hacia la mezquindad. De allí también el carácter híbrido y ficticio

de los principios institucionales, que sancionan estructuras carentes de realidad al lado de otras de candente arraigo.

Porque en el período 1853-1860 se cierra la época de las luchas armadas y comienza la era de la crisis sociológica. Terminan las discordias guerreras y la violencia anárquica, y comienza el desamparo cultural y la incertidumbre del espíritu. Esta época posterior a la caída de la tiranía, llamó barbarie a la anterior y la dió por cerrada por su propia cuenta, sin profundizar su enseñanza ni respetar su experiencia. Cambió el rumbo al país sin mirar hacia atrás, y trató de ganar el porvenir negando al pasado. Y su error, multiplicado infinitas veces por la gravitación desdichada de la crisis universal, nos dejó un lastre de defectos que tal vez recién hoy comenzemos a dejar, y se tradujo en el atraso del ritmo cultural de progreso, la incertidumbre y el desamparo.

La nación entera cayó en el tráfago de principios nuevos y deficientes, revolucionarios e inarraigados. Se revistió de una corteza ajena y forzada, negando su herencia y su pasado, su tradición y su fé. Si mantuvo como lo dije al principio su dirección ascendente, disminuyó en cambio el ritmo de su avance en la historia. Y después, la reacción debió de ser dolorosa y el precio muy alto, con riesgo de caer en extremos opuestos de mayor peligro aún.

Por eso hoy, que aún estamos a tiempo, debemos retomar el sendero recto y seguro, marchando sobre terreno de bases profundas en la historia. Todo cuanto se haga en tal sentido será poco, porque todo será necesario, y hay mucho que perder en ello.

Es que la nación desvió sus pasos a ambos lados del camino: su error la llevó a extremos igualmente opuestos a su destino real. Siempre dentro del marco de la crisis que aprisiona hoy al mundo, dos ideas igualmente funestas marcan el grado y la gravedad de la hora. Al mismo tiempo, dos etapas conexas y sucesivas muestran el camino seguido en la historia

de este mundo de confusión y debilidad.

Por eso la crisis argentina tiene también dos etapas: liberalismo y estatismo.

El liberalismo marca la etapa inicial de la crisis de las sociedades modernas; rotos todos los vínculos que ligan a los pueblos con el pasado, sueltos los frenos que sujetan al individuo, hacen presa en el mundo principios nuevos y revolucionarios que sancionan la disolución de las formaciones sociales básicas, inaugurando eras de desenfreno y ambición. Palabras de contenido hueco alientan concepciones egocentristas y exclusivistas, en aras de una falsa libertad de vida. Sobreviene el olvido del espíritu y la fé, la extravagancia y la inmoralidad legalizada, la miseria y la lucha de clases, como nunca lo había visto el mundo.

Después la tensión estalla y a la convulsión sigue la crisis del estatismo. El rencor y la venganza alientan la inestabilidad y el desorden. Se impone otra vez una mano de hierro que domine la situación y recrudescen los sistemas de gobierno autoritario. Se implantan superestructuras sociales forzadas y rígidas, que se traducen en la anulación de la personalidad y la iniciativa privada y el menoscabo de la propiedad, la vocación y la inteligencia.

Pero el cambio de orientación, porque sea necesario, no significa también mejoramiento. Y como desde el principio de la crisis, el materialismo y el ateísmo, el racionalismo, la técnica y los demás engendros de ella seguirán reinando en el mundo como soberanos incommovibles.

## LA CRISIS DEL LIBERALISMO:

Hasta el siglo 18 la humanidad vivió encauzada por un número limitado de principios y posibilidades. Fuesen elevados o nó, reales o ilusorios, había determinados conceptos medulares que sostenían una estructura de sujeción del individuo y la sociedad. Su propio carácter rí gido, e inexplicado talvez, los colocaban en un plano superior, panorámi camente, a la ubicación media de la gente. Y por eso significaron siem pre una contención a la iniciativa aventurera de ella, manteniendo una supremacía general sobre el mundo que obraba a modo de marco y de dique; respondía entonces la vida toda a una concepción filosófica específica, caracterizada por la modestia del conocimiento, la inferiorización de las posibilidades y la contención general. El hombre se siente inferior fren te a la gravitación misteriosa e inexplicable de las fuerzas telúricas y ultraterrenas, y se conforma con seguir su senda bajo ellas y dentro de lo permitido por sus medios de conocimiento, que reconoce insuficientes.

Cuando dentro de tales lineamientos un hombre mostraba condiciones es peciales en un hacer determinado, su margen superior de posibilidades y el reconocimiento automático de los demás lo llevaba por propia gravita ción al ascenso en el grupo; de donde se forman escalas de desigualdad que tienen sanción legal, porque hay un plebiscito, inconsciente o nó, que les da realidad efectiva.

Y por lo mismo, cuando ciertas instituciones por su origen o su carácter parecen conectadas con aquellas influencias superiores, cons tituyen elementos básicos de la vida común; y se respetan y se conser van a cualquier precio y sacrificio.

Por eso la época antigua es una época de guerras, de barbarie, de ignorancia; de allí la esclavitud, el desprecio del trabajo y el des conocimiento del mundo; por eso también la técnica es rudimentaria y la

ciencia está en pañales; por eso los gobiernos son aristócratas y las masas son olvidadas.

Y también por eso la época antigua es la época del arte, la religión y la filosofía. De ella se recibieron los principios elementales que significan la base de progreso de la humanidad. Aportó las más altas estructuras filosóficas y los más grandes valores culturales del mundo, en todas las ramas del espíritu humano. De allí que surgieran arquetipos inigualados en la historia; de allí que la fé, lo más precioso que tiene el ser humano, presidiera el espíritu y sus realizaciones todas. Por eso las instituciones madres como la familia, la ciudad y la Iglesia, tuvieron una gravitación que jamás volverán a tener. Por eso la autoridad del padre, el rey y el sacerdote tuvo la fuerza que hoy desconocemos por completo.

Porque ese mundo antiguo representa una estructura en la cuál los hombres y las instituciones tienen un freno y reconocen un mando; creen en algo superior, sea lo que sea, y tienen temor de ello.

Porque en definitiva, y es lo único que vale, aún en medio de la barbarie todo lo que es contrario a esos principios está reconocido como tal. El crimen, aunque prolifere, está penado; el terror, aunque reine es terror; la inmoralidad, aunque se practique, trata de ocultarse.

Porque pese a todo esos hombres, en la modestia de su ignorancia bárbara, tenían más conciencia de su vida.

Después, más adelante en la historia, ellos se crearán reyes del mundo; el crimen, el terror y la inmoralidad dejarán de llamarse así y tendrán sanción legal.

Y la humanidad entera empezará a exterminarse en medio de gritos de alegría y de liberación.

En el siglo 18 nacen entonces factores que darán por tierra con

el orden vigente, precipitando a la humanidad en una crisis incipiente, bajo el signo del liberalismo.

La crisis hubo de ser total, porque fué también total la influencia de esos factores, que abarcaron los ámbitos del cuerpo y de la mente. Nace así la sociedad industrial capitalista, que en el siglo siguiente habrá de consolidar su poderío hasta alcanzar el dominio del mundo; y su ascenso materializa entonces la primera etapa de la crisis; su concepción fué, repito, total, porque nació de elementos que transforman la conformación física y espiritual del mundo conocido: el maquinismo en el orden material; las ideas liberales en el orden inmaterial. Por eso existe en el nuevo sistema una dialéctica material y una dialéctica espiritual contra la antigüedad (Dr. José Enrique Miguens: "La Sociedad Industrial Capitalista"); y hay entonces un espíritu capitalista, y estructuras capitalistas específicas, determinadas por él.

No voy ahora a entrar en juicio sobre los elementos determinantes del advenimiento de ese espíritu; Weber, Tawney, Sombart, Fanfani, han expresado ya sus puntos de vista al respecto. Baste saber que el capitalismo pudo haber existido siempre como manifestación individual, pero en el siglo 18 la acción de diversos factores concurrentes empieza a darle fuerza como elemento social. Sin pretender establecer órdenes de prioridad o importancia, es evidente que desde siglos atrás venían actuando en tal sentido los gérmenes de capitalismo que destacan los autores citados: principalmente en el orden material, el poderío económico creciente en Europa y la proliferación de los mercaderes; además, también deben haber influido determinados caracteres biológicos, por cuanto es admisible que las diferencias étnicas puedan establecer un grado distinto de propensión al capitalismo.

Pero mi opinión personal es que debe darse la máxima importancia como factores de impulso a ciertas influencias inmateriales, de orden

filosófico y teológico, que configuran lo que he llamado en general ideas liberales.

Ya desde la época de decadencia del imperio español, hemos visto que comenzaban a desarrollarse en el mundo nuevas ideas que significarían la revisión total de los conceptos sustentados hasta entonces, al nacer en Francia e Inglaterra los principios de una posterior filosofía liberalista.

Luego la Reforma protestante le da un tremendo impulso al sancionar el cisma religioso, socavando fundamentalmente los cimientos de todo un sistema de contención y rigidez. Sus concepciones de la fé sin obras, el libre examen, la predestinación y la negación de la Iglesia, aumentan enormemente la tendencia a la liberación del individuo, dándole una justificación legal y una doctrina religiosa acorde con ella.

Por último, ya cerca de la crisis, toman vuelo definitivo las ideas que se venían gestando hasta entonces, al echar las bases de un nuevo sistema filosófico. Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros convierten a Gran Bretaña y Francia en focos de irradiación de los nuevos conceptos. Si hasta allí la filosofía tenía profundas raíces en la religión, enmarcada en el cuadro severo de las concepciones aristotélico-tomistas, a partir de ese momento busca nueva base en la vida y la naturaleza. La estructura imponente de la Escolástica, con sus soportes claros y rígidos, plenos de moderación y austeridad, dejará paso a una filosofía naturalista que hace bandera de la libertad, la razón y el amor a las ciencias y a las formas abiertas de vida.

Este siglo se llama a sí mismo "el siglo de las luces" porque sanciona el predominio de la razón orientada hacia el progreso, mediante la incrementación de los conocimientos humanos (iluminismo y enciclopedismo).

Queda definida así la aparición del espíritu liberalista, que

opone al orden anterior sus concepciones diametralmente opuestas:

- 1): en el sistema político: contra la monarquía absoluta de origen divino y aristocrático, propone la monarquía constitucional o la república, de origen plebiscitario y popular.
- 2): en el sistema económico: contra el régimen corporativo de trabajo y el mercantilismo, fomenta el trabajo libre y el libre cambio.
- 3): en el sistema social: contra la desigualdad secular, las castas y los privilegios sanciona la igualdad y la abolición de toda prerrogativa.
- 4): en la religión: contra la uniformidad de creencias y la religión nacional, propugna la libertad y tolerancia de culto.

Tales son los rasgos del espíritu liberalista, con el cual comienza ya la crisis; porque siempre el espíritu precede a las instituciones aunque luego pueda ser modificado por ellas. Y cada vez que cambia el espíritu que predomina en el mundo, estamos frente a una nueva etapa cultural.

Y cuando la historia demuestra que el cambio fue funesto, tenemos el derecho a hablar de crisis cultural.

Así queda planteada la dialéctica espiritual del liberalismo.

En lo referente al orden material, el maquinismo es el elemento básico de impulso, al transformar asombrosamente el sistema económico. Hasta entonces la economía sigue siendo, a pesar de su progreso, una actividad limitada en sus posibilidades; a partir de entonces se va a convertir en eje de la vida.

En la antigüedad la producción y el comercio son limitados,

porque múltiples factores de influencia impiden su desarrollo: en el campo material, la limitación del conocimiento geográfico y de los medios de transporte, la inseguridad política y la técnica rudimentaria y empírica; en el campo inmaterial, tanto el pensamiento grecorromano como las ideas del feudalismo medioeval y las concepciones de la Escolástica, tienden a la moderación e incluso al desprecio de la actividad económica; la represión de la usura, la ganancia como simple medio de obtener otros fines, etc., son caracteres que actúan a modo de freno sobre la posibilidad de expansión comercial.

La economía es fundamentalmente de tipo semicerrado; el régimen de trabajo, organizado en corporaciones, es rígido, reglamentado y orgánico; la calidad predomina sobre la cantidad, y las aptitudes personales son determinantes fundamentales del éxito.

Después se operan transformaciones profundas en el régimen: el avance de la técnica, aunque paulatino; el incremento de los conocimientos y la apertura de nuevas fronteras abren posibilidades insólitas al desarrollo económico, aunque se miren aún con recelo.

Pero después la reforma religiosa, sobre todo la calvinista, legaliza el impulso de lucro al definirlo como señal de predestinación.

Y por último el auge de la filosofía naturalista rompe los últimos baluartes de resistencia. En 1789, la Revolución Francesa, imbuida justamente de esos principios, es el hecho político que sanciona las nuevas teorías.

Así se fué gestando este proceso hasta el momento en que da el salto gigantesco hacia la dominación del sistema.

Ello sucede con la Revolución Industrial iniciada en Gran Bretaña a fines del siglo 18, que inaugura la era del maquinismo.

Tres o cuatro invenciones aplicadas a la industria textil, revolucionan todo el sistema económico en forma asombrosa, al establecer

un nuevo régimen de producción.

Este régimen, nacido en forma insólita de las modificaciones de Hargreaves, Arkwright, Cartwright, Watt, trasciende rápidamente a todos los grupos de la industria, convirtiéndola en una potencia insuperable, merced a la aplicación de principios revolucionarios. Así se inaugura un proceso de mecanización, especialización, standardización y concentración de la producción.

Se empieza a utilizar máquinas para todo, que hacen el trabajo de miles de hombres; cada máquina, grupo de máquinas o fábrica, se orienta a la fabricación de un determinado tipo de artículo; al mismo tiempo, se trata de dar a toda su producción características iguales, en beneficio de una mayor y más rápida elaboración; por último, ante las inmensas posibilidades de desarrollo que se presentan, comienza a esbozarse una tendencia a la concentración horizontal y vertical de la industria.

Los resultados de esta revolución industrial fueron de trascendencia inmensurable para la humanidad: en el orden meramente material el progreso fué enorme, al mecanizar la producción, fomentar el comercio e impulsar el desarrollo técnico por cauces insospechados. La ciencia experimental, ya jerarquizada por la filosofía liberalista, pone todo su ímpetu en las innovaciones técnicas; la ciencia trabajará en adelante para la industria, y ésta será glorificada por un sentimiento de admiración general, que llegará incluso a divinizarla con San Simón y sus discípulos.

Pero el precio que se pagó por ello fué muy alto:

Desde el principio, en el orden técnico, la industrialización fulminante provoca una serie de desequilibrios orgánicos e institucionales: la desocupación y la superproducción son los primeros.

Reemplazado el trabajo humano por el mecánico, millares de personas quedan sin ocupación racional. Decae absolutamente el precio de

la mano de obra y se relaja la capacidad personal. De un sólo golpe se han borrado las escalas de habilidad, y toda esa masa compite en la búqueda de trabajo. El empresario, arrastrado por el remolino de una conciencia desenfrenada, paga salarios de hambre y permite jornadas de trabajo en condiciones durísimas. No hay limitación en la duración de la jornada ni en la edad de quien la cumple; se deja de lado todo escrúpulo de seguridad o higiene, y recrudece la inestabilidad del trabajo alcanzando proporciones increíbles.

Todo eso porque la técnica industrial puso de golpe a los ojos del mundo posibilidades incommensurables de expansión material, y ese mundo no tenía fuerza espiritual para ello. Decaído y relajado por la incertidumbre de un espíritu cambiante, presa ya de la crisis liberaligta, se lanzó a extremos de vida inconciliables, en los cuales la ambición personal, el egoísmo y la desesperación por hacer rápida fortuna ocuparon los lugares de privilegio.

Mientras, la técnica continúa avanzando a despecho de todo, siempre precedida por la ciencia, que parece haber olvidado otras labores más sagradas. Y su avance incontenible va a provocar cada vez mayores desequilibrios. La "rutinización del progreso", tal como la definera Schumpeter, va a escalonar dificultades en un mundo económico inaudito, donde coexisten la miseria y la superproducción.

La conciencia va a seguir perdida en un estado de cosas caótico, pese a su apariencia deslumbrante, porque en él el hombre que se queda atrás, que se aparta de ese ritmo, se inferioriza automáticamente.

Después de mucho tiempo, tal vez se vuelva a la realidad, cuando es ya demasiado tarde. La Máquina, mirada como auxiliar maravilloso del hombre, se volvió su peor enemigo porque lo sujetó y lo arrastró debajo de ella, sumiéndolo en el desamparo y la confusión.

No por sí misma, sino porque no había espíritu para sus tentar-

la.

De nada valen las instituciones, si no hay un basamento espiritual que las tenga erguidas; Aquí son de recordar las magníficas pala-bras de Martínez Estrada: ninguna máquina se asienta en la tierra sino sobre los hombros de un estado de civilización ("Radiografía de la Pam-pa").

Por eso el maquinismo fue fatal a la Humanidad; porque no tu-vo base donde afianzarse, y entonces cayó destrozando todo. Su influen-cia en esas condiciones fue temible, al unir su ímpetu a la crisis espiritual del liberalismo. Por eso es que unidos ambos arrojan un resulta-do tan desdichado en la historia; la dialéctica material del capitalis-mo industrial, encontró su primer concordancia en la dialéctica espiritual del liberalismo, que la había precedido. Y amalgamados permitie-ron la transformación tan profunda operada en el mundo.

Porque de todo lo expuesto surgieron múltiples consecuencias que son siempre factores de desintegración social.

En el orden político, las democracias reemplazan a los gobier-nos aristocráticos. Surgen evidentes limitaciones a la forma de gobierno autoritaria, que había sido una solución contra el desorden desde la E-dad Media; el pueblo impone restricciones al mandato unipersonal, y el sistema representativo inicia ya el ascenso de las masas al poder. Pero enseguida las democracias van a caer en demagogía, estableciendo formas de gobierno caracterizadas por la parcialidad y los privilegios a deter-minados sectores; un tipo fácil de formas gubernamentales hace presa de todo, olvidando importantes sectores de población y despreocupándose de muchos problemas candentes, bajo el signo de una falsa libertad. La protección del individualismo, tendencia muy valedera por ser acome con las concepciones filosófico-teológicas de ese entonces, permite enfocar

todo desde un punto de vista supérfluo y alejado; la ambición personal y el ánimo de lucro se encauzan perfectamente por tal camino, por ser compatibles con ese tipo de gobierno, materializado en el Estado-gendarme. Pero de esa manera el individuo quedará librado a su propio destino, bajo la mirada desaprensiva del que detenta el poder; porque la democracia desviada, muestra una falsa nivelación de posibilidades. Suprimidos los sistemas que entregaban el mando a minorías calificadas, la libertad electoral facilita el ascenso al poder a hombres cuyo único respaldo es la designación por un grupo político determinado.

En el orden social, las disensiones serán profundas y nuevas. Un régimen de vida que en teoría suprimió las diferencias clasistas por vía de la sangre o la nobleza, implantó nuevas escalas de basamento político y económico. Bajo un sistema político como el expuesto, se forman nuevas castas basadas en los privilegios acordados por éste; el clero, el militarismo y los partidos políticos triunfantes determinan la situación social superior, y abajo se escalonan los sectores olvidados, fundamentalmente obreros. Por otra parte el auge del impulso económico, desencadenado por el maquinismo, creó diferencias sociales odiosas, ahondando la riqueza de unos y la miseria de otros. Incluso las diferencias étnicas, de nacionalidad o de origen, perderán fuerza ante una nueva estratificación que se apoya en la posición económica. Se inicia una lucha secular del obrero contra el empresario, por que el primero perdió la protección del régimen corporativo, y el segundo perdió también el control que le imponían un sistema filosófico, político y religioso de sujeción.

De todos modos se gestan movimientos latentes de rebelión, odio y rencor, que estallarán después en forma violenta.

En el orden económico, varían fundamentalmente los principios

en vigencia hasta ese entonces, arrastrando una secuela de males interminables de subsanar, por que están marcados con el estigma del desenfreno. El maquinismo instauró innovaciones que determinan la conjunción de todos los elementos hacia la producción. Esta se persigue por sí misma, con absoluta prescindencia del equilibrio de las necesidades; la superproducción lleva al despilfarro, al mismo tiempo que -paradoja espantosa-la desocupación lleva a la miseria. El hombre se vuelve racional y científico exclusivista. El deseo de ganancia, afianzado por una conciencia nueva que lo legaliza, induce a la búsqueda de ésta por sí misma; nacen entonces los gérmenes de concentración gigantesca de la economía, que pasa a ser disciplina fundamental en la marcha de la civilización.

Pero ese avance va dejando tras de sí un cortejo indescriptible de angustia y rebeldía: las clases trabajadoras viven en el más absoluto desamparo, porque rotos los cuadros corporativos no encontraron un nuevo sistema de defensa; la prohibición de asociarse, tremenda aberración nacida de la Revolución Francesa, le quitó todo medio de apoyo; una falsa libertad de trabajo, al mismo tiempo, le demostró su inferioridad en el acto contractual que le significaba su subsistencia; el maquinismo desenfrenado le quitó la propiedad de sus herramientas y la valoración de sus aptitudes. A partir de entonces sólo pensará en la reivindicación por la violencia.

En el aspecto internacional, una tendencia exagerada al libre cambio, lógica derivación del liberalismo, determina conceptos imprudentes de dependencia exterior, con respecto a los cuales habrá luego que desandar el camino.

Por último, en el orden religioso, hay un signo general de decadencia y alejamiento. En un mundo en el cual la materia ha pasado

a tener preponderancia extrema, la declinación del espíritu es automática; más aún, en cuanto al espíritu religioso, por que el racionalismo sanciona la incredulidad y el liberalismo rechaza la moderación.

A su vez la misma Iglesia, por lo menos la católica, comete errores que la perjudican; porque en el remolino impresionante del advenimiento del capitalismo industrial, ni siquiera la Iglesia pudo escapar al desconcierto. De allí que pierde progresivamente su influencia, superada por un avance materialista arrollador, frente al cual no supo ponerse a tono con las circunstancias.

Luchó con armas clásicas que perdieron valor actual, y se vió desplazada en su gravitación, otrora universal, sustentando una posición carente de realidad.

Tal es, a rasgos generales, el panorama del liberalismo, primera etapa de la crisis universal moderna.

Visto ya que sus líneas presentan raíces profundas de modificación en materia y espíritu, puede sintetizarse su estructura en los siguientes caracteres básicos:

- a): materialismo: en el mundo se va produciendo una acumulación cada vez mayor de bienes materiales, en detrimento de los bienes espirituales. El avance de la técnica científica produce obras maravillosas que permiten alcanzar a la civilización posibilidades extraordinarias; incluso la naturaleza va siendo vencida por el progreso de la ciencia, en un ascenso incesante del nivel de vida humano. Pero se crea y acentúa una conciencia acorde con ello, que redundará en desmedro de otros valores culturales. En la misma proporción que se incrementa el caudal material de la humanidad, disminuye su espiritualidad; la conciencia filosófica, artística y religiosa cede paso a ~~xx~~ una conciencia in-

dustrial. La incredulidad y el optimismo ciego por el progreso reemplazan a la fé religiosa. Disminuye en toda la línea el amor por el arte, las ciencias sociales y filosóficas, la teología y las formas del espíritu todas, que descienden a niveles bajísimos en la historia de la civilización. La economía se convierte en eje de la vida, deificada por una filosofía del progreso y la materia.

En definitiva, se altera fundamentalmente la clásica tabla de valor de la antigüedad, en la que los valores útiles y vitales pasan al primer plano con rapidez incontenible.

- b): racionalismo: la filosofía naturalista y la reforma religiosa impulsaron ya el predominio de la razón, que fué llevada a la cumbre por el avance técnico y científico. El maquinismo y la expansión de las ciencias naturales sancionan en efecto el triunfo de la tendencia racionalista, que desconoce desde ese entonces otro medio de conocimiento. La razón y su dominio de la técnica científica enorgullecen al hombre, que se siente dominador del mundo. Toda otra potencia que escape al raciocinio es rechazada por ridícula e imposible, y pretende subyugar a la verdad por la razón, negando todo aquello que no pueda explicarse. De allí que se acentúe aún más el materialismo, desde que el hombre, en esa carrera suicida, ha llegado a desconocer la limitación de su capacidad de conocimiento, desafiando a Dios.

c): individualismo: por lógica, un sistema de vida basado en el predominio de la materia y de la razón, y orientado por una finalidad económica utilitaria y productiva, necesita en principio de la libertad individual para el logro de esos fines. Toda restricción o intervención perjudica la producción, y entonces es desechada, aunque por ello reine el desamparo y la miseria. De allí que en política se sancione el Estado gendarme; en economía, la libertad de comercio y el libre cambio; en religión, la tolerancia y la prescindencia absolutas.

Pero el precio es elevadísimo, y se traduce en el olvido de los sectores obreros, la dependencia económica y política, y el desenfreno moral. El hombre pierde todo temor y rechaza toda sujeción a principios superiores, en aras de una falsa libertad. Decae la ética absolutamente, reemplazada por una nueva moral utilitaria exclusivista.

Al mismo tiempo ese concepto de libertad es convenientemente vinculado al de igualdad, requisito que se dice indispensable para su afianzamiento. Pero también resulta una palabra hueca, porque donde el hombre no tiene protección y apoyo, no es libre ni igual a otros, aunque la ley lo proclame.

Y en cambio, se legalizaron para ello normas y costumbres contrarios a la moral, la religión y la dignidad. De allí el relajamiento total de los frenos morales y espirituales, que es característica primordial de la época.

d): internacionalismo: Último corolario de un sistema basado en los soportes que se han visto más arriba, resulta una tendencia internacionalista extrema que deriva finalmente hacia el fanatismo y la extravagancia. Ella nace lógicamente del principio de libertad superexaltada, y se arraiga tanto en el orden material como en el espiritual; en el primero se traduce fundamentalmente en el campo económico, inaugurando la era del libre cambio total, las economías conexas y la interdependencia universal; sistemas no perjudiciales en un principio, pero que luego, por obra de la imprudencia y de las circunstancias planteadas, redundarán en dificultades sumas, obligando a un doloroso e igualmente exagerado cambio de orientación. Mucho mayor daño no obstante, provocó en el campo del espíritu; en un mundo cuya fuerza espiritual y su caudal de valores culturales disminuía incesantemente, ese impulso abierto hacia el exterior, insólito y colectivo, lleva a lamentable confusión de la mente y la conciencia; se idealiza la simpatía por todo lo de afuera, llegándose al extranjerismo fanático e irrazonado. La moda es gustar de lo extranjero, aunque con ello se olvide toda tradición de raza, cultura o nacionalidad. Se copian las instituciones y las actitudes de otros pueblos, perdiéndose la conciencia en un maremágnum de principios extraños e inarraigados. Todo nacionalismo se considera retrógrado y fuera de lugar, anticuado y ridículo.

Claro está, justo es declararlo, que no todas las naciones padecieron con igual intensidad de este mal; principalmente las latinas fueron las que olvidaron más fácilmente su historia, queriendo tomar una cultura prestada. Y cuando más tarde se encontraron sin la ajena ni la propia, recién entonces habrán comprendido la magnitud de su error.

Tales son los lineamientos de la crisis universal liberalista. Y ahora veremos, más concretamente, sus caracteres en el país.

Ella comienza en la Argentina hacia el período 1853-1860, en el cual puede afirmarse que, terminados nuestros problemas militares internos, la nación organizada como Estado sale hacia el exterior para incorporarse a la marcha de los pueblos libres del mundo.

Pero ya se ha puntualizado la desequivalencia, el anacronismo de esa tentativa de fortificación de la nacionalidad. Porque el mundo al cual se asomaba, comenzaba a sentir en sus entrañas la agitación de la crisis. Y el país, débil su estructura aún, iba a ser una hoja más en la tormenta del liberalismo, sin posibilidad de lucha.

Debilidad de estructura motivada en principio por su reciente organización, y además por los caracteres especiales de la formación sociológica. Se ha visto en el capítulo anterior que la conjunción de los elementos telúrico y étnico-cultural, determina plenamente la evolución del país, generalmente en un clima de desequivalencia histórica. De ello deriva la existencia de principios, instituciones y caracteres que requieren un proceso de corrección para adecuarlos a la dimensión y al carácter verdadero de la unidad nacional; pero ese proceso se retarda

rá y paralizará por la crisis cultural. Se había luchado mucho por la organización, pero ésta se demoró por las circunstancias políticas y no hubo tiempo de consolidarlas. De allí resulta que a la presión universal se unen influencias internas concomitantes.

Ocurrió que la lucha por la Independencia había sido guiada, como en toda revolución, negando el mandato de la metrópolis. Pero eso, que fué bandera de guerra, debió de suprimirse en cuanto se hubo logrado la finalidad perseguida; porque podía desconocerse la hegemonía de España, pero no la cultura heredada de ella; podía negarse a su gobierno pero no a España misma, por que era el mensajero heroico que nos traía la voz de Roma en el hilo de la historia. Sin embargo se la siguió negando aun después de 1860, y <sup>eso</sup> significaba negar el pasado, la tradición, todas las raíces que adentradas en el tiempo permiten que una nación tenga orgullo e historia.

Allí comienza la crisis tremenda, el error trágico de la nacionalidad argentina: negó y renunció a una cultura que era la suya, y se quedó sin ninguna; en adelante viviría de principios prestados, de instituciones ajenas y forzadas; perdería su alma y su conciencia en un sendero sin fin y sin rumbo; se sumiría en el desconcierto, la angustia, y por fin en el escepticismo, hasta llegar a disfrazar su naturaleza. Por eso se recubrió de una corteza que no muestra lo que es; y por eso, como decía en el prólogo es que hay oro bajo del barro y debe extraerse.

Cierto es que en principio hubo una base para desconocer el pasado: toda colonia niega a la metrópolis; todo insurrecto niega a su dominador; tal vez en la vida todo hijo niegue alguna vez a su madre. Más aún cuándo como en éste caso, algo es impuesto de manera brusca y forzada, como lo fué la cultura española en América; ello siempre engendra tendencias evasivas contra el pasado.

Pero después está en la capacidad, en los sentimientos, en el

alma de los pueblos, el adecuar las cosas a su exacta medida y retornar a la cuna. Si no pueden hacerlo, no merecen ser libres; nadie se precie de vivir, si no sabe a que debe su existencia. Nadie que niegue su origen, merece llamarse persona.....

La Argentina necesitaba meditación, tranquilidad, fuerza paulatina para reconstruir su vida y replantear su cultura. Pero no pudo hacerlo porque la crisis abortó su intento.

Hubo poco tiempo de inclinar la cabeza para pensar, porque un horizonte brillante cegaba al mundo, con la <sup>/luz</sup> hiriente del liberalismo. Y allí empezó el camino del error.

Habían aparecido en el mundo fantasmas de promesas insólitas, de posibilidades inauditas. Los conceptos de libertad, igualdad, fraternidad, flamean al tope de concepciones revolucionarias que revisten el carácter de una panacea universal. Pocas veces la humanidad se fanatizó tanto con un programa de vida ilusorio, ni nunca puso tanto fervor en olvidar un pasado austero y lento. Se equivocó, ya lo sabemos, porque engendró gérmenes de autodestrucción; pero no todas las naciones pagaron el mismo tributo al error. Las potencias europeas, de viejas culturas y madura organización, mantuvieron o reforzaron su hegemonía pese al sacudimiento, a excepción de España, ya en etapa de declinación; en América, Estados Unidos alcanzaría a su vez un grado extraordinario de progreso, porque la prudencia de su raza sajona le impuso serenidad y evitó revolverse contra su origen.

Pero no pasó lo mismo en los demás pueblos, de América: rota la unidad latina, desconocidos los principios de la hispanidad, presas de una desmembración política absurda e incoherente, sufrirán un retraso enorme en su avance histórico. Y entre ellos Argentina encabezó los tributos, porque era la nación más desarrollada en Hispanoamérica.

Los gobiernos surgidos después del período 1853-1860 están im-

buidos todos de esas ideas erróneas, y el pueblo los determina y acompaña en ellas; no se trata aquí de defectos de conducción, sino de convicción nacional. No debe hacerse cargo a esos gobiernos de defectos políticos, porque no estaban divorciados del pueblo.

Se trata de defectos individuales y sociales, arraigados en la médula de la nación. Porque toda la Nación se equivocó, y ella debe afrontar su culpa, sin derivarla a grupo o posición política determinada.

El período de la crisis significó un retraso para el avance cultural del país y se debió a la dirección errónea adoptada por él; errores totales, que cubren todos los campos de la vida argentina, alimentados muchas veces de sus propios elementos de formación, y otras del espejismo industrial capitalista. Errores cuya naturaleza ha sido sintetizada, como de negación del pasado.

Toda la actividad nacional en todos los órdenes, a partir del período citado, esta imbuida del espíritu universal reinante, traducido en este caso para nuestro país en la tendencia a adoptar ideas e instituciones foráneas y a negar todo lo tradicional, autóctono e histórico. Se mira todo lo nuevo como liberatorio y todo lo viejo como regresivo; y dentro de este cauce general de orientación, actúan además con fuerza las características propias de la evolución nacional, de índole étnico-cultural y telúrica.

De hecho, encuadre forzoso del clima descripto, rigen principios y se implantan instituciones cuya influencia dura hasta la época actual; y se requiere entonces su análisis y crítica para abordar, en el capítulo próximo, las posibilidades de solución.

#### El espíritu liberalista:

Por lo expuesto en los párrafos anteriores se define la existencia de un verdadero espíritu liberalista en la primer etapa de la crisis

argentina. Espíritu cuya característica fundamental es el hecho de estar presidido por el signo general del desamparo, bajo apariencia de liberación.

Rotos los vínculos que unen al presente con el pasado, se debe de producir fatalmente la inferiorización del espíritu, porque éste debe tener base firme en el tiempo. He aquí las palabras de Martínez Estrada sobre el particular: "la falta de historia es la aridez del alma, cuando bajo los pies no hay más que un soporte físico" ("Radiografía de la Pampa").

Y en esa angustia incósciente del espíritu que ha abandonado el pasado, se volverá los ojos a otro lado -hacia fuera, no hacia dentro- en busca de principios nuevos de adhesión.

Este es el momento dramático, de verdadera crisis cultural, cuando el espíritu desconcertado y cambiante está al borde del error. Y a él será empujado por sus propias características formativas.

Tres caracteres psicológicos vimos predominar en la vida argentina, tal como los enunciara Bunge: tristeza, pereza y arrogancia. Y aquí aparecen de nuevo determinando la decisión final; la arrogancia impide permanecer en el desamparo, incitando a buscar otro camino; la pereza hace difícil elaborar valores propios; la tristeza pone un dejo de amargura en ese camino forzado.

Trás todo esto el espíritu argentino busca entonces en otras culturas su respaldo, y se entrega al extranjero. Allá, Francia, Gran Bretaña y EE.UU. son el espejo y el reflejo de las concepciones liberales. Ya había una cierta simpatía por esas ideas y esas naciones, porque con ellas se había hecho bandera de lucha para la Independencia; ahora recobran repentinamente actualidad, con su luz ennegecedora que habla de libertad, igualdad, naturalismo.

Los nuevos principios tienen amplia difusión y se adentran en el alma argentina, ansiosa de recuperación. Es innegable que <sup>su</sup> aporte fué valioso al país, porque no es discutible su contenido teórico primario. Pero no fueron conceptos medulares porque eran ajenos a la formación nacional. Por eso debe rechazarse toda teoría como la de Alfonso A. de Mele Franco ("Política Cultural Pan Americana") según la cual América debe su progreso a la cultura francesa.

Porque nuestra cultura es de raigambre hispánica; si después se adoptaron tendencias de simpatía hacia otros principios, fué por gravitación de una crisis espiritual, no por compatibilidad con ellos; no hay tal afinidad en este momento, como no la hubo tampoco en la Revolución. Y así debe de reconocerse, sin dejar de negarles mérito; pero afirmar lo contrario significa doble traición: a nuestra tradición hispánica y a esos mismos principios, porque justo es decir que su interpretación en la vida argentina no hizo honor siquiera a sus virtudes elementales.

Claro está que en aquel momento se adentraron tanto en la nación, que toda actividad está imbuída de ellos. De allí esa extraña dualidad que caracteriza la vida nacional, que bajo el aparente signo de liberación y desenfreno no puede ocultar su incomodidad, su falta de convicción y de arraigo en las fibras más íntimas del ser.

Por eso el espíritu que preside las realizaciones argentinas en la crisis, lleva el signo indeleble de una nueva desequivalencia. Parece que la historia no va a permitir, desde la conquista hasta la organización, un nivel de armonía con los tiempos, una adaptación de los principios a la realidad. Por eso el espíritu liberalista argentino configura dos características: ligereza y extranjerismo.

Extranjerismo, por su tendencia constante a la supervaloración de lo exterior y foráneo, mientras que paralelamente se insiste en el me-

nosprecio, la duda e incluso la negación de lo interior y autóctono.

Ligereza, por que todo parece forzado y dirigido; empieza a forjarse una dureza exterior, verdadera corteza de la personalidad que mal disimula sentimientos hondos y graves. He aquí el peor defecto de la nacionalidad, que perdura hoy: la falta de sinceridad en las apariencias, por temor tal vez de descubrir sentimientos insospechados. Parece haber un verdadero complejo colectivo de inferiorización, combatido asombrosamente por formas exteriores de superioridad; el pueblo se ha hecho un hábito de indiferencia y dureza, por miedo a mostrar el interior de su espíritu. El temor al ridículo, la broma permanente y forzada, la heroicidad que a veces sobrepasa todo descubriendo extraordinaria blandura de sentimientos, son elementos de definición de la vida argentina; y muestran que todavía requiere un proceso de clarificación y análisis; porque en esa inexplicable amalgama de fuerzas, asoma siempre el resabio de una crisis espiritual y cultural desencadenada por la negación de la historia, la vocación y los antepasados.

Ambos caracteres del espíritu liberalista-extranjerismo y ligereza- se han impreso fundamentalmente en el pueblo, y se observan perfectamente en las manifestaciones más salientes del espíritu: entre ellas, el idioma, la música, la literatura y el arte.

El idioma es desfigurado, trocándose el sentido de las palabras e introduciendo multitud de vocablos extranjeros, como si en un arranque de crueldad se quisiera despreciar <sup>/hasta</sup> el lenguaje enseñado por España.

La música nace triste cuando es autóctona y no encuentra arraigo total; se prefiere con fanatismo la canción intrascendente y ajena, cualquiera sea su tema o contenido.

La literatura y el arte decaen completamente, al abandonar las fuentes de lo clásico; en un ambiente saturado de materialismo, por otra

parte, no puede ser propicio el desarrollo artístico; de donde abundan las producciones de mal gusto, ligeras y animadas de principios liberales copiados del exterior, que quieren trasuntar un falso realismo. Y así en el teatro por ejemplo, perfecta imagen de las actitudes del pueblo, la broma y la ligereza de temas significan un arma desesperada de defensa para esconder el disgusto y la incertidumbre.

### Las instituciones liberalistas:

Por que había en la nación un espíritu descontento de sí mismo, las instituciones carecerán de base tradicional; y porque experimentaban la influencia de la crisis mundial liberalista, serán también carentes de realidad y de fuerza. Por eso esa desequivalencia entre los hombres y las estructuras, que siembra gérmenes de hondas diferencias para el futuro. Porque la organización nacional presenta objeciones profundas en sus principios políticos, económicos y sociales.

#### a): en el orden político:

Tanto el sistema interno como las relaciones con el exterior se regulan en base a los principios constitucionales de 1853.

Realizada la organización, el país adoptó una Constitución liberal e individualista, acorde con los principios de la época y calcada de la carta magna norteamericana. Instrumento de principios justos y elevados para la concepción en vigencia, no consultó empero las necesidades reales del país, porque no se tenía todavía el grado de madurez que permitiera su interpretación aceptada. De manera que si otras naciones como los mismos E.E.U.U. pudieron basar su régimen de vida en esos conceptos durante mucho tiempo, aquí no fue lo mismo; y pronto afloraron las trabas y defectos de su conformación inadecuada, claro está que ignorados por

quienes los vivían en un principio.

El sistema federal de gobierno, si bien respondía a las exigencias históricas, resultó demasiado diluído para esa etapa. De allí que en ciertos casos la autonomía provincial resulte una traba para la adopción de ciertas medidas de gobierno. Basados en la distancia y en los caracteres del sistema federal, algunos políticos tratan, y a veces con éxito, de perpetuar un caudillismo que siempre está presente. En otros casos en cambio, la necesidad de eliminar ciertas tendencias o determinadas personas, lleva a intervenciones arbitrarias en las provincias. Además los territorios nacionales no siempre son recordados por los gobiernos, debido a la distancia, la despoblación y la falta de recursos y de interés.

El sistema republicano representativo, a su vez, fué quizás demasiado avanzado para la nación recién formada. Los partidos mayoritarios abusan en general de su preeminencia, despreciando toda intervención ajena; las minorías a su vez, empeñadas en una oposición sistemática, rencorosa e irrazonada, se vuelven inútiles al sistema. Por otra parte, tratando de llegar al poder por otros medios, se embarcan en campañas inescrupulosas contra el oficialismo. Los grupos desplazados no vacilan mayormente en fomentar movimientos revolucionarios, ya de gran arraigo, desgraciadamente, en Hispanoamérica. La agitación, el fraude electoral y las violencias comiciales estuvieron presentes muchas veces en la vida política argentina.

Internacionalmente, se adoptó como medio de solución para muchos problemas la colaboración exterior, lo cual debía fatalmente de producir dependencias y ligazones inevitables. Ya se había pedido mucho tiempo atrás esa colaboración, como medio de cimentar la lucha por la Independencia; y tal vez no pudo hacerse otra cosa entonces. Pero luego, una política equivocada llevó a pagar un precio excesivo por ello; el problema se amplificó y agravó por la tendencia extranjerizante, que a partir

de 1853 solucionó las dificultades nacionales mediante ese principio. Por eso desde esa fecha, rotos los ~~vínculos~~ con España, fué Inglaterra la nación que determinó nuestra evolución política y económica; con un aporte valiosísimo impulsó la marcha del progreso, pero a costa de un sistema de dependencia que había de derivar inevitablemente en influencias políticas.

En la misma forma, una equivocada política de magnanimidad en el orden internacional acentuó las pérdidas territoriales, ya iniciadas con una desmembración absurda del Ex Virreynato del Río de la Plata. Por último, los tratados y convenios de la época liberal se caracterizan por su excesiva amplitud en cuanto a los beneficios concedidos al extranjero; si bien años atrás esto había sido imprescindible como respaldo político de la Revolución, ya aquí significó un error alimentado en los principios del liberalismo.

En cuanto a la política interna, dentro de lo esbozado en los ~~primeros párrafos~~ primeros párrafos, se nota como principal defecto un cierto alejamiento del gobierno con respecto a algunos sectores del pueblo. Existe una política clasista, como siempre la hubo, pero en este caso con tendencia conservadora y minoritaria, lo que redundó en privilegios a determinadas esferas de población. Es una época en que, dadas las condiciones económicas y sociales del país, trasciende una preeminencia política de las clases pudientes de origen ganadero.

En resumen, abstención estatal, alejamiento de las masas y conexión exterior son las características políticas del régimen liberalista argentino.

**B): en el orden económico:**

También aquí tanto en el orden interno como en el exterior reinan plenamente los principios del liberalismo, que en materia económica se traducen por la absoluta adhesión a la economía clásica ortodoxa.

Economía eminentemente liberal donde todo queda librado a la actividad del individuo; se confía totalmente en la fuerza de la iniciativa privada, la abstención del intervencionismo estatal, y los mecanismos de autorregulación y defensa.

De ese sistema surge la teoría del fomento de la radicación de capitales extranjeros, con grandes concesiones y libertades, que luego ha de plantear los problemas que se señalaron anteriormente en materia política. Los ferrocarriles, frigoríficos, servicios públicos, etc. dan un ímpetu enorme al progreso nacional; pero como contrapartida crean una situación de dependencia que se traduce a veces en su intromisión en esferas que sobrepasan el campo de la economía misma.

Además, consecuencia directa de las teorías liberales y de la tendencia antes descripta, se propugna un sistema internacional de libre-cambio que a la larga va a requerir una estrepitosa modificación.

En virtud de esta teoría se rechaza toda protección o fomento de producciones antieconómicas, ensalzándose las bondades del comercio internacional. Pero también aquí se crea una situación de dependencia que creará luego profundas dificultades, más aún en un Estado de economía agropecuaria.

Y de todo lo expuesto surge un incremento forzoso del capitalismo, ya arraigado en el mundo, con el agravante de tener conexiones con la política exterior. De donde en general se produce un aumento de las diferencias económicas entre los distintos sectores del pueblo, que alimenta los preparativos de una violenta dialéctica de clases. En resumen, libertad, iniciativa privada, capitalismo y dependencia internacional son las características económicas del régimen liberal argentino.

c): en el orden social:

Las características sociales no son más que el resultado de las otras condiciones reinantes en la época.

Un espíritu liberalista y desenfrenado repercute en el aflojamiento de los frenos morales, agravando problemas que desgraciadamente ya tienen raíces hondas en la formación histórica; el concubinato y la prostitución mantienen su influencia desdichada en la sociedad.

La venalidad de la función pública tampoco cede, alentada por influencias poderosas y el relajamiento individual; aumenta la procacidad de las expresiones artísticas. Problemas demográficos, la vivienda, la distancia, aumentan de importancia por gravitación del propio desarrollo del país, frente a un sistema político de libertad que va siendo inoperante.

Las condiciones económicas, encauzadas por un capitalismo creciente, determinan una lucha de ambiciones sin muchos escrúpulos. Las diferencias de riqueza se acentúan, ahondando las escalas clasistas.

El Clero y las clases militares mantienen su preeminencia, frente al retraso de las clases trabajadoras.

Todo ello facilitado por un régimen político que deja librado a cada uno a su propio esfuerzo.

De allí que se gesten movimientos de reivindicación violenta por parte de los núcleos descontentos, que después fomentarán el advenimiento de la segunda etapa de la crisis: el estatismo.

En resumen, desigualdad, abstención e indiferencia son las características sociales de la época liberal.

Estos son los lineamientos generales de las instituciones liberalistas, enmarcadas por un espíritu acorde con ellas y determinante de sus caracteres primarios, según se enunciaron.

Las ventajas de su conformación pueden sintetizarse en estos conceptos: libertad individual y desarrollo de la personalidad.

Sus defectos, no obstante, fueron graves y profundos, pudiendo puntualizarse así: demagogía y dependencia en el orden político; capitalismo y deshumanización en el orden económico; desamparo y desunión en el orden social.

Pero por sobre todo se ubican, siempre omnipotentes, los cuatro principios medulares del liberalismo universal: materialismo, racionalismo, individualismo e internacionalismo.

Enseguida vendrá la conmoción violenta y el encubrimiento del estatismo como segunda etapa de la crisis, con carácter reaccionario.

Pero veremos que pese a ello, la conjunción de esos cuatro principios, aún variando su composición, no ha de perder su fuerza destructora.

### LA INMIGRACION:

Entre el final de la era liberalista argentina y el principio de la época estatista, debemos ubicar el hecho histórico-sociológico de la inmigración. Necesaria disgresión en este estudio, porque es imposible negar trascendencia al aporte realizado al país por quienes llegaron a él con tal carácter de inmigrantes, fundamentalmente los italianos. Es innegable que en la Argentina, prácticamente, quién no es hijo de español es hijo de italiano, conservando ambos orígenes una proporción abrumadora sobre los descendientes de otras nacionalidades. Y como la influencia fué grande, porque significó una inyección en la formación nacional, es indispensable resumir siquiera sus caracteres primordiales.

Italianos llegaron al país, como otros europeos, desde el descubrimiento de América.

Pero la masa central, ya con carácter migratorio llegó entre fines del siglo 19 y principios del 20; es decir, como se ha señalado, entre ambas etapas de la crisis y participando de ella. Aquí ya se definen caracteres que permiten juzgar su influencia en la vida del país; influencia que, debo repetir, fué muy grande, en base a los siguientes factores:

- a): afinidad étnico-cultural
- b): conciencia inmigratoria colectiva
- c): realización efectiva

En el primer aspecto evidénciase la existencia de una compatibilidad étnico-cultural entre Italia, que venía a trabajar en el engrandecimiento de la nación, y España, que nos había dado la vida: ambas naciones latinas y católicas; las dos descendientes y herederas de la gloria de Roma, aun mas directamente ésta que aparecía ahora en la evolución argentina. Es decir, que aun seguía hilvanado el hilo de la historia, transmitiendo siempre la tradición romana. Y pese a que el análisis del aporte italiano arrojará seguramente su balance de virtudes y defectos, podemos desde ya anunciar que significó una luz de esperanza, de retorno a lo autentico; de nueva actividad y fé también renovada, en medio de los senderos extraviados de la crisis universal.

Vemos entonces que se produce una nueva amalgama en la formación argentina: al choque primario de razas y naciones que se estudiara en el capitulo de introducción y del cual surgió el americano, se agregara ahora un nuevo aporte de raza blanca. Aporte que a diferencia del anterior significa un mejoramiento; y además no se produce por incrustación ni deriva <sup>/en</sup> desprecios, sino que actúa por asimilación y deriva en afinidad y compenetración absolutas.

Biologicamente el resultado es generoso, porque se incrementa

la proporción de sangre blanca, tal como lo quería Sarmiento.

En el orden psicológico y social se requiere ya un análisis un poco menos rotundo, por cuanto Italia es uno de los países que presentan mayor diferenciación en sus caracteres regionales; y como los inmigrantes procedían de distintos lugares, puede incluso encontrarse rasgos opuestos en ellos. No obstante esto, en líneas generales se observa una compatibilidad bastante acentuada con el español, tanto en uno como en otro orden.

Psicológicamente, la nobleza es también en el italiano el rasgo fundamental, alentada por una tradición histórica y cultural de gloria.

Pero a diferencia de los españoles, tiene un contenido de mayor actualidad, más cercano al presente y a la realidad de las cosas; mientras que en España la nobleza tiene reminiscencias épicas, inexplicadas a veces, en Italia es en cambio más simple, orientada por una concepción de rectitud en las cosas de la vida. De allí que surjan manifestaciones ~~realizaciones~~ acordes con ese contenido, porque lo que se establecen diferencias importantes en los rasgos psicológicos derivados: humildad, actividad y alegría son caracteres propios del italiano, y completamente opuestos a los típicos de la conformación hispanoamericana: arrogancia, pereza, tristeza.

En el orden social, también el individualismo es común a ambos pueblos; lógicamente que derivándose este carácter social del rasgo psicológico de la nobleza, presenta en el italiano las diferencias de contenido ya enunciadas. Pese a ello, las derivaciones en este orden son bastante similares, por cuanto el regionalismo y la voluptuosidad, caracteres del italiano, lo son también, como lo vimos ya, del español.

De hecho, debe hacerse la salvedad de que, por obra de las diferencias regionales de que se hiciera mención anteriormente, pueden destacarse en ciertos sectores de la inmigración caracteres diferentes a

los expuestos. Sobre todo debe tenerse presente que media una diferenciación a veces substancial entre los habitantes del Norte y Sud de Italia; los primeros (genoveses, lombardos, piamonteses, venecianos, etc.) han tenido mayor relación con los pueblos germánicos, de donde desde sus características físicas a las psicológicas se parecen a aquellos. Los italianos del sud, son en cambio más de tipo español, de donde a veces presentan caracteres opuestos a los señalados antes y más concordantes en este caso con la psicología hispana; de ahí que la arrogancia, la ambición o la pereza tengan cierto arraigo en ellos. En otros casos, además, como los sicilianos, su carácter fatalista y vengativo recuerdan a los rasgos psicológicos indígenas.

Pero pese a estas variantes, los rasgos generales del aporte italiano pueden puntualizarse como se ha hecho más arriba, sin temor a equivocarse demasiado.

En segundo término, es destacable la importancia del movimiento inmigratorio porque está presidido por una conciencia colectiva específica. No se trata de actitudes individuales ni desplazamientos esporádicos, con objetivos diversificados. Hay unidad de orientación y ideas, tanto como de sentimientos, en aquellos que van saliendo hacia América. Sus planes y esperanzas son comunes y armónicos; todos vienen a trabajar, y lo que es más importante, a trabajar la tierra; todos esperan mejorar su posición y hacer fortuna con su trabajo. La mayoría, al principio, con deseos de volver a la patria; después casi siempre se quedan; radicándose definitivamente, teniendo hijos a los que inculcan el amor a la tierra adoptiva, se van asimilando rápidamente al medio en que viven, siempre por esa unidad de conciencia que impulsó sus pasos. América les había abierto un horizonte de posibilidades, y lo comprendieron así desde un principio, respondiendo plenamente a ello. Y aquí encontraron el premio, con una tierra de paz y trabajo, desconocidos para algunos

de ellos.

Por eso las masas inmigrantes cumplieron un objetivo histórico-sociológico; porque estaban animadas de un impulso colectivo y uniforme en su orientación. En el último aspecto, el aporte italiano se caracteriza por la efectividad de sus realizaciones. Aquella mentalidad señalada fue de extraordinaria energía productiva, pues los inmigrantes fueron los que trajeron verdaderamente ideas constantes de fijación y permanencia.

Dos principios fundamentales que faltaron en la conquista española, adhesión a la tierra y energética productora, son jalones del aporte itálico a la Argentina.

De todo lo expuesto surge la importancia del factor inmigratorio en la conformación nacional. Su resultado es evidentemente benéfico, porque introdujo modificaciones muy necesarias en ella: la humildad, la permanencia, el amor al trabajo. En el orden de las realizaciones materiales, su labor ha sido extraordinaria como factor de impulso agrario y de colonización; y por último biológicamente, su aporte generoso mejoró la sangre americana con una inyección de raza blanca.

Solamente en algunos aspectos de la influencia psicológica surgen objeciones graves: ello sucede en los casos en que entran en conexión los tipos inferiores de la sociedad americana con los inmigrantes procedentes del sud de Italia; la mezcla de los caracteres psicológicos resulta entonces funesta, traduciéndose en el recrudecimiento de la arrogancia, la ostentación, la verbosidad e incluso la pereza. En este aspecto si las consecuencias de la inmigración han sido lamentables-cuando se produce aquella conexión- porque en esos casos dieron a la sociedad híbridos completamente indeseables.

Pero pese a la gravedad de tales consecuencias, justo es decir que no pueden afectar al total del aporte migratorio; por cuanto confi-

guran situaciones parciales que no son extensibles a todo el movimiento.

Su orientacion general y su resultado liquido muestran a la inmigracion como factor de progreso, bienvenido y deseable. Para Bunge el elemento migratorio era el llama<sup>o</sup>do a engrandecer la patria; no se si pue<sup>o</sup>de afirmarse esto de manera absoluta, pero es innegable su contribucion al logro de ese objetivo.

Afortunadamente hubo afinidad general con la formacion nacional argentina, lo que originó beneficios mutuos. Y afortunadamente también llegó en el momento oportuno, cuando era verdaderamente necesario un impulso de retorno a la cultura tradicional. Aquí por primera vez quizá, estuvo ausente el signo perpetuo de la desigualdad; y existió en cambio armonia de tiempos y principios. Refuerzo de la nacionalidad angustio<sup>o</sup>samente necesario porque si bien no tenía fuerza para superar la crisis, dio por lo menos elementos nuevos de lucha.

Ahora mas imprescindibles que nunca, porque ya aparece en el horizonte historico la segunda etapa de la crisis, con el advenimiento del estatismo.

#### LA CRISIS DEL ESTATISMO:

Por la esencia misma de su sistema, el liberalismo no podia du<sup>o</sup>rar y habia de ser reemplazado. Un tipo de vida desenfrenado, apoyado so<sup>o</sup>lamente en un principio de libertad absoluta, no podia resultar bueno en un mundo sin soportes morales ni religiosos.

Toda esa estructura que quiso exaltar al máximo al individuo, cayó estrepitosamente cuando se dio cuenta que por el contrario lo ha<sup>o</sup>bia desamparado. La humanidad había desechado toda sujeción a principios superiores a su propio criterio, cosa que nunca había sucedido en la his<sup>o</sup>toria. Amparadas y cimentadas por un estado general de ignorancia, la reli<sup>o</sup>

gión o la filosofía, la iglesia o el poder político divinizado, habían impuesto una autoridad al mundo en la antigüedad, e implantado una moral que justa o nó, significó un límite a su proceder, Pero desde fines del siglo 18 el liberalismo echó todo eso por tierra, negando toda su - jección, todo límite, toda autoridad en aras de una libertad inoperante. Al quitarle eso al individuo le quitó también todo apoyo, toda protección o respaldo; y en esa anarquía de espíritus, estaba latente el germen de la reacción. Tal como lo expresó Ortega y Gasset ("La Rebelión de las Masas"): no hay una nueva moral, sino que no hay ninguna moral.

Entonces tarde o temprano había de buscarse la corrección de ese error, dentro de las posibilidades, ya muy limitadas, de poder hacerlo. Lo esencial era buscar un nuevo principio superior, que al imponer normas de limitación reemplazaran al contenido hueco de la libertad por una realización efectiva de ella. Había que buscar algo que fuera para el mundo moderno, lo que habían sido la filosofía, la religión, para el mundo antiguo. Pero vemos que se habla de reemplazo y no de restauración; ya el espíritu de la crisis estaba adentrado, y no se iba a volver a principios desprestigiados y antiguos; se requiere una estructura superior moderna para ello.

En ese momento además, tal principio o estructura debía ser de fuerza material; ya no era posible gobernar al mundo por principios morales, sino que se necesitaba la actuación real de una influencia correctora. Como siempre que se comete un error y debe purgarse, como toda corrección que es dura, se necesitaba una superestructura de la sociedad que le impusiera su camino a la fuerza.

Y entonces surge el Estado como única encarnación de esa necesidad, porque no había otra solución para el problema. Un plebiscito de la humanidad, entregó al estado el mando de la vida, y éste cumplió lealmente su cometido.

Se ramificó, extendió y empujó sobre la vida misma, imponiendo normas de regulación absoluta. Ya el mandato de los hombres estaba cumplido, y el liberalismo superado. A la crisis liberalista sucedía el período del estatismo, por voluntad de la humanidad.....

Ahora la historia y la realidad nos dirán cuál fué el precio que se pagó por ello.

La iniciación de este proceso puede ubicarse aproximadamente hacia 1914, cuando se produce la guerra total más grave de todos los tiempos. Allí comienza un período de desequilibrios institucionales que sacuden el espíritu universal y que culmina con la crisis económica mundial de 1930.

Por un lado las exigencias de la guerra demostraron el fracaso del liberalismo en la prevención de la defensa nacional. Por otro, los gérmenes de reacción surgidos de ese régimen impulsaban un movimiento de revisión de tales conceptos. Y por último, la gravedad de los problemas de post guerra imponían soluciones cuya orientación no podía encuadrarse ya en el marco de los principios liberales de fines del siglo 18.

Entonces se acude <sup>al</sup> Estado como única entidad capaz de imponer el orden en esa situación. El liberalismo es reemplazado por el estatismo, y comienza la segunda etapa de la crisis.

Todos los principios son transformados en busca del amparo que el liberalismo había negado al individuo. La política liberalista había creado conexiones que ya no se podían mantener en un mundo dividido y desmembrado; la enemistad y la desunión, reales en el hecho, van a tener respaldo teórico y legal. Surge violentamente el recrudecimiento del principio de nacionalidad, con ascenso vertiginoso de la fuerza del Estado como unidad histórica.

La economía liberalista había creado a su vez especializaciones y dependencias que derivan en carencia al no poder continuarse. Al prin

cipio de interdependencia sucede el de autoabastecimiento, y las naciones tienden a convertirse en economías aisladas. Los principios sociales del liberalismo habían atomizado la vida, creando sectores alejados y diferenciados, a más de inertes. Ahora serán reemplazados por concepciones de solidaridad, igualdad y dinamismo.

Y presidiendo todos esos cambios está el Estado, organismo director, organizador y represivo. Verdadera superestructura social que invade la vida con el arma de las reglamentaciones, que implican intervención en todos los ámbitos de la existencia. Por eso ésta es la era del intervencionismo estatal, segunda etapa de la crisis universal moderna.

Se caracteriza por que, en primer término el Estado adquiere una importancia absorbente en todos los órdenes de la vida; y luego por que esa importancia se traduce en la intervención total en ellos.

Por eso el principio de libertad es suplantado por el principio de regulación, y la libre iniciativa individual es limitada por concepciones que dan preeminencia a los grupos sociales sobre el individuo en sí.

Pero desgraciadamente la solución fue sólo parcial e inoperante en muchos aspectos, contraproducente incluso en otros. Se solucionaron numerosos problemas, pero se mantuvieron, agravaron o aparecieron otros. Claro está que el estatismo era inevitable y necesario, porque fue el Estado la única fuerza capaz de evitar la prosecución de un sistema suicida para la humanidad. Pero trajo consigo una secuela de defectos que derivan hacia una progresiva anulación del individuo, y no pudo tampoco dominar los caracteres primordiales de la crisis. Por eso surge que pese al cambio de frente, la crisis siguió reinando en el mundo moderno.

Hay aquí también una dialéctica material y espiritual contra el

pasado, pero de doble orientación: contra el liberalismo, y contra los principios que el liberalismo había desplazado.

Se desconoció al mismo tiempo el régimen de vida liberal y el de la antigüedad, desechando a ambos, pero sin retornar a nada ni establecer principios nuevos. Este es uno de los caracteres esenciales del estatismo: su naturaleza eminentemente correctora, empeñado en una polémica interminable contra el pasado; pero siempre sin lograr del todo sus propósitos, y sin idear un nuevo sistema. De allí que la época actual, como lo señala Ortega y Gasset, está animada de una extraña dualidad de prepotencia e inseguridad al mismo tiempo.

Por eso que no puede hablarse de una nueva crisis, porque no hay un nuevo espíritu: el estatismo es la segunda etapa de la crisis moderna, tras la etapa del liberalismo. Varió, a veces en forma diametralmente opuesta, algunos de los principios de aquella. Pero los otros, desdichadamente los de máxima importancia, ~~en~~ los mantiene e incluso los alienta a diario. Y empeñado siempre en su afán represivo y corrector, luce sin embargo los defectos medulares del sistema que desplazó; tanto que incluso <sup>ha</sup> originado germenos de reacción que tratan de retornar a lo antiguo.

Entonces vemos que no hay espíritu estatista en realidad, porque lo que así puede llamarse no es más que una desviación patológica del espíritu liberalista. Ya se ha dicho que siempre el espíritu antecede a las instituciones, aunque puede verse modificado por ellas.

En este caso las instituciones han originado modificaciones espirituales acorde con ellas, pero sin contenido ni génesis autóctonos.

Por eso el estatismo se define como derivación del liberalismo, y no tiene principios medulares propios en la historia; en el orden político, económico y social no tiene sino una sola orientación, que es la corrección de los errores individualistas mediante la intervención y

hegemonía del Estado. Sistema reaccionario y absolutista, conserva los lineamientos fundamentales de un periodo crítico, según se desprende del siguiente análisis de sus elementos básicos:

a): materialismo: tiene aplicación todo lo que se ha señalado al estudiar el sistema liberal, por que nó por reemplazado éste, desaparece aquél. Hay siempre una supervaloración creciente de los bienes materiales, en detrimento del espíritu.

El Estado, entidad abstracta, procede no obstante mediante la acción material, porque no es aplicable otra forma. Todas las medidas de protección y defensa, de prevención y represión, tienen en el fondo un contenido económico. La vida común, materializada ya por el liberalismo, olvida del todo las formas artísticas, religiosas o éticas, y tiene una orientación exclusiva de progreso material.

El estatismo en resumen, acentúa la materialización de la vida, que pierde todo contacto con los valores espirituales, marchando por los caminos más insólitamente bajos del avance cultural. Todo lo que signifique idealismo, ascenso del espíritu por sobre las cosas materiales, tiene hoy un sentido tristemente hueco para la generalidad de las personas.

b): racionalismo: también se mantiene este carácter con fuerza creciente y avasalladora. En primer término es la lógica derivación del materialismo que solo acepta el razonamiento como medio de conocer y progresar. Además, el avance inaudito de la técnica y la ciencia que incrementan constantemente las posibilidades del hombre, empujan delante de sí una conciencia creciente de superioridad humana frente a todo lo demás. Hay una voluntaria limitación del mundo por este hombre orgulloso, que cada vez cree menos en que pueda existir algo que su razón no le muestre. El

estatismo es un nuevo factor de impulso de este proceso, porque su fuerza omnipotente, que solo puede ejercerse de manera racional, cubre definitivamente toda otra posibilidad.

c): socialismo: aquí en cambio hay un carácter completamente opuesto: si el sistema liberal por su propia esencia fomentaba y necesitaba del individualismo, porque glorificaba el principio de libertad, el sistema estatal propugna y aplica un socialismo total porque necesita del principio de intervención y reglamentación.

Antes se deseaba toda restricción aunque ello significase el desamparo. Ahora se impone cualquier reglamentación aunque se anule al individuo y a la personalidad.

Toda la acción gubernamental está orientada con miras a la intervención en las masas, en grupos sociales determinados. Dejan de interesar los puntos de vista del individuo, para dar absoluta preponderancia a los intereses del núcleo, o del sector de pueblo a que pertenece.

Hay una nivelación y una tendencia a la igualación dentro del país.

Y esto, plausible en cuanto significa protección en general, tiene sin embargo el defecto de la anulación de la personalidad, la coerción, las trabas a la iniciativa individual. Todo se hace en función social, y entonces ella deriva en perjuicios al desarrollo cultural que es siempre producto del genio personal. Por que en general, la igualación artificial y forzada significa fatalmente disminución de valores.

d): nacionalismo: también este último rasgo es diametralmente opuesto al internacionalismo del régimen liberalista. Por reacción contra un sistema que había aconsejado conexiones con el exterior

que luego no pudieron subsistir, se implanta la teoría general nacionalista. Además un régimen basado en la reglamentación de toda actividad, debe hacerlo por lógica con limitación y orientación al orden nacional.

El principio de nacionalidad es exaltado a través de su organización jurídico-política, que es el Estado, y todo se encauza por ese sendero.

Pero lo malo es que se llega rápidamente al exceso y al fanatismo. El nacionalismo exorbitante en política causa rozamientos internacionales; el ideal de autoabastecimiento conduce a explotaciones antieconómicas, en el orden pertinente, que acentúan la tirantez. Los estados tienden a convertirse en entes autónomos, en economías aisladas. Se precipita por último el mundo a un estado de cosas donde la coexistencia se hace difícil, y en muchos casos la guerra fué la única solución para él.

Vemos entonces que sobre cuatro rasgos esenciales de la crisis, los dos más importantes, materialismo y racionalismo, son comunes a ambas etapas de ella. El estatismo reemplazó al principio individualista por el socialista, y al internacionalismo por el nacionalismo. Pero aquellos dos caracteres subsistieron, y se definen así como los principios medulares de la crisis. Y así es en efecto si se observa la realidad de la vida actual: se vé sobresaliendo en cualquiera de sus manifestaciones, ocultos o aparentes, los dos rasgos señalados con anterioridad: materialización y racionalización, con general menosprecio de toda actividad espiritual o no razonada.

Y aún con esos elementos puede establecerse un rango de prioridad, por que posiblemente el materialismo sea el de mayor trascendencia entre ambos. Yo creo personalmente que en realidad así lo es, porque in-

cluso el racionalismo está meramente orientado al incremento de los bienes materiales.

De allí que pueda definirse a la crisis universal moderna, como una crisis materialista.

Estos son los lineamientos de la crisis mundial del estatismo. enseguida pueden puntualizarse sus caracteres en el país.

la iniciación del estatismo coincide con el proceso mundial de la misma índole, por que en este caso el cúmulo de circunstancias que llevaron a él actuaron sobre todas las naciones del mundo.

En 1914, la iniciación de la primera guerra mundial demostró al país la situación de inferioridad en que iba a quedar colocado de no abocarse a la solución de sus problemas propios. Se vió que ya no podía esperarse nada de la ayuda exterior, ni económica ni políticamente. Trás la terminación de la guerra, empieza el doloroso período de tensión que va desde 1918 a 1930. En esa fecha las condiciones mundiales reinantes son de extrema gravedad, y repercuten profundam~~ate~~<sup>ente</sup> en los países como el nuestro, jóvenes y <sup>/de</sup> actividad incipiente sobre todo en el orden económico.

A partir de entonces debe abandonarse todo el liberalismo anterior, y el Estado interviene en todos los órdenes de la vida, de manera progresiva. En el orden político se requiere un incremento de la autoridad, para hacer frente a los sectores descontentos y a la difícil situación internacional. En materia económica, tímidamente al principio, el Estado inicia su incursión por el campo de la economía privada; primero controlando y reglamentando, luego compitiendo en los procesos de producción y distribución. Por último, en el aspecto social se producen las conmociones mas importantes, por cuanto se agudiza el problema de la "cuestion social"; los sectores obreros se encuentran cada vez más desprotegidos, y su reacción contra el empresario puede ser violenta;

no queda al Estado mas remedio que intervenir para imponer esa proteccion que el libre juego de los factores humanos no pudo lograr.

Vemos entonces que desde todo punto de vista se inicia un proceso de estatismo, impuesto por las circunstancias. Intervencionismo creciente a medida que pasa el tiempo, hasta copar practicamente todos los órdenes de actividad. Intervencionismo que <sup>/por</sup> su propia esencia estatal tanto como por ser el resultado de una crisis de materialismo, obra siempre por la accion material directa y positiva.

Por primera vez en la historia de la sociología argentina, cede la importancia de los factores étnicos-cultural y telúrico en la conformacion nacional. Frente a los acontecimientos y las circunstancias, el factor economico-por ende materialista- absorberá toda la energía cultural del país.

Pero por desdicha, pese a que su carácter forzoso y necesario elude toda crítica, no por eso deja de arrastrar tras de sí una secuela de defectos y problemas. El avance impresionante del materialismo sobre un espíritu debilitado por la enfermedad del liberalismo pasado, aplastará toda reacción del mismo. Sus consecuencias redundan en el atraso del ritmo de progreso cultural de la nación, en forma inexorable. Y nos impone en la actualidad una labor de titanes para retomar el camino un poco borrado, pero eterno, de nuestro destino.

En esta etapa de la crisis existen también espíritu e instituciones específicas, si bien su carácter híbrido no permite definirlo como autónomos. Se piensa y se actúa, se siente y se obra de una manera especial y característica, pero generalmente contradictoria e indefinible. Por eso los rasgos primordiales de la situación moderna se traduce en el desconcierto y el desequilibrio. No hay como ya lo dije un espíritu estatista, porque no hay un nuevo espíritu. Es el mismo de la utopía liberal, pero a más desconcertado y confuso. Como las instituciones son obras

plasmadas por él, el alejamiento y la desequivalencia son comunes en ella.

De allí que surgen caracteres defectuosos que pueden ser sintetizados así:

en el orden espiritual:

Si el regimen liberal impuso el desamparo para liberar al individuo, el estatismo impone la anulación para protegerlo.

El Estado es, en la clásica definición de Ortega y Gasset, una invitación de los hombres para ejecutar una empresa, para organizar un tipo de vida común. Es por lo tanto una realización del hombre, para vivir mejor; de hecho supone y exige la preexistencia de fuerzas de vida, anteriores y supremas; no debe de ser más que un recipiente, cuyo contenido son las células vivas de la humanidad, y entre las cuales el individuo y la familia tienen primacía absoluta. De allí que él Estado debe ser para el individuo, y éste tiene que tener conciencia de que las cosas son así, por que es el orden natural.

Pero la crisis moderna ha invertido totalmente ese orden; hoy el Estado es una superestructura omnipotente y omnipresente. Representa una fuerza de contextura propia e independiente que ha pasado a ser para la sociedad un jefe y un dueño. Hay un desdichado fenómeno de tergiversación y trasmutación en las conciencias, que lo hacen aparecer como institución preexistente y rectora. Como de ella emanan ondas continuas de regulación de la vida, el individuo vive para el Estado. Este es el drama, el error del sistema de vida moderno, por que fatal, inexorablemente, significa la anulación del individuo y de la personalidad.

En una nación como la nuestra, de cultura joven y aún esfervescente, falta la madurez social necesaria como para evitar el arraigo de este error.

El individuo se siente un engranaje más, desconocido y nivela-

do, dentro de la máquina del Estado organizador. Sus problemas no interesan hasta que no representen los de un sector importante de población.

La personalidad se vé coartada y limitada, por un mecanismo perfecto que lo prevé todo. Cualquier expansión personal encuentra pronto dificultades, ya que en el afán de igualdad se traba siempre las tentativas de diferenciación, porque se limitan las ambiciones.

Y en ese proceso de igualación y anulación, al cual se suma la dirección por el Estado, se vé fácilmente el final el gregarismo.

Por que éste es el resultado lamentable de la era actual: el individuo y la persona van siendo disminuídos, aplastados bajo una estructura de reglamentaciones que lo van desvalorizando paulatina y constantemente, en un menosprecio absoluto de sus posibilidades. Entonces el hombre lleva una vida indiferente, por que su alma oscila entre la duda y escepticismo, el desconcierto y la certeza.

Condiciones estas de gravitación universal, revisten empero consecuencias de mayor trascendencia cuando se refiere al espíritu argentino, debido a su falta de madurez. De allí que sus dos rasgos principales, dada la aparición del estatismo, se pueden resumir así: ligereza e inseguridad.

Con respecto al primero ya se ha visto sus manifestaciones primordiales al estudiar el liberalismo; la broma, el escepticismo y la indiferencia parecen primar en las actitudes, como si la seriedad, la profundización de conceptos, fueran algo anacrónico y ridículo.

No es improbable que el estatismo haya agravado aún esa tendencia, al imponer una sensación exterior de protección, donde parece que todo está previsto, y nada resta hacer ya al impulso individual.

Pero ,complemento inseparable de esa extraña conformación, al lado de la ligereza está la inseguridad. Principios que parecen paradójicos pero que son indubitables.

La propia anulación de la personalidad no puede ocultarse a la conciencia, que se da perfectamente cuenta de que toda la vida organizada depende de soportes falsos, ajenos a su alcance. El estado subyugó al hombre como ya lo había hecho la máquina, y éste tiene pese a todo conciencia de su inseguridad en la existencia; de donde por un lado, la agitación interna por la vida y el futuro; por el otro la ansiedad por la propia inferiorización.

Y cuando todo eso se quiere disimular con la ligereza, resulta perfectamente definido el espíritu argentino de la crisis. Espíritu dual y contradictorio, que tiene como se ha visto a través de este trabajo, hondas raíces en la evolución nacional.

#### En el orden institucional:

Comenzando con el aspecto político, es destacable que el conjunto de problemas que dejara el régimen liberal produce fuertes sacudimientos en la estructura del estado. Las medidas demagógicas ya no resultan efectivas, por que en una época de intervencionismo se nota mucho más los defectos del gobierno. Se clama constantemente por la protección del estado, con un remolino de doctrinas opuestas y confusas; las plataformas electorales se hacen virulentas y agresivas, por que junto a la ambición plasman el descontento de sectores que buscan la remoción del poder. Los partidos mayoritarios tienen un apoyo endeble; las minorías realizan una oposición destructiva y fanática. Las revoluciones mantienen su amenaza latente y a veces efectiva. de reacción, invocando la representación de núcleos que se dicen desamparados o heridos. Los problemas económicos, iniciado el proteccionismo, traen graves consecuencias que se traducen en la política internacional. El país en un momento determinado estuvo ligado a potencias extranjeras y como es lógico, cuando quiso eludir las había de tener dificultades. Poco a poco, no obstante, el in-

tervencionismo va triunfando y cubrirá toda la vida argentina, en todos los órdenes de la misma. Una inmensa máquina burocrática imprime su ritmo lento y pesado, anulando muchos esfuerzos, ahogando muchos impulsos, hasta llegar <sup>a</sup> imponer la necesidad de una reestructuración que lleve las cosas a su justa medida.

En resumen: intervención autoritaria, acercamiento de las masas y autonomía internacional son las características políticas de este período del estatismo argentino.

En lo referente al campo económico, también se operan transformaciones profundas en los principios vigentes. En el aspecto internacional, rota la vinculación exterior se crean dificultades para el intercambio. Se inicia la protección de las explotaciones nacionales, pero se experimenta la fuerte carencia de determinados elementos, que la incipiente industria argentina todavía no puede reemplazar; paralelamente se agrava el problema de los excedentes de productos nacionales, cuya colocación por la misma razón resulta difícil. En el aspecto interná, derivación lógica de ese cambio de orientación, todo debe ser vigilado y reglamentado para evitar una catástrofe. El estado impone normas e inicia un proceso costoso de recuperación nacional. Se implanta el sistema experimental de las sociedades de economía mixta, que luego fracasa y debe ser reemplazado por la nacionalización; el estado además comienza a competir como productor y distribuidor.

Pero todo ello implica reglamentación, intervencionismo, control, en desmedro de la iniciativa privada. Además los altos fines sociales que encara el Estado exigen la imposición de cargas sobre determinados sectores económicos, que a veces son resistidas por ellos. Y esto agrava el problema de la lentitud, la traba, la dism<sup>nu</sup>ción en el ritmo del esfuerzo personal que es el motor del progreso.

En resumen, intervención, socialización y autosuficiencia son los rasgos económicos del estatismo argentino.

En el orden social, por último, es donde se producen las transformaciones más trascendentes. El ascenso de las masas, hecho universal destacado perfectamente por Ortega y Gasset ("La Rebelión de las Masas") tiene en el país exacta representación. Iniciada por los errores del liberalismo, la fuerza de la reacción de las clases trabajadoras se fué haciendo incontenible, hasta hacer valer su influencia en todos los órdenes/ La legislación social, positiva y amplia, es el símbolo de sus conquistas; hay entonces un proceso de fuerza tremenda en el sentido de la nivelación social. Pero todo esfuerzo paga un tributo, y la nación no escapó a ello. La nivelación no significa asimilación ni unión; se engendraron rencores y odios de clase. Los núcleos de población acomodada sufren perjuicios que tratan de compensar de cualquier manera, no siempre útil al país; la clase media, ahogada entre las dos anteriores, se vé abocada a graves problemas de subsistencia.

Y si estas dificultades surgieron o se acentuaron en cuanto a la estructura clasista, no por eso se solucionaron muchos otros aspectos sociales de importancia. La mayoría de ellos, originados en el régimen liberal, no pudieron ser aún encarados con éxito, por que requieren el esfuerzo individual y espiritual que el estatismo no puede acordar por sí mismo. De allí que problemas de vivienda, transporte, natalidad, prostitución y otros muchos, subsisten todavía con candente actualidad pese al esfuerzo de reglamentación.

En resumen, igualación, intervención y desconexión son las características sociales de este período.

Tales, los caracteres del estatismo argentino en el orden espiritual e institucional. Descontado que su advenimiento fué una rea-

lidad impuesta por el error liberal, se observa que pese a su carácter necesario y forzoso no significa sociológicamente una solución integral para la crisis cultural argentina. Su esencia eminentemente correctora y represiva lo inhabilita desde un principio para operar por sí sólo el retorno a cauces normales.

Su virtud principal puede sintetizarse en una expresión: protección.

Y sus defectos se traducen en: mando autoritario y anulación del individuo y la personalidad, en todo orden de cosas.

Pero se mantienen siempre, hilo inexorable en la historia de la era moderna, los dos principios de materialismo y racionalismo que configuran la naturaleza misma de la crisis.

S O L U C I O N E S:TEORIA GENERAL:

He aquí entonces la tesis:

La evolución argentina fué el resultado, hasta lograr la unidad, de la acción de los factores étnico-cultural y telúrico. La combinación de razas y la influencia geográfica determinan caracteres psicológicos y sociales específicos, los que traducen un rasgo de inferioridad con relación a sus componentes. Pero tales caracteres no alcanzan a tener madurez ni variación, por obra de las circunstancias políticas; cuando esto podía ser factible, ya el país caía en garras de la crisis universal.

Con ella pasa a tener preponderancia absoluta el factor económico, dado el carácter eminentemente materialista de la misma; la forma de vida moderna impulsa el estatismo, y entre ambos ahogan la capacidad cultural de la nación.

Y así <sup>/en</sup> sus dos etapas, liberalismo y estatismo, la crisis materialista ha retardado la evolución argentina hacia un destino superior, heredado de España y de Roma.

Pero en el orden de cosas a que se ha llegado, ya no son válidas soluciones utópicas; la fuerza del factor económico es tan extraordinaria, que todo esfuerzo que se oponga en principio a él está destinado al fracaso; al mismo tiempo el Estado ha adquirido tal poderío como encarnación del materialismo, que resulta imposible la oposición violenta a su hegemonía.

Por eso la solución, aún en su elevación de ideales, debe de ser absolutamente práctica; y ello significa luchar contra los principios de la crisis desde sus propios bastiones, en un proceso tremendo y paulatino. Dada la preeminencia de todo lo económico y estatal, debemos arbitrar soluciones económicas e impulsadas por el Estado para lograr el é-

xito; todo cuanto se intente apartándose de esta base, difícilmente podrá arribar a algo, por que son factores tan arraigados que su remoción provocaría reacciones violentas en todas las estructuras.

Por otra parte no puede tampoco desplazarse un sistema de vida sin implantar otro, como no puede eliminarse principios sin dotar al mundo de otros nuevos; de lo contrario se cae en errores antiguos de desamparo como los que llevaron a la situación presente.

La acumulación moderna de bienes materiales es demasiado extraordinaria y ha impulsado mucho desenfreno como para que el mundo quiera ahora renunciar a ellos. Todo programa de reforma deberá tener en cuenta lo que hasta ahora no tuvo en cuenta ninguno: la experiencia, el respeto al pasado, la voz de la historia. <sup>1</sup> por eso deberá partir desde la Economía y el Estado, para luchar contra sus errores.

De allí que el economista está llamado a desempeñar tarea tan fundamental, como es iniciar un sistema de reforma económica cuya trascendencia social y política sea capaz de arrollar a la crisis. La economía, rama de la sociología, tiene hoy la responsabilidad de sacar al mundo de la posición en que ella misma-arma en manos de un espíritu inferior-lo ha colocado. Y el Estado-cumbre suprema de la crisis- debe compartir esa responsabilidad coadyuvando al logro de ese objetivo.

Delimitado entonces el punto de partida de la lucha, corresponde adecuar los medios para ello, los que son muy limitados. En principio no puede quitarse nada de golpe ni en la totalidad de las cosas, sino que todas las medidas de reforma deben ser parciales y paulatinas. Tampoco es posible asestarlas directamente hacia la eliminación de principios o instituciones arraigadas, por que se cae en el error de siempre: nada debe quitarse a un mundo que de por sí es débil, sin darle algo nuevo y auténtico en su reemplazo. De lo contrario, la reacción y el fracaso son inevitables.

Además todo lo que sea forzado tiene el estigma del desprestigio . Por eso, una vez elegido el cauce de orientación de la reforma, es necesario operar en base a medidas seguras, parciales, inteligentes de manera que actúen sobre el todo como sobre un cuerpo enfermo: es decir, provocando reacciones que obren en forma de principios activos, de energía propia, para combatir los males y llevar el remedio al lugar elegido.

Entonces, delineadas a grandes rasgos las normas básicas de acción, resta entrar a la parte esencial, que es la teoría general de aplicación:

En principio es innegable que el mal enorme de la vida moderna es el materialismo; de donde todo intento de reforma debe obedecer a una concepción espiritualista, en el sentido de obtener el retorno al equilibrio de los valores. Una nueva valoración de las formas del espíritu es indispensable, por que ellas son las que definen la vida humana y civilizada. Frente a la dualidad de composición del mundo -naturaleza y espíritu- el segundo es el que debe alentar la vida del hombre, por que es lo único que lo distingue de lo animal e inerte, y es lo único que puede darle un rango de superioridad sobre la tierra. Y como la cultura es objetivación del espíritu, todo progreso cultural está anulado cuando declina la espiritualidad.

Pero el espíritu sólo alienta en el hombre, no en la masa, se considera como principio energético y creador. Podrá hablarse de un espíritu social o colectivo, pero como característica predominante, como definición de conjunto. El espíritu como genio creador, como energía cultural, como elemento diferenciante, reside en cada uno, en el individuo, conectado a un cuerpo.

Por eso fatalmente la espiritualidad implica individualismo; el hombre-masa, tal como lo definiere Ortega y Gasset, es de mentalidad gregaria, de incapacidad cultural, la historia confirma la hipótesis: las

grandes creaciones culturales se deben a naciones individualistas, nunca a otras.

En el individuo está entonces la energía creadora, y desde él habrá que partir; el estatismo, pese a su orientación protectora, fracasó justamente por que produce la anulación del individuo.

Pero tampoco el individualismo es la concepción liberalista.

Aquí no debemos entender al individuo como átomo, como ente psicofísico, como célula de vida. Esa fué la derivación de la teoría liberal, y sus consecuencias son innecesarias de repetir. Nada puede esperarse de un ser aislado, por más libre que sea, cuando por su propia naturaleza imperfecta requiere principios superiores de sujeción. Debe borrarse para siempre la concepción soberbia del poderío creciente del hombre, fruto de la aberración racionalista y atea; la técnica y la ciencia, aún progresando indefinidamente, siempre tienen un límite: el mismo hombre, su naturaleza definida por necesidades, defectos y carencias, que lo distinguen de Dios.

Por eso el hombre implica reconocimiento de incapacidad y necesidad de sujeción; no es el individuo del liberalismo desenfrenado.

Aquí se entiende por individualidad aquello que escapa a la simple definición de la envoltura corpórea; vale el concepto individuo <sup>/del</sup> en cuanto significa multitud de rasgos materiales e inmateriales que lo distinguen a uno de otro. En otras palabras, vale el individuo en cuanto persona.

De allí que el individualismo que se propugna es el individualismo personalista. Considero como tal a la concepción total de la vida, orientada a permitir la diferenciación y jerarquización del hombre como ser espiritual; es decir, en cuanto lo guían ideales en la terminología de Scheler.

Por eso este individualismo es personalista y jerárquico. Por que la felicidad, objetivo final de la vida, significa progreso, diferenciación, lucha. + sólo puede desenvolverse en un ámbito de libertad individual.

Pero como todo aquello que es humano, y por ende, imperfecto, ese ámbito de desarrollo requiere un marco de limitación.

Limitación en doble sentido, que abarca dos niveles superpuestos: lo material y mundano, lo espiritual y ultraterreno.

En la antigüedad, la religión y la norma de vida-tuviese ésta base política o jurídica-determinaron la sujeción del individuo.

Pero hoy en/día ellas carecen de vigencia; el hombre ha abandonado la religión, y la norma de vida se ha vuelto meramente económico ; con la primera ya no se puede contar para iniciar una reforma, por que carece de fuerza /y de prestigio; no queda más remedio que esperar su retorno, pero empezando la lucha en otro lado. Entonces, es fatal buscar en el orden económico la limitación del individualismo. Tarea de tremenda dificultad, por que en este campo está presente el riesgo de la materialización, justamente el mal que se quiere desterrar.

Por eso es necesario investigar hasta encontrar una base que siendo económica, trascienda a todos los órdenes de la vida y esté inmunizada contra ese riesgo. De allí surge que esa base no puede estar en el individuo mismo, por que su naturaleza imperfecta le impide actuar en el campo económico, trascender y limitarse por sí sólo.

De donde se descubre que no residiendo esa base en el individuo, debe estar forzosamente en las agrupaciones que él forma. Los grupos sociales entonces son las instituciones de las cuales debe surgir la limitación. Alguno de ellos, dada su naturaleza real e indispensable en vista del carácter eminentemente social del hombre, debe de contener el germen

de esa posibilidad; su conocimiento rápido, si no he errado el camino del razonamiento, debe de mostrarnos cuál posee tan preciada capacidad.

• desde ya se define un carácter específico del individualismo a que se hacía referencia; si era un individualismo personalista, ahora también puede agregarse: se trata de un personalismo nuclear.

Aquí creo haber hallado un principio de orientación; el concepto de núcleo define el ámbito de limitación del individuo.

Si interesa el individuo solamente en cuanto es persona, interesa esa personalidad en cuanto trasciende el núcleo en que actúa.

Parece ser la solución más equilibrada, pese a que los términos medios puedan no gustar. Planteado el problema de la crisis en los términos conocidos, se observó que tanto la liberación desenfrenada del individuo como su nivelación por el estatismo terminan indefectiblemente en la anulación del hombre. Puede ser entonces que éste sea el camino mejor, y yo personalmente adhiero a él.

Si el individuo animado del espíritu disminuido actual, no es capaz de hacer ya nada por sí mismo ni por la sociedad en general, puede ser que aún quiera hacer algo por un determinado núcleo en que actúe. • partiendo de este supuesto, volveremos atrás para buscar cuál de esos núcleos será el centro de la tentativa, recordando la norma enunciada antes: debe de tener estructura económica y al mismo tiempo inmensa trascendencia social.

De hecho, comprobado el fracaso del individuo y el Estado como puntos de partida para una concepción del mundo, todas las agrupaciones intermedias entre ambos tienen importancia como factor de reforma.

Pero se impone una selección, no obstante ello.

Divididos los grupos particulares de la sociedad en naturales y voluntarios, desde ya debemos iniciar la búsqueda en los primeros; por que dada la debilidad humana, es necesario buscar las instituciones de

mayor fuerza sobre el hombre; y esa mayor fuerza se encuentra evidentemente en aquellas cuyo origen supera su propio ámbito de actuación. Por otra parte, su carácter específico de instituciones necesarias, indica ya su preeminencia sobre los grupos cuya formación es voluntaria o libre.

A su vez, dentro de los grupos particulares naturales de la sociedad, existe una división en grupos amorfos, anorgánicos y orgánicos. Entonces, en este proceso de selección habrá que optar por los últimos, en razón de su mayor fuerza y trascendencia; evidentemente, las sociedades en sentido estricto aportarán una base más sólida para el fin que se persigue, dada su contextura orgánica, definida y real.

Circunscripto así el campo de investigación, se destaca ya un número limitado de núcleos que deben desfilarse ante nuestro juicio para elegir entre ellos: familia, escuela, casta, corporación profesional, estado, super-estado e Iglesia.

La Iglesia ya ha sido desechada en principio por ser insuficiente como factor de reacción; su alejamiento de la realidad y el relajamiento espiritual le restan fuerza como influencia sobre el hombre; además, la inexistencia de potencia económica la imposibilita para el objetivo propuesto, dadas las condiciones enunciadas anteriormente.

El super-estado es una idea que no tiene arraigo ni fuerza, por lo que queda eliminado aún antes de concretarse.

El estado sería uno de los grupos de mayor trascendencia social y potencialidad; pero desdichadamente ya se ha experimentado con él: su propia condición de elemento activo y pasivo en la conformación de la crisis materialista, impide tenerlo ya en cuenta sino con carácter coadyuvante como se ha señalado al principio.

La casta y la corporación profesional son elementos de orden parcial como para iniciar una reforma desde ellos. Además, toda renovación orientada de manera que signifique un refuerzo de su autoridad social,

provocaría automáticamente reacciones y disensiones internas que desvirtuarían toda finalidad.

En cuanto a la escuela, factor formidable de trascendencia social, carece desgraciadamente de potencialidad económica.

De allí, que si bien por la propia esencia de su actividad estaría seguramente en el primer orden de importancia, todavía hay que encontrar otro grupo social que reúna las máximas condiciones requeridas.

Este grupo es indudablemente la familia.

Es el último elemento que faltaba juzgar, y en él encuentro yo las condiciones mencionadas. Tiene una importancia social extraordinaria, por que es la base de la sociedad misma; y tiene gran fuerza económica por que es una unidad de existencia, una verdadera célula de vida. Además-factor de invaluable peso-es quizá la única institución humana que conserva, aún cuando debilitada, una cierta fuerza espiritual; y por lo tanto ello significa siempre posibilidad de cultura.

El hombre, presa de la crisis materialista, ha perdido todo respeto por los conceptos medulares de nación, raza, iglesia, escuela.

Se disminuyó por su propio desenfreno y luego tergiversó voluntariamente el concepto de estado, creando una estructura que terminó anulando al mismo que la había creado.

Pero tal vez conservó respeto por la institución que le dió la vida, y de la cual aún emergen las formas entre el caos de la época.

El hombre negó toda sujeción a principios superiores, en un proceso insólito de liberación, desamparo y anulación simultáneas. Pero quizás la única limitación que reconoce aún inconscientemente, ha de ser la que se deriva del grupo vinculado a sus sentimientos de afecto.

Entonces, como decía al principio, si el hombre ya no hará nada por sí mismo, tal vez lo haga por la familia; y siendo así alienta la

última y única esperanza de salvación, por que puede reencontrar todo lo precioso que perdió en aras de un progreso desconcertante.

Aquí está, pues, el nudo de mi tesis: vistas las condiciones vigentes en el mundo, creo que la familia es el núcleo que, limitando al ser humano, puede dar base suficiente a un programa de recuperación espiritual y cultural.

Por lo tanto, si se propugnaba el individualismo personalista, si se definía luego como personalismo nuclear, hoy completa la expresión determinando que ese núcleo es fundamentalmente familiar.

La solución la veo de esta manera en el individualismo, que al impulsar el genio, la diferenciación, la ilusión como motor de lucha, opere la reactivación de la fuerza del espíritu, y con ella la capacidad cultural de los pueblos. Ese individualismo debe de ser personalista, en el sentido de estar orientado a destacar *las* modalidades del espíritu que diferencian a una persona de otra; y que al valorar y posibilitar la objetivación de esas modalidades, engendren energía cultural. Y la limitación indispensable, el encuadre de esa expansión y libertad, debe de residir en la familia, como núcleo rector de esa energía.

La familia es lo máspreciado que tiene el hombre después de su espíritu; significa amparo y ayuda; regulación y corrección; aliento y advertencia. Le *marca* un ámbito suficientemente grande como para poner su objetivo en ella, y suficientemente chico como para sentir el calor de su vinculación afectiva.

De acuerdo a los conceptos del Dr. Mario Videla Morón ("El Derecho Social y la Sistemática del Derecho") la familia es una realidad ético-social y jurídico-social preexistente a la nación y al estado, por ser base constitutiva de la sociedad.

Igualmente opina Legaz y Lacámera ("Introducción a la ciencia del Derecho"); el tipo sociológico a que responde la familia es la comunidad de vida.

Vemos entonces así reflejada la importancia de la familia como unidad económica y social definida, verdadera célula de la sociedad.

Tales son los resultados de la presente investigación, y pueden ser utilizados para esbozar un programa de recuperación nacional de proyecciones en el futuro.

La República Argentina es un país joven, de energía nueva y tradición de gloria, pese a que a través de este trabajo hayan aparecido con más frecuencia los defectos de la nacionalidad, laten en el fondo de ella virtudes invalorable: el valor, la nobleza, el sentimentalismo, la vivacidad. Pese a que la crisis causó una herida profunda retardando el ritmo de progreso, la nación siguió adelante con la cabeza erguida. Si el espíritu está desconcertado y oculto bajo una corteza de indiferencia, encierra aún principios poderosos de energética cultural.

Por eso creo que hay materia dúctil para amasar el progreso definitivo; definida la oportunidad del momento como lo hiciera en el capítulo del prólogo, puede iniciarse la marcha hacia la conformación de una auténtica cultura argentina mediante un programa de reforma.

La base estará sostenida por los tres pilares mencionados antes: individualismo, personalismo, familia.

La nación argentina tiene una tradición histórica acorde con esos pilares: tanto la nobleza arrogante española como la nobleza energética italiana, definen la existencia de un individualismo auténtico y temperamental; ambas traducen una valoración de la personalidad en la que alienta siempre el genio de la raza latina, la raza creadora y vivaz

las dos hicieron de la familia el altar de su vida, meta de sacrificios y bandera de honor.

Aún hoy, entre el caos espiritual de la humanidad, talvez ha de ser posible el retorno a todo ello.

Por que no es una teoría revolucionaria, ni regresiva; pretende el retorno al pasado, pero al pasado auténtico; propugna la remoción de muchos principios actuales, pero de los que son falsos e inarraigados, y conforman una corteza artificial del espíritu argentino.

No es una doctrina ajena, calcada o prestada, sin precedentes en la formación nacional. Es una concepción que presenta raíces profundas en la historia, respetando la experiencia de siglos de lucha, sin estorbar el progreso. No se admite el conservadorismo irreal que debilita o retarde a la nación; no se admite tampoco la negación del pasado ni la disyunción de la historia.

Por eso admiro las palabras egregias de Ortega y Gasset; el derecho fundamental del hombre es el derecho a la continuidad..... La única diferencia entre la historia humana y la historia natural, es que aquella no puede comenzar de nuevo.....

Por eso no comparto en cambio <sup>el</sup> extremismo de Sarmiento y Martínez Estrada: el primero renuncia a la valoración de lo autóctono, en aras de un progreso artificial que jamas puede arraigarse; el segundo sustenta concepciones de misticismo casi religioso por todo lo que existió en un principio, que traducen una pasividad casi regresiva.

Creo en mi modesta opinión que la Argentina puede hallar un término medio de vida, respetando ambos conceptos,

Para eso se requiere una acción nacional que basada en los soportes expuestos, inyecte principios de renovación en los puntos básicos de la conformación estructural argentina, operando modificaciones paulatinas y profundas en el orden político, económico y social.

Su apariencia debe ser económica en lo posible, y su acción dirigida por el estado cuando se requiera, para aspirar a que todo esto no sea una utopía más.

En el orden político:

En el aspecto interno creo que dos son los principios que deben ponerse en práctica: descentralización y delegación del poder/

La descentralización se impone por una razón psicológica, geográfica y social: en el primer sentido, una mayor distribución del mando contribuye a reforzar la conciencia de responsabilidad individual, y por lo tanto el personalismo; en el segundo, la ampliación territorial del poder permitirá una mayor acción tendiente a combatir la soledad y la distancia, males eternos de la nación; en el tercero, el refuerzo de los grupos intermedios de la sociedad, podrá llenar paulatinamente el vacío enorme que hay actualmente entre el individuo y el estado.

La delegación del poder, conexión forzosa y complemento de la descentralización, debe cumplir objetivos similares. El sistema federal, impuesto en 1853 después de años de anarquía, contemplaba una voluntad real del pueblo; pero fue perdiendo fuerza en la práctica por que la lucha contra el liberalismo exigió la máxima centralización de esfuerzos. Hoy creo que ha sido superado el peligro de la anarquía y el regionalismo fanático, y puede obrarse en el sentido expuesto, otorgando mayores facultades a las autoridades locales. No olvidemos que la formación étnico-cultural argentina muestra rasgos de marcado regionalismo, como herencia del carácter español tanto como del italiano; por lógica no puede permitirse que ello se vuelva un obstáculo a la acción uniforme del país, pero su tradición debe ser respetada en tanto coadyuve a la reconstrucción de valores.

Tal política de descentralización y de delegación de poderes no

va encaminada más que a un solo objetivo: producir el desplazamiento paulatino y armónico de la autoridad férrea y centralizada del Estado, hacia los núcleos vitales de la sociedad, y hacia el individuo mismo.

Una condición "sine qua non" es que tal desplazamiento no cause perjuicio a nadie, por cuanto en el momento en que prive de algo que facilitó el estado, la reacción será inevitable.

Algunas de las medidas que considero pueden experimentarse son:

- 1): reconstruir la división política del país, provincializando todos los territorios nacionales. Luego, si un estudio mesurado aconseja en tal sentido, proceder a la desmembración o anexión de determinadas provincias, si es que el complejo de factores económicos, espirituales e históricos permite prever un beneficio de ello.
  - 2): realizar la máxima delegación de facultades en las provincias. Sin que ello signifique desmedro de la íntima vinculación interior, el Estado nacional debe conservar en sus manos solamente los hilos superiores del gobierno: la legislación de fondo, y las instituciones referentes a la moneda, la religión, la defensa militar, las relaciones exteriores en forma absoluta, deben seguir como hasta ahora perteneciendo a su esfera exclusiva como así mismo todo otro principio que afecte la soberanía, la unidad y la representación nacional en el mundo.
- Propugno además la unificación y centralización del poder judicial y de la policía, instituciones que por su carácter preventivo y represivo deben estar fuera de todo contacto local. Representando además al estado nacional en las provincias, significarán un factor de equilibrio y control de las autonomías regionales.

Pero después, todo lo demás debe ser resuelto por ellas; esencialmente en cuanto se refiere a cuestiones económicas y sociales; nadie mejor que los mismos que viven el problema para resolverlo. En los últimos lustros se ha mostrado una tendencia exagerada a la solución de todo desde el gobierno central; tales medidas distan mucho de resolver nada; hay siempre en ellas un alejamiento, una nivelación forzosa de circunstancias y situaciones, que suelen derivar en incomprensión y arbitrariedades.

Los problemas de precios, de transporte, de vivienda, de moral, de abastecimiento y comercio, deben ser del resorte exclusivo de los gobiernos locales, por que cada uno conoce el origen y las modalidades especiales de ellos, y pueden adecuar los medios de solución.

Esto no significa anarquía ni trabas al progreso. Los Estados Unidos de Norte América, pese a su descentralización extraordinaria, dan un ejemplo brillante en tal sentido.

Tampoco significa renunciar a la consulta, la colaboración de las autoridades nacionales o la intervención de éstas si fuese necesario, por que su rango de jerarquía coloca al gobierno nacional por encima de los otros y lo habilita para intervenir en cuanto se observen desviaciones de cualquier índole.

- 3): Realizar a su vez, la máxima delegación de las facultades provinciales en las comunas. Todo cuanto se ha expresado en el punto anterior, aunque en menor escala de trascendencia, es aplicable aquí, reforzado en cierto aspecto por su importancia sociológica.

El municipio tiene en efecto una trascendencia que la práctica y la teoría han olvidado por completo, hasta subordinarlo de

manera total al mandato provincial y nacional.

Pero no obstante su importancia es enorme, dada su vinculación con la familia, base de la sociedad. En la comuna viven las familias, y ella es así el ámbito de sus problemas; le corresponde entonces la acción directa para su solución.

Además, y esto es importantísimo, el municipio es la principal, quizás la única institución donde puede tener influencia directa la familia como factor de renovación espiritual.

Por eso propugno la modificación del sistema de gobierno comunal en este sentido: el intendente, aún cuando elegido por un partido político, debe de haber residido en el pueblo durante un número prudencial de años, para conocer sus problemas.

Al mismo tiempo el Concejo Deliberante, órgano de legislación y control de las tareas administrativas, no debe ser un organismo de conformación política partidaria. Propongo su remplazo por un Consejo de Jefes de Familia, elegidos en voto libre por cada comuna, y con obligación de no militar activamente en partidos políticos; convendría además la representación en él de los distintos sectores de población: obreros, empresarios, profesionales, etc.

- 4): promover desde todo punto de vista y con cualquier medio de acción, el equilibrio de los núcleos de población urbana y rural.

Esto es de importancia fundamental, por que el problema es antiguo y uno de los peores males del país, que nadie pudo solucionar hasta ahora. Creo incluso que se justifica cualquier medida drástica mientras pueda oponerse a este proceso desalentador.

- 5): fomentar el incremento de la población del país, por el creci-

miento vegetativo y migratorio, tal como lo quería Alberdi.

- 6): promover la inmigración seleccionada por país y por ocupación individual, obligando a su radicación en zonas rurales.

En el aspecto internacional, por último, la soberanía debe ser el principio rector de la nación. Pero además se requiere la colaboración para la solución de graves problemas universales; fundamentalmente deben estrecharse las relaciones con aquellos países a los cuales nos ligan vínculos de afinidad cultural, espiritual, histórica; España, Italia, Hispanoamérica, son los primeros y a ellos deben dirigirse nuestras miradas, orientadas a la formación de un bloque cultural que perpetúe la tradición de la raza.

Tal vez así, reforzando los hilos de un pasado común, se pueda acelerar la marcha de las naciones hacia su destino.

#### En el orden económico:

En el aspecto interno creo que los puntales de una eventual reforma deben ser: libre competencia, iniciativa privada y autosuficiencia.

La primera se impone por ser un principio económico primordial para el buen funcionamiento del sistema; es innegable que los abusos de épocas pasadas condujeron a la intervención necesaria del Estado, <sup>en</sup> cristalizada la concepción de la economía dirigida; pero tarde o temprano, corregida la tendencia, se debe retornar a la competencia libre, por que es la base del mejoramiento general. La economía dirigida es innegablemente un método artificial, y por tanto forzado; requiere mecanismos burocráticos de control y ahoga la posibilidad de expansión e inventiva;

la congelación de los precios desvirtúa la calidad y favorece el fraude, impidiendo al mismo tiempo su baja; la igualación de salarios impide el reconocimiento de las aptitudes y desmerece la productividad. Todo esto puede corregirse mediante un sistema adecuado de libre concurrencia, que no implique la eliminación del Estado; este tiene justamente aquí uno de los campos de acción más amplios e importantes, por cuanto además de sus funciones específicas de control puede ser factor de equilibrio comercial, compitiendo a su vez en los procesos de producción, distribución y consumo.

En cuanto a la iniciativa privada, debe ser fomentada por cuanto es la que produce el impulso real de progreso. La socialización de servicios y empresas, efectuadas sin limitación, y las grandes concentraciones económicas, redundan siempre en desmedro de la inventiva, la acción privada y el desarrollo de la iniciativa personal.

En cambio la protección de esta última -que no excluye el control pertinente- significa normalmente la recuperación de la personalidad en cuanto a la actividad productora. Por que la ambición sana, el afán de renovación, la esperanza de progreso, son el verdadero nervio de la vida y medula de la felicidad; cuando el hombre tiene abierta la posibilidad de la lucha, entonces la satisfacción se traduce en valoración propia, refuerzo de la personalidad y genio creador; es decir, impulso de cultura; solamente se necesita cuidar de que el ambiente de vida y el espíritu engrenden las fuerzas limitativas indispensables para regular su expansión. Y al Estado le corresponde entonces desempeñar ese papel de vigilancia.

Por último, hay un principio fundamental que es también limitativo, y es el de autosuficiencia de los grupos políticos, principalmente el municipio y la familia. En épocas antiguas el problema de la

economía fué el de ser cerrada y autoabastecida; actualmente es inverso: la excesiva especialización y amplitud crean dependencias y ligazones que provocan dificultades y anulan muchas iniciativas. Debe tenderse en tonces a la corrección de las mismas, mediante el refuerzo y recuperación de las economías locales. Entre estas, el municipio y la familia son las que tienen mayores probabilidades de obrar como factor de equilibrio; ellas deben ser orientadas a la solución de sus propios problemas, principalmente en cuanto se refiere a abastecimiento, los precios y los salarios.

Las estructuras económicas no pueden ser totales sino hasta cierto rango de trascendencia; por debajo de él se escalonan problemas diferenciados en relación a un principio de localización política, geográfica y humana. Toda solución uniforme que desconozca estos principios, es alejada, irreal, inoperante y arbitraria. Por eso se requiere una delimitación adecuada de facultades: lo enunciado en primer término debe de estar en manos del estado, como asimismo la vigilancia general del sistema; lo segundo debe de pertenecer a los núcleos sociales a quienes atañe.

Y para posibilitar esta solución debe reforzarse al máximo las facultades y el ámbito de desarrollo de la familia, que es unidad básica de la sociedad. Hay que volver, siquiera en parte, a la concepción antigua de autoabastecimiento familiar fomentando la ampliación de su actividad económica. De esta manera, al mismo tiempo que se ensancha la actividad individual en beneficio de la personalidad, se introduce un factor formidable de equilibrio económico en relación a los precios, salarios y abastecimiento en general. Correlativamente el municipio, agrupación natural de las familias, debe de tener una influencia creciente como órgano de contralor del sistema, coadyuvando a una decentraliza -

cion adecuada, individualista y nuclear de la producción y el consumo.

Dentro de tales lineamientos, algunas medidas que pueden adoptarse en cuanto al sistema económico son:

- 1): represión severa de los monopolios y todo tipo de concentración que perjudique la libre concurrencia.
- 2): Fomento general del establecimiento de nuevas empresas de producción y comercialización, que pueden competir con las existentes.
- 3): creación y consolidación de empresas estatales que compitan en los procesos económicos con las particulares, en exacta igualdad de condiciones.
- 4): eliminar en lo posible los mecanismos administrativos de control, en la medida y en el momento en que un estudio profundo de la situación lo considere factible y oportuno. El estado debe reservar su intervención solo para los casos anormales de desviación, o para aquellas instituciones o principios que por una razón específica no puedan ser librados a la competencia individual y privada (fabricaciones militares, materiales críticos, etc.)
- 5): delegación máxima de tareas de contralor en los órganos locales. Esto lo considero importantísimo, por que es una de las bases del desplazamiento de la gravitación del estado hacia el individuo, y los núcleos esenciales. La regulación del abastecimiento, fijación de precios, salarios y alquileres, por ejemplo, considero que deben ser objeto de tramitación regional, por que deben contemplar diferencias sensibles en el orden humano y geográfico. Ello no implica despojar al estado nacional del derecho a fijar normas o niveles generales de vigencia; pero su ajuste exacto debe realizarse en los órganos más cercanos al centro de actividad. Propugno así un sistema en el cual los precios de artículos, propiedades, mano de obra,

servicios, etc., se regulen por los organismos municipales (Consejo de Jefes de Familia). Es además exigencia indispensable la intervención de todos los sectores afectados, y la imposición de límites elásticos que permitan la valoración de las diferencias y aptitudes; esto demuestra la importancia que tiene la regulación local de la economía para una preparación del retorno al individualismo.

- 6): nacionalización exclusiva de aquellos servicios públicos que sean de carácter monopolista; por lo tanto deben permanecer en manos particulares o ser devueltos a ellas todas aquellas empresas cuyos servicios sean competitivos. Se exige lógicamente un control adecuado acerca de la nacionalidad de las mismas y régimen de prestación; pero se obtiene una mayor eficiencia, no descartándose de cualquier manera la concurrencia del estado para conducir y equilibrar el sistema.
- 7): fomento efectivo de la creación de cooperativas, empresas municipalizadas y sociedades comunales, orientadas a la competencia y solución de problemas económicos regionales.
- 8): fomento real de las pequeñas industrias, producciones domésticas y explotaciones caseras, tendientes a permitir la independieización parcial y paulatina de los núcleos sociales -fundamentalmente la familia- respecto de un sistema económico de rigidez centralizada.

En cuanto al aspecto internacional, la concepción nacionalista debe tener preeminencia, pero sin perder las ventajas del librecambio internacional. El proteccionismo se justifica solamente cuando surja de una necesidad real del país y no de una teoría, y en los casos en que no degeneren en explotaciones antieconómicas o perjudiciales de otros órdenes de actividad. Por último, sin llegar a la formación de bloques económicos cerrados, que derivan inevitablemente en dependencias y roza -

mientos políticos, es preferible fomentar el intercambio con los países que por proximidad geográfica o cultural signifiquen un medio indirecto de promover la reactivación espiritual de la nacionalidad .

En el orden social:

Es el ámbito de importancia primordial, por que representa el origen y al mismo tiempo la consecuencia de toda la estructura política y económica del país. Al mismo tiempo, significa el campo más vinculado estrechamente a la conformación espiritual y cultural de la nación. Diferenciación, moralidad y solidarismo deben ser los puntales de una eventual reforma. El primer aspecto es de una importancia fundamental, previa a toda otra consideración; la desigualdad es un elemento humano imposible de negar; impuesto por Dios y sancionado irrefutablemente por la vida, ha encontrado adhesión en todos los tiempos y en todas las mentes incluyendo las más elevadas de la humanidad, como Aristóteles y otros muchos. Por que la desigualdad, en cuanto significa diferenciación y no injusticia, es uno de los valores vitales de la cultura; con ese sentido exacto, la desigualdad es el verdadero motor de la lucha, el progreso y la felicidad.

Desde el momento en que su naturaleza sea auténtica, actúa como factor energético imponderable por cuanto la desigualdad implica automáticamente la posibilidad. Y en ese esfuerzo continuo, en esa posibilidad que encuentra dificultades para hacerse realidad, reside el principio más elevado del espíritu y de la cultura, incluso la única justificación de la vida. Por que la vida no es nada más ni nada menos que eso: ansia, ilusión, esperanza de modificación y de ascenso; en otras palabras,

ímpetu de superación. Excluyendo al hombre que por su excelencia se im pone una vida ascética, lo normal en el mundo, y lo único valioso es una concepción dinámica de la vida.

Implica entonces una filosofía del esfuerzo, pero no al modo de Marx sino referida al esfuerzo de superación del espíritu, traducido en obras; en la nomenclatura de Hegel, objetivación del espíritu, que significa cultura. De allí que el carácter necesario de la diferencia ción sea la base de su preponderancia.

Pero desdichadamente el hombre moderno ha tergiversado este con cepto como todos; no entiende la desigualdad como diferenciación, sino como injusticia, desamparo, humillación. Alguien podrá decirme que en la práctica fue así, pero yo le contesto que en todo caso fué la obra de ese mismo hombre; desde la Revolución Francesa se ha tomado esa pala bra como sagrada bandera de lucha, con relación a la cual toda oposición escandaliza; se le dió sentido clasista, sexual, colectivo, pero nunca individual. Por eso ese concepto llevado en alas de la crisis, dejó de llamarse igualdad para llamarse igualación; el mundo se ha precipitado a un proceso espantoso de homogeneidad, nivelación, unifor mación de si - tuaciones y principios; que son siempre forzadas, por que son impuestas siempre, ya sea por el desenfreno del liberalismo o por la mano de hie - rro del estatismo que lo siguió.

Por eso es real la opinión de Ortega y Gasset, y tremenda <sup>mente</sup> accer tada: todo el Occidente va cayendo en una pavorosa homogeneidad de si - tuaciones. Nuestro país por desgracia no escapa a esta norma.

Es así que se observa una tendencia contínua a la nivelación que se traduce inexorablemente en el apagamiento, la anulación paulati - na de la personalidad e incluso la degeneración. Hay una fuerza incons - ciente que trata de volver iguales al hombre y la mujer, el joven y el

anciano, el intelectual y el obrero, el noble y el burgués; y el resultado es que, a medida que se parecen cada vez más uno a otro, valen menos dentro de su plano.

Por que la vida social no es más que la armonización de intereses individuales hacia un fin común, que es la felicidad.

Y dicha armonización se realiza mediante la adjudicación a todos los miembros del grupo de funciones distintas, que son entonces funciones sociales -personalidad en los conceptos del Dr. Pichon Riviere-

La distinción de esas funciones significa distinción de caracteres, lo que impone entonces la diferenciación personal. De esta manera, los individuos valen por sí y por su actuación en la sociedad, al destacar sus caracteres individuales diferenciados. Se admira y valora al varón como jefe; a la mujer como madre; al joven por su actividad y al anciano por su sabiduría; al intelectual como dirigente y al obrero como productor. En cuanto uno de ellos se parece al otro, sus rasgos fundamentales pierden fuerza; y la disminución de la personalidad va en detrimento de su función social;

Además necesariamente, ese sistema de funciones exige una jerarquía, por que la autoridad es el principio que realiza el orden en el grupo social.

Por eso no pueden admitirse desigualdades en el orden político, espiritual o moral; pero son necesarias en el orden social y económico.

Por eso la virtud social por excelencia es la justicia, que no significa igualdad sino posibilidad de ascenso.

Por otra parte la nivelación -que es la igualdad forzada- provoca siempre incomodidad, desagrado y resentimiento. Cada uno debe de actuar en el ámbito de su función social auténtica, y no es posible introducir el desorden en aras de una igualdad que es irreal e inoperante.

De manera que la diferenciación, después de lo visto, significa responsabilidad y posibilidad.

En cuanto al segundo aspecto, la moralidad, es la derivación ética y lógica de la propia personalidad. Implica responsabilidad por la función que se desempeña y valoración del propio espíritu; de allí que pese a su elevación, el mantenimiento de su integridad necesita de un respaldo económico y político, a más de moral; requiere siempre la ilusión, la posibilidad de ascenso, por que la miseria material o espiritual corrompen siempre las normas de la ética. Por eso la prostitución, la delincuencia, el concubinato, son normalmente pérdidas de la responsabilidad por la función social y por el propio valor de la persona que las desempeña. Estas, como otras, son formas del suicidio de la personalidad, una vez desaparecida la esperanza.

De donde se infiere que el refuerzo del individualismo y el personalismo por la recuperación espiritual, significa el refuerzo de la responsabilidad, y con ella la garantía moral de la sociedad.

Por último el solidarismo es el principio unitivo del sistema: definidos dentro del grupo social los caracteres diferenciadores de cada persona, traducidos en la revaloración del espíritu; adjudicadas las funciones sociales auténticas, que engendran responsabilidad; entonces el solidarismo es el hilo invisible que vincula los principios sueltos y determina la producción de energía cultural en el grupo.

Solidarismo que significa colaboración y no caridad; conexión y no jerarquía; necesidad y no concepción. Los átomos de la sociedad, diferenciados y valorizados, responsables y personalizados, requieren conjunción de esfuerzos, unidad de ideales para continuar las células básicas de la vida colectiva.

Aquí el solidarismo es el rasgo implícito en la naturaleza del

hombre, superior a los animales; es el principio más elevado, limitativo y equilibrador; justo término medio entre el egoísmo y la anulación, de termina el nivel de la personalidad que hace compatible el individualismo con la vida en sociedad, conformando una invitación a los semejantes para un programa común.

Y este solidarismo entonces se convierte en elemento fundamental en el orden social. La nación descansará sobre él, por que es una fuente de unidad, de conducción, de trabazón. Debe de obedecer a los principios superiores de la nacionalidad, para lograr poner en marcha un esfuerzo de cultura; y por lo tanto está obligado a apoyarse sobre soportes auténticos, sobre una concepción común del mundo y de las cosas; o sea, sobre el estilo nacional.

Planteadas así la preeminencia del orden social a través de los tres rasgos señalados, algunas de las múltiples medidas que se orientan al logro del objetivo indicados son:

- 1): fomentar la diferenciación auténtica de las funciones sociales, mediante la investigación de las vocaciones.
- 2): fomentar la diferenciación auténtica de los diversos tipos humanos, con miras al aprovechamiento de sus rasgos esenciales.
- 3): promover la exaltación de las diferencias sexuales en cuanto a sus consecuencias biológicas, psicológicas y sociales. En este sentido debe fomentarse la vocación de la jefatura en el hombre y de la maternidad en la mujer, impidiendo que la vida colectiva los arranque del ámbito natural de su actividad.
- 4): crear una conciencia colectiva que dé preeminencia al acceso al gobierno de minorías selectas, basadas en la ancianidad, la jefatura de la familia y la mentalidad dirigente.

- 5): adopción de medidas generales en los campos político y económico que encauzen la justicia en el orden social, con orientación a dos principios esenciales: diferenciación en la recompensa de las aptitudes y posibilidad de ascenso individual por el esfuerzo.
- 6): fomento de la movilidad de las clases sociales, por la colaboración y elevación espiritual.
- 7): reemplazo paulatino de la protección estatal de las clases desamparadas, por un sistema individualista de previsión y una conciencia de responsabilidad, en cuanto se llegue al nivel económico que lo posibilite.
- 8): prevención y represión violenta de la inmoralidad en todas sus formas, una vez eliminadas las fuentes de miseria material o espiritual.
- 9): impulsión del solidarismo por todos los medios económicos, políticos y espirituales que puedan ponerse en práctica. Ello implica fomentar los núcleos afectivos, la colaboración entre las estructuras intermedias de la sociedad y la preeminencia de la intelectualidad, una vez sobrepasado el nivel mínimo de comodidad económico-política; exaltar la concordia, por último, como virtud imprescindible de la coexistencia. E imprimir en todo ello un sentimiento unificado y alto con miras a la nacionalidad, de manera de lograr una acción nacional definida que impulse una cultura propia.

Estos son los que creo principios medulares de una acción orientada a la solución definitiva de la crisis, en los órdenes político, económico y social: descentralización y delegación del poder en el primero; libre competencia, iniciativa privada y autosuficiencia de los núcleos en el segundo; diferenciación, moralidad y solidarismo en el último.

Entonces queda propuesta esta tesis:

Iniciar una nueva marcha de la nacionalidad hacia la superación, creando una cultura nacional. Engendrar nueva energía cultural mediante la valoración del espíritu y la lucha contra el materialismo. Retomar al espiritualismo mediante la aplicación de una concepción individualista auténtica. Lograr la autenticidad del individualismo por el refuerzo de la personalidad y de los núcleos humanos, fundamentalmente la familia

Tales sus lineamientos generales. Pero es imprescindible dejar a salvo algunos conceptos importantes, para evitar que se desvirtúe mis pensamientos:

- a): se habla desde un punto de vista elevado, como se dejó sentado en un principio. Es una tesis sociológica en cuanto pretende -tal vez demasiado osadía- enfocar íntegramente a la nación como totalidad y en su evolución histórico - sociológica. Supera entonces todo aspecto meramente político o limitado a un momento específico en el tiempo.
- b): trata de colaborar modestamente en la creación de una conciencia que permita a la nación iniciar una marcha definitiva hacia un destino que se considera glorioso. No significa entonces juicio, crítica o defensa de nadie; es mi opinión sincera y todo lo objetiva que puede ser en un argentino, acerca de la manera de hacerlo. Tiene proyección lenta y paulatina hacia el futuro, sin renunciar al presente y sin insultar al pasado; digo marcha definitiva, por que creo que se trata de una cuestión de madurez nacional; si a veces he usado la palabra reforma, entiéndase en el sentido de orientación futura y no de elimina-

ción del presente.

La hora actual en la República Argentina no es sino la reacción lógica y necesaria contra los errores del pasado.

Y como toda reacción necesita madurez, aplacamiento, para orientar el rumbo normal, definitivo y superior del país.

Por la misma razón he definido al principio este momento como ideal para iniciar tan trascendental labor.

c): Es una tesis idealista- ojalá no sea una utopía- en cuanto a las posibilidades futuras. Creo haber llegado a una opinión concreta en lo que se refiere a la evolución nacional; pero la acción futura es lógicamente una teoría, correspondiendo a la Política ponerla en práctica.

He enunciado algunos lineamientos de ella, con simple carácter enunciativo pese a su forma aparentemente estrecha; no deben entonces juzgarse sino con esa condición previa, y el futuro dirá cuales y cuantos fueron acertados.

Además debo volver a insistir sobre la naturaleza muy especial de los que se utilizen para el logro del fin perseguido: debe tratarse de medidas positivas, parciales y paulatinas. Se ha dicho antes que el espíritu determina las instituciones, pero que luego puede verse modificado por ellas; y esto es aquí de rígida aplicación: dadas las condiciones de materialización que impregnan la vida moderna, habrá que partir de las instituciones para tratar de modificar el espíritu y la persona. Se requiere entonces la adopción de medidas positivas y reales que, actuando sobre las instituciones y fundamentalmente sobre los núcleos humanos, operen a modo de inyección que determine la reactivación del espíritu y su orientación nacional definida.

Por eso en los párrafos siguientes se enunciarán algunos de los modos de obrar sobre las instituciones y núcleos de más arraigo, en persecución del fin señalado.

Modos de obrar que, repito una vez más, serán necesariamente aislados, por que las condiciones modernas no permiten realizar una reforma total e inmediata del sistema de vida. Por eso se requiere una acción paulatina y continuada hasta orientar por el camino deseado <sup>ya</sup> las instituciones y al espíritu argentino.

### IAS INSTITUCIONES ARGENTINAS:

En estos párrafos siguientes trataré de puntualizar los defectos más ostensibles de las instituciones nacionales, fundamentalmente en cuanto revistan el carácter de núcleos humanos; los que, a más del individuo en sí son sumamente afectados por la crisis moderna. Al mismo tiempo trataré, en aplicación de los conceptos expuestos al principio del capítulo de enunciar las medidas que a mi leal entender pueden operar la reacción de que se habló en un comienzo.

#### La familia:

Se impone en primer término el estudio de ésta, por doble razón: primeramente por tratarse de la agrupación primaria del hombre; luego por que en esta tesis se ha tomado como base trascendental de un programa de recuperación nacional,

La familia es el grupo biológico, preeminente entre los grupos particulares de la sociedad. Su carácter necesario y su conformación orgánica (sociedad) posibilitan esa preeminencia. Además su origen está en el derecho natural y divino, de donde surge su carácter ultracontractual y preexistente. Por último sus principios de causalidad es tan vinculados a los sentimientos y a las instituciones más elevadas

en el orden humano.

Todo ello cimienta su derecho real a constituirse en base de la organización económico-social de un país.

Pero la crisis ha sacudido profundamente su conformación, debilitando su trascendencia; los principios de su causalidad muestran hoy fallas fundamentales que definen perfectamente un período crítico en la gravitación social de la familia:

La causa material, la estructura de la familia, es el matrimonio; y éste se define como comunidad de vida entre el hombre y la mujer; comunidad que trasciende al orden psicológico a más del orden biológico elemental; y junto al matrimonio se agrupan los hijos y los parientes, por que la familia es el conglomerado afectivo del hombre; a más de un contrato especialísimo configura una institución natural y divina, ordenada por la naturaleza y por Dios; y eminentemente elevada toda vez que la determina el amor; la unidad y la indivisibilidad son los sopores de su fortaleza pero todo ello ha sido corroído por un sistema de vida antinatural y anticristiano: el matrimonio ha ido derivando hacia una mera comunidad biológica, incluso a veces inexistente; el avence del factor económico ha exarcebado el carácter contractual de la institución, en desmedro de los sentimientos; múltiples factores de orden económico, social, biológico y espiritual determinan la disminución del promedio de natalidad; los hijos tienden a separarse de la familia de origen al casarse; el adulterio y el divorcio asestan golpes terribles a la unidad y continuidad del matrimonio. Toda la estructura de la familia se ve así sacudida por gérmenes disolutivos.

La causa formal, la que dirige la vida de la familia, es la autoridad familiar; investida en el padre como jefe absoluto de ella, y delegada eventualmente en la madre, significa el principio que in-

roducen el orden en el grupo, para orientarlo a sus fines; la salud, la moral, la educación, el bienestar, son los puntales de la felicidad que derivan de ese principio de autoridad. Pero también todo eso va en vías de disolverse: el hombre, anulado por regímenes de vida que desmedran la personalidad, pierde paulatinamente la autoridad, traicionando su vocación de mando; incluso su energía biológica se vé perjudicada por un estilo de vida que lo aproxima a la mujer, con pérdida de su virilidad; la mujer, lanzada al trabajo en la calle, que es la aberración más grande del mundo. pierde al mismo tiempo el respeto por su esposo y la autoridad sobre sus hijos; el médico de la familia y el sacerdote, verdaderos órganos de equilibrio y arbitraje familiar en la antigüedad, han desaparecido totalmente de la escena. De esta manera la familia, cada vez más chica y desunida, marchará sin rumbo y sin gobierno.

La causa final, por último, es de extraordinaria importancia por que define las funciones y fines de la familia: ellos son la procreación y educación de los hijos, la ayuda y consuelo mutuo; esto involucra una labor de enorme magnitud espiritual y material, por que la familia es el grupo creador por excelencia; ella es evidentemente la primera asociación del hombre, y desde su ámbito debe irradiar una acción amplia y formativa del individuo y los núcleos intermedios de la sociedad hasta llegar a su organización jurídica, que es el Estado; se desenvuelve en el plano privado de los grupos sociales, de donde puede fomentarse el individualismo y la personalidad, mediante la posibilitación económica y espiritual del ser humano; además es célula formativa de la nación, por que en cada familia alienta un sentimiento de patria que se extiende luego a la colectividad. De manera que ella comparte la responsabilidad de cultura frente a la historia, que es juez supremo de la humanidad.

Pero en la hora actual un cúmulo de factores conspira para la no consecución de su elevado objetivo: a más de los gérmenes disolutivos de orden social y espiritual que ya se han estudiado, y que actúan sobre el orden de causalidad de la familia, hay profundas brechas en ella de carácter económico y político.

En este sentido la gravitación de la familia tiene estrecha relación con otras instituciones, fundamentalmente la ciudad, el municipio y el derecho de propiedad.

Es clásica la definición de Aristóteles: "la ciudad es la colonia natural de la *familia*"; el insigne pensador griego la considera como una asociación de seres semejantes que tiene por objeto la perfectibilidad de la vida. Además viene al caso recordar aquí los conceptos del Dr. Pichon-Riviere ("Medida Política del Hombre"): la persona humana solo alcanza su plenitud en un núcleo donde pueda encontrar todos los elementos necesarios para la actualización de sus potencias.

De manera que eso es la ciudad: agrupación de familias con un programa de vida en común, para posibilitar el desarrollo material y espiritual del individuo. De allí que requiera para el cumplimiento de sus fines condiciones determinadas, entre las cuales merecen destacarse: tamaño equilibrado, margen de autosuficiencia, unión e irradiación educativa. Pero la ciudad ha ido perdiendo esas condiciones, por lo que ya no puede cumplir su finalidad: su extensión desproporcionada ha producido una desviación patológica, que es la urbe, definida por el hacinamiento; ha perdido toda autonomía en el orden político, económico y social; ha engendrado un cúmulo de fuerzas evasivas contra la pedagogía; y por último ha desaparecido la unión, que significaba conocimiento, afinidad y amistad.

Similares consideraciones pueden hacerse con respecto

al municipio, que es la forma política-jurídica de la ciudad.

Y en cuanto a la propiedad, ha sufrido un serio menoscabo en la época moderna: la proliferación de teorías de fondo socialista o comunista han llevado incluso a la negación del derecho de propiedad, en aras de una igualdad absurda, por que implica una nivelación por abajo: en lugar de fomentar el acceso a ella de todos, hay quien propugna su eliminación o socialización. Aberración tremenda, por que es la representación de las ilusiones humanas; la propiedad es el motor de la lucha, en la finalidad de ser feliz; el derecho a poseer es la retribución única y verdadera del esfuerzo, y un derecho inalienable de la humanidad. Por eso sólo debe admitirse su limitación cuando esté orientada a cumplir una función social o evitar la concentración antieconómica.

Dentro de estos párrafos creo haber destacado la extraordinaria importancia de la familia, así como sus posibilidades y problemas frente a la crisis moderna. Por ello propugno una acción nacional efectiva, tendiente a la recuperación y revaloración de esta institución sagrada, como base de un programa de reactivación cultural.

Al respecto pueden concretarse numerosas medidas en el sentido siguiente:

- 1°): incrementar los sobresalarios, primas y demás adicionales por matrimonio.
- 2°): aumentar las deducciones y exenciones impositivas para contribuyentes casados.
- 3°): introducir diferenciaciones en los montos de beneficios de leyes sociales, con relación al estado civil de las personas.
- 4°): fomentar mediante exenciones y créditos la adquisición o construcción de viviendas de bloque familiar, que permitan agruparse al

los hijos alrededor de los padres.

- 5°): reprimir severamente el adulterio.
- 6°): desterrar el concubinato facilitando la legalización de los matrimonios de hecho.
- 7°): Fomentar la natalidad mediante subsidios, sobresalarios y presta-  
ciones sociales.
- 8°): controlar rigurosamente la aplicación del divorcio para evitar su  
influencia disolutiva y el relajamiento del matrimonio.
- 9°): promover la ocupación doméstica de la mujer, mediante la obtención  
de un nivel económico de la familia que le permita abstenerse de  
trabajar fuera de su hogar.
- 10°): reforzar el sentido de mando del jefe de la familia, dándole inter-  
vención directa en el sistema político, fundamentalmente municipal.
- 11°): eliminar el hacinamiento de las ciudades mediante: supresión de los  
inquilinos, control de la propiedad horizontal; llevar al máximo  
los requisitos de seguridad, higiene, tamaño y estética de la vi-  
vienda urbana.
- 12°): fomentar la inmigración de familias enteras.
- 13°): fomentar en todo aspecto el acceso a la propiedad: mediante la dig  
tribución de tierras, créditos de fomento inmobiliario, represión  
del latifundio, etc.
- 14°): fomento de la radicación rural mediante: descentralización de las  
oficinas públicas, facilitación del transporte, difusión cultural  
en el interior del país, descentralización de industrias, etc.
- 15°): detener y corregir por todos los medios el éxodo rural, fomentando  
la explotación agropecuaria y la colonización.

La escuela:

Es el grupo pedagógico de la sociedad, que desempeña una misión fundamental dentro de ella: tal misión consiste en forma amplia, en la actualización de las potencias individuales, posibilitando el desarrollo de la personalidad y el espíritu. De allí su íntima conexión con la capacidad cultural de los pueblos.

Presenta carácter natural o necesario y conformación orgánica; actúa también en el plano privado de la sociedad, como la familia, compartiendo con ella la responsabilidad de la educación; y es además el intermediario natural entre la familia, célula primaria de la sociedad, y el Estado, que es la superestructura de ella para su ordenación jurídica.

La escuela comprende todos los ámbitos de la vida común de los cuales pueda emanar una enseñanza sistemática; y su organización jerárquica comprende tres graduaciones: primaria, media y superior.

La enseñanza primaria tiene por objeto dotar al hombre del nivel mínimo de conocimientos que le permitan desenvolverse en la vida común sin arrastrar un lastre de inferioridad. La enseñanza media significa ya un avance en los conocimientos, como proceso preparatorio para una posterior y eventual especialización de actividades. Por último la enseñanza superior tiende a la posibilitación del individuo para las profesiones intelectuales y la función dirigente, mediante un proceso de selección.

La enseñanza primaria significa entonces preparación para la vida y no presenta mayores objeciones en cuanto a su organización en el país; hay que seguir creando escuelas para alcanzar el ideal de Sarmiento, y hay que regular la enseñanza histórica en ellas, que es uno de los elementos formativos de máxima importancia, De manera que se incul-

que el amor al pasado, el respeto a la tradición y a la evolución nacional; evitar el fanatismo en los juicios, exaltar los arquetipos, y conservar la exacta dimensión histórica de los sucesos. Uno de los defectos de la política argentina ha sido siempre el de comprimir la historia sumiendo en la obscuridad, el insulto o la indiferencia a los periodos en los cuales los gobiernos no compartían un modo determinado de ver las cosas. Además debe establecerse todos los medios de crear una conciencia de grandeza futura del país, de manera que cada uno se considere invitado, participe y adherente a la empresa común de la consecución de un destino.

La enseñanza media implica ya una especialización, o por lo menos una tentativa de selección para ella; quienes han recibido ya la educación primaria, encuentran en la secundaria un verdadero filtro de capacidades y una investigación de sus aptitudes. De allí las dos funciones esenciales de la enseñanza media: primeramente debe seleccionar a los aspirantes a enfrentar ya sea la enseñanza superior o el desempeño de una determinada actividad; en segundo término, y ello es fundamental, debe de investigar la vocación de los estudiantes. Esto es importantísimo, por <sup>que</sup> la razón principal del fracaso de muchos, la declinación de las profesiones, la falta de dirigentes, etc., son algunos de los males numerosos que engendra el error en la elección del estudio.

Por eso propugno la reforma del sistema educativo en el sentido de dar preeminencia al elemento vocacional, cuya importancia ha sido perfectamente definida por Dr. Pichon-Riviere: la <sup>el</sup> vocación es un valor social. Es entonces una potencia latente, dirigida a la consecución de un objetivo que se traduce por el desempeño de una función social acorde con la voluntad personal. Por eso se requiere introducir una modificación en la organización de la escuela secundaria, de manera que los primeros estudios se dediquen exclusivamente a ubicar exactamente

la verdadera fuerza vocacional del estudiante. Recién después de ello puede iniciarse una primera especialización.

Por último, la enseñanza superior debe realizar la efectiva especialización profesional y la preparación de la mentalidad dirigente, para el desempeño de las labores de estado, no debe olvidarse aquí los conceptos de Ortega y Gasset ("El Libro de las Misiones"): la difusión de la cultura y la enseñanza profesional tienen preponderancia sobre la investigación científica. Además debe tratarse por todos los medios de reformar el sistema universitario en forma que permita un mayor acercamiento entre el alumno y el profesor, en un régimen de libertad. Estas son a grandes rasgos la importancia y la función de la escuela como grupo social pedagógico. Algunas de las medidas a adoptar dentro de los lineamientos vistos, son:

- 1°): acortar el ciclo de enseñanza primaria, centralizando los conocimientos indispensables sin entrar a especialización ninguna; reformar los cursos de historia e instrucción política y social.
- 2°): iniciar la enseñanza media con un curso de investigación vocacional, donde se explique los lineamientos de todas las asignaturas, buscando descubrir las aptitudes y gustos de cada estudiante. Después efectuar un curso básico uniforme para todas las escuelas, y luego realizar una cierta especialización en los años restantes, esto ya en escuelas diferenciadas (comercial, industrial, normal, etc.)
- 3°): reorganizar la enseñanza superior uniformando y equiparando las carreras; centralizando los conocimientos; fomentando la mayor concurrencia del alumno a las universidades y su acercamiento a los profesores.
- 4°): propugnar el acceso de los egresados a las tareas de gobierno.
- 5°): estricta reglamentación de las profesiones y oficios evitando la

competencia desleal, y dándoles sentido funcional en la sociedad.

6°): difusión de la creación de escuelas femeninas, donde se prepare a la mujer para las tareas acordes con su dignidad; fundamentalmente las referentes a la administración del hogar, la enseñanza, la maternidad y la asistencia médica. Es decir, todas aquellas donde se exalte la diferencias de sexo y las virtudes específicamente femeninas.

7°): difusión y posibilitación de la enseñanza familiar; la familia debe ser la primer escuela del hombre, en el orden cronológico y valorativo, y sobre todo respecto a su formación moral, económica y religiosa.

#### La empresa:

Este es el grupo económico de la sociedad, con miras a la producción, base de la subsistencia. Se define como la totalidad social organizada mediante la combinación de los factores de la producción (naturaleza, trabajo y capital) con el fin de la obtención de bienes.

Su organización distingue tres aspectos fundamentales: económico, técnico y social; los dos primeros están referidos al fin y a los medios de lograrlo, con características que son entonces eminentemente materiales; el tercero, en cambio, conforma a la empresa como medio ambiente donde se reúnen distintos tipos humanos que, aportando su modo de comportamiento propio, ordenándose de acuerdo a un principio de jerarquía que los orienta hacia un fin común, que es la producción. Por eso, según el Dr. Miguens, hay en la empresa materialidad y tensión vital ("Introducción a una Sociología de la Empresa Industrial").

En cuanto a la estructura de la empresa, distingúense dos aspectos: el interno y el externo; el primero afecta a los órganos de go-

bierno del grupo; el segundo a las formas de propiedad y a las relaciones con la sociedad circundante.

En el primer sentido se plantea un problema de suma trascendencia, por cuanto se trata de hallar un principio de equilibrio entre los tipos sociales que la constituyen; en los tiempos modernos, y desde la revolución industrial, la empresa ha vivido perpetuamente bajo el signo de la oposición entre patronos y obreros; oposición que ha trascendido de tal manera al orden social, que derivó en luchas clasistas, reacciones políticas y conmociones económicas. Es que la empresa varió fundamentalmente de carácter después de la Edad Media; hasta ella coexistía, junto a una rígida estructura de subordinación, un basamento firme de comunidad de intereses: el obrero era propietario de sus herramientas y tenía una posibilidad casi automática de llegar a ser patrón o maestro; las organizaciones profesionales, cerradas pero eficientes, lograron ser un principio unitivo y reglamentador que defendía la calidad, controlaba el trabajo y diferenciaba las aptitudes. Pero después todo ello se trastocó: desaparecen las corporaciones; la cantidad reemplaza a la calidad; el obrero pierde la propiedad de sus herramientas, por que las máquinas ya no están a su alcance; hay una nivelación de aptitudes que desmoraliza al trabajo; y en definitiva, la empresa se vuelve un organismo de mera subordinación y oposición, cuando nó de explotación social; debe de intervenir el estado, y aunque logre éxito en su protección, resta a la misma dos principios medulares: eficiencia y libertad.

En el segundo aspecto, la empresa ha evolucionado hacia formas de propiedad tremendamente anormales, por que significan mecanización, despersonalización y materialización absoluta; por obra de un progreso técnico sin límites, se requirieron concentraciones extraordinarias de

capital, que culminaron en el engendro moderno de las sociedades anónimas. La propiedad de la empresa -elemento fundamental de acción humana, personal y valorativa- se va diluyendo y alejando, hasta llegar a esa creación monstruosa donde se ignora quienes son los dueños de la empresa. La producción se realiza al máximo de eficiencia técnica, pero avasallando todo principio humano, en una escala interminable de jerarquías y desconocimiento que suprimen de raíz el factor personal.

De donde quedan planteados -derivación inevitable de esos defectos estructurales- algunos problemas de tremenda gravitación en la vida nacional, y que pueden caracterizarse así:

- a): disociación interna de la empresa, por la falta de comunidad de intereses en sus componentes (falta de colaboración).
- b): disociación social de la empresa, por la falta de colaboración del grupo con respecto a la vida colectiva y a la sociedad en general (falta de humanidad).

Las principales medidas que pueden intentarse para la solución de esos problemas son:

- 1°): promover el acceso del obrero a la propiedad de las herramientas; puede probarse un régimen crediticio que permita la adquisición de las máquinas por los trabajadores, aún cuando ellas queden en custodia en las fábricas. De ese modo se obtendría una mayor eficiencia en el trabajo, máximo cuidado de las herramientas, mayor especialización y despreocupación del empresario en ese aspecto.
- 2°): establecer regímenes de remuneración que contemplen perfectamente la diferenciación de aptitudes para la producción. Los salarios básicos y uniformes deben ser solamente niveles mínimos, atendiendo la estricta subsistencia del obrero. Por encima de ellos, las remuneraciones deben ajustarse con exactitud a la capacidad, pro-

ductividad e inteligencia del trabajador.

- 3°): implantar en general el sistema de primas a la producción, como me dio de fomento de la productividad.
- 4°): establecer universalmente el régimen de participación en las utili dades.
- 5°): dejar librada la fijación de los salarios mínimos a los organismos locales (esencialmente municipales) con la concurrencia de comisiones paritarias arbitradas por ellos. Podrán contemplar de esa manera las diferencias en el nivel de vida y en las empresas, con relación a las características regionales.
- 6°): proceder en la misma forma con respecto a los precios máximos.
- 7°): limitar la facultades de las asociaciones profesionales patronales y obreras, a la defensa real de sus miembros. SU ingerencia en el sistema de precios y salarios debe ser solamente indirecta, a través de las comisiones paritarias auxiliares a que se ha hecho referencia anteriormente. Debe en cambio retornarse a la preeminencia de la defensa de la calidad y la asistencia social como objetivos fundamentales de tales asociaciones, recordando el tipo de las cofradías medievales. En el mismo sentido debe limitarse la influencia política de estos grupos, por que deriva siempre en exclusivismo y polémicas clasistas.
- 8°): fomentar el establecimiento de empresas competitivas, particulares y del Estado.
- 9°): fomentar la confección de planes de trabajo con miras al progreso nacional, y con intervención en ellos de todos los sectores de la empresa.
- 10°): propulsar el equilibrio de los estímulos emocionales con relación

a los racionales y financieros, en la remuneración del trabajo.

- 11°): represión de monopolios y toda forma de uniones o concentraciones antieconómicas.
- 12°): introducción del estudio sociológico-económico en los órganos directivos de la empresa, para contrabalancear el auge de los técnicos.
- 13°): regular la estabilidad de los procesos de producción, reprimiendo o trabando los avances desenfrenados de la técnica, que conducen a la rutina del progreso y producen hondas conmociones económico-sociales.
- 14°): promover la disminución del tamaño de las empresas, en busca de mayor humanización y eficiencia.
- 15°): fomentar el accionariado obrero, de manera de hacer coincidir el interés del trabajador con el del empresario.
- 16°): impulsar el desarrollo de la producción familiar y cooperativista, como medio de equilibrio de las empresa y del mercado.
- 17°): difundir ampliamente el establecimiento de cursos de aprendizaje profesional. Con ello se obtienen ventajas de orden económico y social imponderables: mayor producción y mejor calidad en el primer aspecto; capacitación y humanización en el segundo.
- 18°): máxima difusión de manifestaciones culturales, artísticas y deportivas dentro y organizadas por la empresa. De esta manera, al mismo tiempo que se acentúan la comodidad de los núcleos componentes de ella, se humaniza ésta al trascender a la vida de los grupos sociales que la circundan.

#### La clase social:

Es uno de los llamados cuadros sociales intermedios, por que

se escalonan entre la familia y el Estado, que en su carácter de sociedades naturales necesarias representan los cuadros extremos del ordenamiento social. La clase social presenta carácter anorgánico (comunidad) y de constitución útil, definiéndose con el grupo de personas que poseen el mismo conjunto de elementos distintivos dentro de la sociedad, en el orden interno y exterior.

En el primer aspecto hay siempre una educación y una mentalidad de clase; en el segundo, una condición económica, una ocupación y un género de vida específicos.

El origen de las clases sociales tiene justificación natural, lógica e histórica: la diversidad de aptitudes personales, ya sean innatas o producto de la educación, se traduce en la diversidad en el desempeño de funciones sociales; y ésta a su vez configura paulatinamente diferencias espirituales que se traducen o materializan en el régimen de vida, acorde con la mentalidad.

Por eso es innegable e inevitable la existencia de clases sociales escalonadas: popular, media y superior. Todas tienen el mismo principio unitivo: la solidaridad por similitud, manifestada estáticamente en la posición social.

Cada una de estas clases desempeña como decimos una función social, aportando sus caracteres al todo: la clase popular aporta el trabajo material, la energética productora que permite la satisfacción de las necesidades primarias mediante la producción de bienes; la clase superior aporta su potencialidad material y espíritu aristocrático; la clase media logra el equilibrio social mediante la ordenación de las profesiones intelectuales, la preparación de dirigentes y la satisfacción de necesidades espirituales.

Se imponen desde ya la coexistencia pacífica, la colaboración, la movilidad y la jerarquía como pilares del sistema:

La coexistencia pacífica debe lograrse mediante una virtud esencial que es la concordia, apoyada en dos soportes: justicia y comprensión; la primera implica la satisfacción de las necesidades primarias con comodidad, de manera de obtener un nivel de vida compatible con la dignidad humana; la segunda significa aceptación de la desigualdad, conformidad y pugna por lograr el ascenso con medios leales y auténticos. Es lógico que deben seguir el orden expuesto de consecución, por que la miseria material no permite elevaciones del espíritu. De allí que el intervencionismo protector del estado tenga plena justificación y un límite: la posibilitación del individuo para elevarse solo con posterioridad, que significa el rechazo de la igualación forzada.

La colaboración viene inmediatamente después de lograda la coexistencia pacífica, e implica el conocimiento de la responsabilidad en el desempeño de la función social respectiva; es por otra parte, escalón indispensable para posibilitar el ascenso.

La movilidad es el supuesto necesario una vez logrados los dos primeros, y significa esencialmente posibilidad de ascender en la escala social. Aquí tiene reservada el Estado una función importantísima, como es la de atender a que esa posibilidad se haga efectiva; ello implica alcanzar en primer término, el nivel económico y espiritual de la clase inmediata; luego, lograr la asimilación en ella.

Por último este sistema exige evidentemente una jerarquía, que está determinada por el espíritu y la mentalidad; el espíritu aristocrático está por encima del espíritu burgués; la mentalidad dirigente está por encima de la mentalidad común. Y las formas más elevadas del

espíritu y la mente son las que deben ejercer al gobierno. Es siempre necesario recordar que la autoridad es el principio que impone el orden, aparejando el desempeño de una función social específica, sin que ello signifique injusticia aunque sí desigualdad.

Por eso declaro que las clases sociales son un fenómeno indiscutible, natural y útil, implicando desde ya una jerarquía como función de la personalidad. Pero también declaro la movilidad de las clases, condicionada y sujeta a la elevación espiritual. No puede negarse la posición por herencia o tradición, que es el abolengo. Pero tanto el que pertenece a una clase por él, como el que logró el advenimiento a ella, deben demostrar constantemente su capacidad espiritual, que es el derecho a la permanencia.

La República Argentina ha salido actualmente de un proceso de reivindicación clasista; nuestro país no escapó a las repercusiones de la cuestión social, y las masas olvidadas por el error liberalista acudieron al estado buscando solución. Este realizó el impulso; pero la Argentina tiene que atender en el futuro al reajuste social en todas sus fibras. Todas las reacciones, aún cuando indispensables, requieren luego una revisión de principios, un cambio de orientación definitivo que ajuste los valores sociales a su dimensión verdadera.

Esa será la única manera de lograr en la realidad la unión nacional, la comunidad de esfuerzos para la consecución de un destino venturoso.

Aquí no puedo proponer soluciones, por lo menos directa o específicamente referidas a la clase social. Todas las medidas propuestas en el orden político, económico y social, cuando estén alentadas por un espíritu verdaderamente auténtico, operarán por sí solas las modificaciones estructurales necesarias para obtener las características expuestas.

## La profesión:

Constituye junto a la clase social los ya mencionados cuadros intermedios y por lo tanto, valen para ella todas las características anteriormente descriptas.

También hay aquí una justificación amplia de las profesiones, incluso en el orden económico: por su voluntad, su vocación, su habilidad o por obra de las circunstancias, cada individuo se vé impelido a realizar una actividad específica, de donde surge el principio económico de especialización, o división del trabajo; de allí que se formen sectores de sociedad constituídos por hombres que se dedican a la misma tarea, que es una función social y un medio de vida al mismo tiempo.

Por eso en la profesión el principio unitivo es la comunidad de intereses, manifestada dinámicamente en la actividad profesional específica.

De lo expuesto surge la trascendencia de la profesión en el aspecto interno y externo; en el primero, el carácter competitivo de la tarea exige la reglamentación de las prestaciones; en el segundo, la importancia de la continuidad en el trabajo requiere fijar posiciones precisas del individuo frente a la vida colectiva. De manera que se necesita imponer normas legales y morales para encauzar el desempeño adecuado de cada profesión.

Por otra parte, la natural tendencia del hombre a agruparse y la necesidad de defensa de sus intereses, fundamenta el derecho de asociación, que es la facultad de unir la actividad propia a la de los semejantes para conseguir un fin determinado de bienestar. Y aplicado este derecho al ámbito de la profesión, surge la organización de las

asociaciones profesionales, de enorme gravitación en la vida política moderna.

Elas presentan carácter orgánico y estructurado, con relación a la profesión en sí, que es una comunidad. Y su sanción legal por el Estado en la época moderna, les da amplia trascendencia en el orden económico, político y social.

Comprenden diferenciaciones horizontales (patronales-obreras) y estructuras verticales (federaciones, etc.) que se escalonan hasta tocar el campo de la esfera política del país.

Se iniciaron históricamente en Roma, alcanzando sin embargo singular brillo en la Edad Media con los gremios o corporaciones. Si bien actuaron en un medio económico poco desarrollado, que permitió determinadas características definidas, la verdad es que pudieron ejercer una función útil al controlar el trabajo y su calidad, protegiendo además al obrero pese a tratarse de asociaciones patronales.

Graduaron una escala de capacidad (aprendiz, oficial y maestro) y posibilitaron el ascenso, aunque lento, de una categoría a otra por el esfuerzo y la demostración de capacidad. Tuvieron además honda repercusión en el orden social, asistencial y religioso.

Pero la Revolución Francesa aceleró la descomposición del sistema, con un principio erróneo cual fué la prohibición de asociarse. Y después la Revolución Industrial operó la explotación del obrero, ya desamparado por aquel suceso. Entonces se produce la reivindicación clasista violenta, y toman repentino auge las asociaciones profesionales obreras (sindicatos) que llevan el problema al ámbito político; después también, aunque con menor virulencia, los empresarios e independientes van constituyendo a su vez organizaciones de defensa.

Lo malo de todo ello es que las asociaciones profesionales realizan una labor exclusivista y de clase, que acarrea inevitablemente conflictos económicos cuando nó políticos. Su subordinación o su ingerencia en el Estado son igualmente desaconsejables, por que las alejan de su misión específica, que es la mera defensa de la profesión.

Por eso en cuanto se supera la etapa de reacción, como ya ha sucedido en la Argentina, debe reestructurarse el sistema para adecuarlo a una nueva etapa de colaboración económica y trascendencia social, alejada prudentemente de la política. Esta, en cuanto significa poder de mando, debe simplemente controlar y posibilitar el juego armónico de esas instituciones, dentro del marco de estricta justicia.

Algunas de las medidas como puede arribarse a ello son:

- 1°): reglamentación igualitaria y mesurada de las asociaciones obreras, patronales y de trabajadores independientes; los principios básicos son: eliminación del exceso de facultades, supresión en lo posible de la intervención estatal, y asociación libre y facultativa.
- 2°): eliminación de la intervención política directa de las asociaciones profesionales.
- 3°): refuerzo de las funciones sociales a cargo de las mismas; puede incluso probarse la delegación parcial de facultades asistenciales en ellas, por parte del Estado; asimismo, la realización y organización de actividades de orden artístico, cultural y deportivo.
- 4°): reglamentación de la intervención económica con carácter regional. Ellas pueden intervenir, como se expresó en párrafos anteriores,

como órganos de asesoramiento de las comunas para la fijación de precios y salarios, formando comisiones paritarias.

- 5°): promoción de la colaboración y vinculación estrecha entre los tres tipos de asociaciones; en el orden público, mediante la consulta del Estado en los casos de planificaciones o todo programa de gobierno de carácter excepcional; en el orden privado, mediante la confección de planes conjuntos en las empresas, supervisados con intervención de los diversos núcleos que la constituyen.
- 6°): encomendar a las asociaciones profesionales, dentro de normas estrictas de mesura y libertad, el control de la calidad de la producción de bienes y servicios.
- 7°): prohibición de huelgas, lock-outs, y toda otra manifestación colectiva que perjudique la producción y el ritmo de vida del país.
- 8°): aplicación elástica y regulada de las leyes sociales, para evitar que se transformen en medios de especulación.

#### El estado:

Es la expresión máxima de la sociedad y está situado en el extremo superior de un esquema organizativo de la vida colectiva, cuyo punto inicial se halla radicado en la familia. Sobre los cimientos de ésta, la educación -representada en la escuela- realiza la organización de la ciudad, la empresa, la clase social y la profesión para constituir un estado, siempre en el cauce de unidad que configure la existencia de una nación.

Definida ésta como la comunidad de hombres unida por determinados vínculos de afinidad, se transforma en estado cuando se le adiciona un principio organizativo que se apoya en dos pilares: el poder y el derecho. El primero es la médula del proceso, por que es el factor

que impulsa la formación de los estados a través de una vocación de orden biológico-espiritual (ímpetu de mando y afán de cultura). El segundo es el elemento que realiza el ordenamiento en base a la vocación de poder.

De ello surge como resultado un principio de autoridad que se expresa en el ámbito universal por el concepto de soberanía, que es la capacidad de decidir y obrar de la nación.

Por eso el estado es una sociedad perfecta, ya que tiene en sí todos los medios para alcanzar su fin, que es la defensa de los derechos y la promoción de los intereses de la comunidad. Por eso se define como la superestructura de la sociedad que mediante la ordenación jurídica de la vocación de poder, satisface las funciones del grupo, concretándose en las formas de gobierno.

De allí la extraordinaria importancia de este grupo social que se desenvuelve en el plano público y eminentemente político de la sociedad en general. Pero su gravitación en la vida colectiva exige una limitación surgida de las propias características de su origen: porque el estado no es una institución preexistente, sino una creación del hombre, de índole contractual por más elevada que sea.

Así se define en los conceptos de Renán ("plebiscito cotidiano") y así lo considera también Ortega y Gasset: el Estado es una obra de imaginación absoluta; es una invitación que un grupo de hombres hace a otros para ejecutar juntos una empresa; es decir, organizar un cierto tipo de vida común.

De tal manera, el estado es una superestructura creada para servir al individuo, y su causa final es el bien común. Por lo tanto si esa estructura ahoga y aplasta al individuo, está desvirtuando su finalidad.

En base a lo expuesto se infiere que si el Estado es perenne, el estatismo debe ser corregido; el estatismo significa la concepción que conduce a la ingerencia total del estado en la vida colectiva; que se traduce siempre en la anulación de la personalidad, por que reemplaza a la valoración de ésta por las instituciones, la ley y la reglamentación integral, que son fuentes de materialización de la vida.

Aquí tampoco puedo enunciar soluciones, por que se trata de reestructurar todo un régimen de vida y una concepción arraigada. Es necesario que el estatismo realice su propio sacrificio, devolviendo paulatinamente a la persona todo aquello que debió quitarle cuando el individuo se entregó al desenfreno del liberalismo; debe cumplir esa tarea difícil y meritoria, cual es impulsar su propio retorno al nivel de su actuación auténtica. Y por la aplicación paulatina de las medidas cuyos lineamientos generales creo haber podido enunciar, se irán operando las reacciones que al reconstruir el valor de la personalidad permitan el desplazamiento de la gravitación del Estado hacia el individuo, como eje de la vida común.

Con la salvedad de que ello deberá orientarse siempre dentro del cauce de autenticidad que impone la forma típica e histórica de vida del grupo; el estilo nacional.

Para lograr este objetivo, la República Argentina debe impulsar por todos los medios la valorización del espíritu, que se traduzca *La actual*, es crisis de hombres, no de recursos. *en hechos.*

Entonces, entre otras condiciones, deberá obtenerse:

- 1°): la formación de una conciencia nacional orientada a la realización de esa empresa.
- 2°): la possibilitación del individuo para que un proceso de dialéctica vital, utilizando medios nobles, cumpla una tarea de selección de valores personales para aplicarlos al comando de la nación.

- 3°): el equilibrio de los grupos sociales para llegar a la unidad de esfuerzos.
- 4°): el afianzamiento de la responsabilidad, que requiere la función social como fin y la libertad como medio.
- 5°): la formación de conductores mediante la revaloración de la jefatura, que exige idoneidad técnica, espíritu justo y aptitud de mando.
- 6°): la adopción, como norma general de conducta, del respeto al pasado, a la tradición y a los arquetipos nacionales; es decir, el culto del estilo nacional cuya forma y expresión están dados en la historia.
- 7°): la consecución de un nivel de cultura política que permita la autosujección del individuo, compatible con la libertad. Debe finalmente triunfar la ética sobre la represión violenta, alcanzando una estima de la propia personalidad, basada en la responsabilidad interior frente al espíritu y exterior frente a la función desempeñada.

Esto es fundamental por que es lo que le falta a todos los países hispanoamericanos: cultura política; espíritu aristocrático en las palabras del Dr. Pichon-Riviere; virtud política en las concepciones de Montesquieu.

Recién entonces ellos tendrán, y Argentina también, la posibilidad de alcanzar una cultura superior de irradiación universal.

#### La Iglesia:

Representa la cumbre de la estructura social y de la síntesis evolutiva de la misma. Tiene carácter orgánico (sociedad) y actúa en el plano superior de la vida colectiva, coronando la superposición jerárquica de las sociedades naturales.

Su función es de extraordinaria importancia por que representa un factor de formación espiritual de primer orden. Comparte con la escuela y la familia la responsabilidad de la educación, y establece juntamente con la moral y el derecho, normas de sujeción del individuo.

La Iglesia tuvo en la antigüedad una trascendencia enorme como elemento regulador de la vida colectiva: su influencia alcanzó no sólo el campo sobrenatural sino también el temporal, impartiendo normas políticas al mundo en su carácter de única agrupación fuerte y de alcance universal. En un sistema carente de estados centralizados, la Iglesia configuraba la única potencia real y efectiva, fué árbitro de los sucesos mundiales y armó el brazo de muchas empresas, que modificaron la fisonomía del mundo con el emblema de la fé.

Además desempeñó un papel importantísimo en el orden cultural, impulsando y conservando los valores más elevados de la humanidad en los momentos más difíciles para ésta.

Pero hoy ha decaído totalmente, por lo menos la católica. Frente a la crisis materialista no encontró los medios adecuados para combatirla, o no supo hallarlos a su debido tiempo. Mantuvo enhiestos sus viejos principios normativos, sin cuidarse de adecuarlos al momento en que *se* vive; perdió entonces todo contacto con la realidad, retrocediendo constantemente por que se ha estancado en la historia.

Pero pese a todo ello, no puede desconocerle el valor de la Iglesia como grupo social; frente a la gravedad de la crisis, todos los puntos de lucha debe ser habilitados para ese fin. El materialismo se traduce en la técnica en el orden físico, y en el ateísmo en el orden espiritual. Este padece del error de ver solamente en el razonamiento el modo de llegar a la verdad, y de la soberbia de no reconocer la limitación de la capacidad humana para conocer. La religión

tiene un valor extraordinario en el orden pedagógico, espiritual, cultural; y la Iglesia, que es su *corporización*, debe presidir mediante la difusión de la fé el equilibrio y la elevación de todas las realizaciones.

Además nuestro país tiene una tradición eminentemente cristiana, demostrada a través de su evolución histórica. España e Italia, los dos pilares de su formación europeísta, son naciones de profunda fé católica; la conquista, etapa inicial de los sucesos que impulsaron su vocación de poder, se hizo también bajo el signo de la cruz; y los sacerdotes desempeñaron un papel preponderante en la mayoría de las manifestaciones políticas del país.

De allí que la Iglesia, superando sus defectos, debe de contribuir también al logro de un objetivo superior de la nacionalidad. y los valores religiosos deben ocupar un lugar de preeminencia en la escala respectiva, para que orienten y presidan las manifestaciones de la vida de relación.

Estos son a grandes rasgos los caracteres primordiales de las instituciones nacionales, por lo menos de aquellas cuya esencia es fundamental para iniciar un programa de recuperación.

Se requiere entonces que partiendo de la familia, núcleo esencial de la sociedad, se refuerzen los cuadros intermedios -clase y profesión- y se reorganicen la ciudad, el municipio y la empresa, para llegar a la constitución de un estado equilibrado; la escuela debe impulsar esta labor, y la Iglesia debe orientar sus realizaciones, con la Fé.

Las medidas propuestas creo que pueden ser factibles para el logro paulatino del fin perseguido, pero con las siguientes salvedades;

- a): son parciales, desde que he tratado de destacar los puntos que me han parecido sobresalientes de cada institución, sin pretender un enfoque integral de cada una de ellas.
- b): son aisladas, por que considero que pueden ser aplicadas con relativa independencia una de otra, para que ellas no obligue a una revisión total e inmediata del sistema de vida.
- c); son de acción lenta, a manera de inyecciones que promuevan la reactivación de los factores sociales; aspiro que estas medidas tengan energía propia, de forma que una vez aplicadas marchen por sí mismas hacia el cumplimiento de sus fines.
- d): son de impulso estatal, por que requieren siquiera en un principio la acción del estado para ponerlas en actividad. Aquí considero de importancia extraordinaria, el concepto de conducción de la reforma por los órganos de gobierno.
- e); son concretas, en razón de que creo haber definido su intención y dirección. Ello no obstante, requieren lógicamente el toque de preparación final que es tarea específica del político.
- f): son de repercusión económica siempre, de conformidad con las condiciones establecidas al principio de este capítulo. De manera que deben excitar los puntos más interesantes para la vida moderna.
- g): se basan en una visión que supongo integral de la evolución histórico-sociológica de la nación; por lo que creo aceptar el progreso y las orientaciones del presente sin desmedro del pasado auténtico y tradicional, el que ha sido consultado siempre.
- h): son por lo tanto acordes con el estilo nacional; si bien por la simplicidad de algunos conceptos, ellos son de aplicación universal, juzgo que su orientación contempla perfectamente las necesidades y principios específicos de la nacionalidad argentina.

- i): están proyectadas hacia el futuro; por que como decía en un principio no es posible alcanzar resultados a corto plazo, e incluso puede ser que la aplicación misma de algunas de ellas deba ser diferida o anulada.
- j): surgen de mi leal interpretación de los conceptos fundamentales en sociología, basados en mis conocimientos universitarios. He tratado en general de consultar la opinión de los autores, sin renunciar a mis propias ideas; de manera que este ensayo es personal, aunque tengo la esperanza de haberlo encuadrado en la teoría y en la práctica, en la lógica y en la realidad histórica de las cosas.
- h): son medidas de orden material, pese a que puedan tener fines elevados. Su repercusión será meramente institucional, de manera que exigen como condición "sine qua non" la formación de una conciencia unida, de un espíritu nacional que pueda unificar la acción, para la consecución del éxito.

### EL ESPIRITU ARGENTINO:

Ninguna de las medidas enunciadas, aislada o conjuntamente, podrá efectivamente ser eficaz si no se logra simultáneamente la unión, la consolidación del país en cuanto a su espíritu.

Por que la reforma, la recuperación nacional que se ha tenido presente en todo este trabajo, tiene puestas sus miras en la reactivación de la personalidad. El individualismo personalista es el baluarte, el bastión y al mismo tiempo el objetivo de ese programa.

Y el hombre es persona en cuanto es un ente con espíritu, diferente y superior por eso a la animalidad y la naturaleza. Aquí son de un valor extraordinario las concepciones de Max Scheler: el ser meramente psico-físico se transforma en ser espiritual ("persona") desde el mo-

mento en que lo animan ideales, sobre la base de la libertad; entonces tiene conciencia de sí mismo, y utilizando un elemento energético, que es la voluntad, se orienta hacia valores.

De esta manera, en el esquema del gran filósofo alemán, el espíritu es la esencia de la persona, y ésta es el centro activo de aquel. De donde surgen factores de realización que involucran el concepto de personalidad.

Por eso el espíritu es fundamental en el individuo, y debe trascender al conjunto para poder unificar esfuerzos. Ningún pueblo irá a ningún lado en el ámbito de la cultura, si a sus integrantes no los alienta un espíritu común; por que si bien el espíritu es individual, existe también un espíritu colectivo nacido de la comunidad, coincidencia o similitud de los caracteres específicos de cada individuo. Y esa afinidad debe comprender el orden nacional para que sean factibles sus realizaciones con miras a crear una cultura histórica.

Entonces se requiere que la Argentina consiga crear y consolidar un espíritu nacional, educado y orientado al logro de su empresa suprema- la de la patria-entre los conductores de la historia.

Este espíritu podrá llamarse nacional cuando contemple los grandes lineamientos de la historia y la tradición; cuando consulte el tipo medio de vida en el país, su concepción del mundo y de las cosas, sus creencias y convicciones. Es decir, cuando el espíritu sea acorde con el estilo nacional, con el linaje, con los rasgos medulares de la evolución étnico-cultural argentina.

Dentro de lo expuesto hay que propiciar por todos los medios la creación de ese espíritu, considerando esencialmente las condiciones siguientes:

a): autenticidad

b): coherencia

c): elevación

Autenticidad: por que como llama viva del sentir nacional, debe mostrar el alma argentina tal cual es: espontánea, generosa, valiente; sin reservas y sin cortezas endurecidas, que esconden la verdadera personalidad por el temor al ridículo, a las cosas profundas y a las apariencias.

Autenticidad que obliga a respetar el estilo de vida y el estilo del alma de la nacionalidad, plasmados en la historia. En una palabra, obediencia y culto de los sopontes preclaros de la evolución nacional:

Latinismo: es un mensaje y herencia de la Grecia civilizadora, transmitido en una cadena inmortal cuyos eslabones se llamaron Roma, Germania y España. Si el futuro nos autorizara a continuar sus nombres escribiendo el de Argentina, habríamos cumplido un destino y alcanzado una gloria inmarcesible.

Hispanidad: por amor y respeto de la España inmortal, que nos dió el ser en una de las empresas más extraordinarias de la historia. Y que por haberlo hecho ya en la agonía de su gravitación universal, tuvo la esperanza de que su mandato reviviera un día en una de sus creaciones, como sagrado derecho a la continuidad. Además significa hispanoamericanismo, desde que compartimos con un grupo de naciones hermanas, caracteres de afinidad cultural y responsabilidad frente a la sucesión histórica. De donde sólo la unión puede posibilitar la fuerza, la claridad en la elección del camino, alentado por una energía de bloque.

Catolicismo: desde que la gesta que permitió nuestra vida se hizo bajo el emblema de una fe sin límites, que trascendió a los hechos e impulsó a los hombres; y que luego, alcanzada la posibilidad de ser libres, estuvo presente siempre en el desenvolvimiento de la nación y en la convicción de sus componentes.

Coherencia: como supuesto inexorable para la consecución, de los fines perseguidos, y respaldo de la autenticidad. Coherencia que significa unidad de esfuerzos y de convicciones, en un impulso energético creador. Y como sus creaciones representan cultura, la unidad y el esfuerzo resultan sus pilares para poder grabar en ellas el sello de la nacionalidad.

De allí mi inmediata adhesión a los conceptos de Bunge y Ortega y Gasset respectivamente:

América debe llegar a la cultura por el trabajo" (Bunge)

Frente a la vida noble, que es el esfuerzo, está la vida vulgar, que es la inercia (Ortega y Gasset).

Ellos demuestran la necesidad de la unidad y el esfuerzo, en cuanto significan coherencia, para realizar un fin superior. Y esto debe lograrse en nuestra patria al más breve plazo, mediante la supresión absoluta de la política baja y la crítica destructiva, para dar lugar a la comprensión en los hombres, la colaboración en los hechos y la comunidad espiritual.

Elevación: nada se logrará empero si ese espíritu auténtico y coherente carece de miras elevadas con respecto a la nación. De por sí el espíritu individual se orienta hacia escalas de valores, objetivándose en la cultura conforme a las apreciaciones de Hegel. Pero aceptada la existen-

cia de un espíritu colectivo o social - nacional en este caso- no superará las creaciones individuales sino tiene un punto más alto de mira, hacia donde dirigir su energía. Ese punto ha sido individualizado a través de este trabajo, en la posibilidad de llegar a crear una cultura de trascendencia propia en la historia y en el futuro, que lleve impreso el sello de la nacionalidad argentina.

Por eso se requiere elevación, a más autenticidad y coherencia.

Elevación que se obtiene en primer término por la valorización de la personalidad, en su orientación al desempeño de una función específica; en segundo término por la adecuación institucional mediante la democracia auténtica; en tercer lugar por la convicción colectiva mediante la educación (Ortega y Gasset: ideas madres o vivas); por último mediante un proceso integral de selección (Pichon-Riviere: espíritu aristocrático).

De esta manera el país podrá tener una ideal imperial de su destino, como lo enunciara ~~ex~~ Bonifacio Lastra, ("Ubicación de la Política Social Argentina").

Y finalmente el espíritu nacional, dentro de las condiciones dadas, debe de trascender a sus manifestaciones esenciales: lenguaje, literatura, música, arte y aptitudes.

El lenguaje debe ser cultivado y enriquecido, desterrando el lunfardo y los extranjerismo.

La literatura y el arte -cine, teatro, pintura, etc- deben utilizar y difundir los temas nuestros, exaltando la unidad y la elevación de la conciencia, el amor al pasado y a la historia; destacar los rasgos de la evolución nacional y definir sus arquetipos, elevándolos a la admiración y el ejemplo.

La música debe ser elevada y definida en su nivel de autenticidad, adecuándola a su ámbito propio de repercusión. Hay que eliminar

de ella el lenguaje burdo, la bajeza de sentimiento y la tristeza impotente.

Por último las actitudes deben lograr un mínimo nivel de educación social, por la corrección y la espontaneidad. De manera que se demuestre al mundo *la* existencia de un núcleo nacional empeñado en la superación.

### LOS FACTORES DE LA EVOLUCION:

En los párrafos precedentes han quedado enunciados, siquiera de una manera general, los puntos básicos de una acción encaminada a completar la evolución nacional, llevándola al destino soñado.

Ahora volveremos a tomar contacto con los factores de ella, un poco diluidos por los períodos desconcertados de la organización y la crisis, pero latentes siempre en la conformación argentina:

Al principio se ha visto que su presencia es aparente y de extraordinaria gravitación: de allí que en la etapa colonial el factor telúrico y étnico-cultural determinan la formación primaria de la sociedad americana; el primero a través de la influencia de la distancia y la soledad; el segundo por la combinación de razas y culturas.

Su resultado arroja, en los términos que utilizara allí, un orden social desintegrado y una base psicológica inferior.

Pero en una segunda etapa se plasma la llama purificadora de una vocación de poder, que propugna el nacimiento de la nacionalidad; entonces aquellos caracteres quedan sepultados bajo la ráfaga sagrada de la independencia.

A esta sigue el azaroso período de la organización, en la cual toman vuelo otra vez aquellos factores, recrudeciendo algunas de sus características. Sin embargo, el remolino de las circunstancias políticas lo supera todo.

Terminada la anarquía y lograda la organización, la nacionalidad pudo haberse detenido a contemplar y corregir sus defectos. Pero no terminaba de salir de un caos político, cuando iba a caer en otro más profundo y universal: la crisis liberalista. Al conjuro de ésta se produce la negación del pasado y el ~~desconcierto~~ desconcierto como símbolo; la crisis es una crisis de materialización, y por esta vía se entroniza en la vida del país el factor económico, que nunca había sido un determinante en la formación nacional. El estatismo, etapa subsiguiente, no hace sino acentuar su preeminencia, de manera que en la hora presente el toque de atención está dirigido a la lucha contra la materialización y el retorno al pasado auténtico.

Solamente el aporte generoso de otra raza blanca y latina, corporizada en la inmigración italiana, significó una excepción a los caracteres de la crisis nacional; pero lógicamente no pudo tener fuerza de corrección por sí sola, ya que ello requiere la movilización completa de la nacionalidad.

Entonces se impone una rápida visión de la situación de estos factores, para ubicarlos en una posición actual verdadera frente a la necesidad de recuperación:

#### El factor económico:

Su posición ha ~~ya~~ quedado definida en el presente capítulo. Pese a su preeminencia nada puede agregarse a lo ya dicho, por que desde él aunque parezca extraño habrá que iniciar y dirigir la lucha. Todas

las medidas a adoptarse según se ha expresado, tienen contenido económico pero finalidad social. Habrá entonces que llegar, parcialmente y paulatinamente, a la autoeliminación de la preponderancia materialista en la nacionalidad. Hecho que considero perfectamente factible, ya que el país ha alcanzado el grado de suficiencia económica, política y social para ello.

#### El factor telúrico:

Debe considerarse prácticamente superado. Pese a no estar nunca vencido, dadas la extensión y las condiciones geográficas del país, se puede conceptuar como un elemento inerte. Obligará si al respeto de sus características; pero el sistema vital de transportes y comunicaciones de la nación, unido al adelante en todos los órdenes, permite afirmar su superación paulatina.

#### El factor étnico-cultural:

Aquí sí hay un amplio campo de renovación y reforma. Las diferencias de raza y de cultura crean condiciones específicas en cada pueblo, de las cuales no puede apartarse sino en ciertas condiciones y hasta cierto límite, sin traicionar su estilo.

Por eso es innegable todo lo que sea de orden biológico, temperamental, racial, como factor determinante de la historia y de la sociología; ello impone caracteres diferenciadores y grados de jerarquía que no admiten el olvido, y son además útiles para la marcha de la civilización.

Pero yo creo también con Gilberto Freyre, que todo puede ser modificado por el medio social, y que la energía cultural puede superar a los determinismos de raza y de sangre.

La cultura puede modificar esos caracteres, aunque deba respetarlos; la cultura en cuanto es objetivación del espíritu (Hegel), realización de valores (Scheler), suma de facilidades que el hombre crea para afrontar la vida (Ortega y Gasset), puede transformar, orientar, modificar los caracteres de un pueblo. Por que en esto va implícita la noción de progreso; negarlo es negar la superioridad del hombre en la tierra, su posibilidad de modificar la fatalidad, su capacidad de luchar por acercarse a Dios. Por eso los instrumentos materiales y espirituales de la cultura pueden superar esas condiciones, cualquiera sea el elemento condicional que impongan.

Pero, eso sí, tal posibilidad, no carece de límites. La base étnico-cultural se reserva siempre un margen de autenticidad. Solamente hasta un cierto nivel es factible la modificación, y luego debe inclinarse; determinados lineamientos de la nacionalidad no pueden ser alterados por que constituyen el sostenimiento íntimo de ella; su alteración significa el desorden, la traición, el derrumbamiento de la nación y la inmediata inferiorización de sus componentes.

Por eso la dificultad, la limitación, la reserva al progreso; por eso también el fracaso de la técnica pura como elemento cultural.

Y como el nivel de riesgo en el cambio de las condiciones dadas es difícil de individualizar, de allí el peligroso margen de posibilidades de error.

Por eso tenemos inexorablemente que progresar, exaltando las virtudes y corrigiendo los defectos de la nacionalidad, Pero hay que tener cuidado en los medios y en su alcance, para respetar aquel margen, y con ello la existencia auténtica de la sociedad argentina.

De esa manera, en base a este difícil principio de equilibrio, se posibilitará la consecución de la empresa.

Ya se vió en los primeros capítulos que el choque étnico-cultu-  
ral primario arrojó un resultado de inferioridad, tanto en el orden psí-  
cológico como social. Luego se fué modificando a través de la evolución  
nacional, desdibujándose unos caracteres y apareciendo otros, hasta lle-  
gar a la conformación actual.

Señálase que no existen propiamente defectos o virtudes naciona-  
les por que esos caracteres no son privativos de la nacionalidad argen-  
tina; pero sí pueden ser llamados así en cuanto son preponderantes en  
ella.

En el orden psicológico:

Prevalecen siempre los tres caracteres esenciales señalados por  
Bunge: tristeza, pereza y arrogancia. Pero el primero y el último se han  
modificado con el tiempo a partir de la crisis: la tristeza se ha ocul-  
tado en una falsa ligereza de espíritu, en una aparente seguridad e in-  
diferencia por la vida; el argentino rehuye hablar de cosas profundas y  
emplea la broma como arma, como si presa de un complejo de inferioridad  
o timidez quisiera esconderlo de cualquier modo. Pero las manifestacio-  
nes del espíritu lo descubren: la música, tanto urbana como rural, es  
triste; el carnaval, fiesta máxima de la alegría en otros pueblos, es  
aquí una mueca forzada; la literatura y las demás manifestaciones del  
arte son dramáticas o se ocultan tras la comedia grosera. Incluso algu-  
nos tipos sociales como el guarango y el compadre, como lo señala acer-  
tadamente Martínez Estrada, no son sino corporizaciones burlescas del  
desconcierto y la amargura de espíritu.

Esa tristeza tiene profunda raigambre racial, por que fué ca-  
racterística común al español, el indio y el negro. Solamente el italia-  
no pudo ser considerado alegre, pero no bastó su aporte en el complejo

psicológico, y en cambio produjo a veces formas interiores de grosería, tosquedad y fanfarronería.

Hay que transformar entonces esa tristeza oculta en una alegría sana, de pueblo que ha superado las primeras etapas de su evolución y vé la felicidad suprema en la marcha unida hacia un destino que puede ser superior. Yo creo que la nación argentina ha logrado el nivel económico, político y social que permita la realización no ilusoria de esa alegría. Y de esta manera, desapareciendo el desconcierto y la incomodidad, harán desaparecer la ocultación, y las virtudes de la nación podrán ser exhibidas desnudas en toda su plenitud.

El espíritu argentino debe lograr ese triunfo: si ya lo hizo una vez olvidando la inferioridad de la Colonia al conjuro maravilloso de la voz de la revolución de Mayo, debe ahora superar el lastre de la máscara de la crisis, en aras de una empresa de gloria proyectada hacia el futuro.

La arrogancia a su vez se ha desdibujado bastante con respecto al modelo español; la crisis infirió graves heridas al sentido del honor y la nobleza, que permanecieron intactos hasta lograda la organización; por que entre otros, el extranjerismo, el ateísmo y la despersonalización configuran verdaderos renunciamentos a ellos.

Pero con todo, mucho no se ha perdido en este sentido, y la psicología argentina mantiene un campo propicio para el desenvolvimiento de un programa de recuperación. Solamente debe cuidarse, y en ello tiene fundamental importancia la educación, que la arrogancia se limite estrictamente al basamento histórico y al orgullo de emprender un nuevo camino hacia el futuro.

Por último la pereza ha mantenido desdichadamente su importancia, originada en una raíz étnica común. En el español, el negro y el

indio, la pereza fué uno de los rasgos imposibles de desconocer. Toda azarosa etapa de la organización nacional no fué tampoco apta para inculcar una energía de producción; y después la crisis introdujo demasiado gérmenes de descomposición como para corregir el defecto.

Solamente la inmigración italiana aportó su amor al trabajo, modificando a veces substancialmente la psicología nacional; pero su acción no pudo ser tan absoluta como para desterrar del todo ese problema, que permanece hoy en vigencia. Indolencia argentina que se extiende a la acción y al pensamiento, a los hechos y al idioma. En un sentido retarda el progreso al establecer un margen importante entre las realizaciones y las posibilidades de la producción; la ligereza y el despilfarro son acompañantes inexorables de ella. En el otro sentido deja languidecer el espíritu, fomentando el decaimiento de sus manifestaciones más valiosas.

Por eso como lo decía en un principio, se destaca en la historia argentina un tremendo desaprovechamiento de recursos y valores materiales y espirituales. Es necesario que eso no vuelva a ocurrir en el futuro, por que una tentativa de superación como la que se impulsa desde estas páginas, requiere la máxima concentración de los valores efectivos y latentes de la nacionalidad.

De allí la notable precisión de las soluciones de Bunge: estimular la cultura por el trabajo - estimular el trabajo por la alegría. Orden de situación éste que debe ser estrictamente respetado y puesto en práctica, para un objetivo de felicidad común.

A más de estos caracteres primordiales se destacan otros inherentes al tipo psicológico nacional:

a): ligereza: los caracteres psicológicos esenciales y los factores de la evolución nacional han llevado a la superficialidad de la vida y

de las actitudes. Se traduce en la indiferencia hacia todo aquello que escape al ámbito cercano de actuación diaria.

Hay que destruir esa ligereza, difundiendo el interés por las cosas profundas y superiores como instrumento de cultura y mejoramiento de las funciones sociales.

b): imprevisión: este factor como el anterior tiene el origen de su importancia tanto en los rasgos étnicos como en las consecuencias de la crisis: se materializa en el menoscabo de la reflexión, el desconocimiento de todo programa o planificación, la inconstancia y la confianza en el azar.

Hay que destruir igualmente esa característica, para estimular el espíritu de empresa, la valoración del espíritu, la comunidad de esfuerzos y la cultura social.

c): Oscilación: como una reminiscencia de las profundas disequivalencias por que atravesara su evolución, el argentino presenta ese carácter dual que ya ha sido destacado por numerosos autores. Sus reacciones oscilan con movimiento de péndulo, a veces hacia el egoísmo o el temor, a veces hacia el heroísmo o la generosidad. Ello traduce aún una cierta inseguridad de conciencia que es necesario eliminar definitivamente; y nada mejor ni más eficaz que encauzar para ello las conciencias hacia una lucha común: por eso la comunidad de esfuerzos puede lograr ese nivel de seguridad en la psicología argentina.

d): Viveza: es uno de los caracteres conocidos, traducido en una predisposición a la rápida aprehensión de las cosas, en una agilidad psicológica de reacción. Por desgracia se utiliza más como arma de disfraz e indiferencia que como facilidad de cultura; por eso se pierden posibilidades constantemente, creando en su lugar manifestaciones burdas y antipáticas. Si se consigue utilizar en fines elevados esa gran energía del pueblo argentino, se habrán incrementado inso-

pechadamente su impulso y su propia valoración.

e): sentimentalismo: todas las formas exteriores de la psicología nacional no hacen más que encubrir una llamativa blandura de sentimientos, siempre sensibles a cualquier estímulo emocional.

Por eso todas las apariencias de dureza y frialdad no están sustentadas más que en la necesidad de imponer una corteza a la bondad natural.

De manera que observa, en general una singular discrepancia entre los lineamientos profundos y las formas aparentes de la psicología nacional. Discrepancia que es preciso reducir al mínimo como factor de colaboración para crear el espíritu nacional que se propugna. La psicología argentina necesita también de un retorno a la autenticidad, que es una liberación, sobre la base de dos soportes: seguridad, por amor al pasado, confianza en el porvenir, y conciencia del propio valor; alegría, por la consecución paulatina de la felicidad mediante el esfuerzo, y la conciencia de un destino superior.

#### En el orden social:

La evolución histórica determina características sociales, acordes con el complejo psicológico y el medio en que actúan. De allí los principales rasgos de la nacionalidad:

a): desprecio de la ley: una psicología poderosa pero disfrazada, frente al azar de las desequivalencias políticas, impulsa a la negación instintiva de todo ordenamiento ético, ya de por sí común en los pueblos latinos. Pero este carácter conduce desdichadamente a la represión jurídica, las fallas institucionales y la traba de todo programa de unidad.

b): exibicionismo: del alma atormentada por un complejo de inferioridad

nacido de la inadecuación, surge la necesidad de supervalorar las apariencias. De allí que en todos los ámbitos de la vida colectiva se tienda a alzar, mediante la demostración material, una jerarquía o dignidad que se teme no exista en la realidad o no sea conocida. Por ello se impone la necesidad de la modestia como virtud esencial para la vida en común.

c): caudillismo: este es el símbolo de la supervivencia del desequilibrio y de la crisis; pese a sus caracteres vivaces y por gravitación de aquella oscilación psicológica, el argentino padece del defecto de la tergiversación permanente y extremista del principio de autoridad. En unos, los menos, recrudescen el despotismo hispano sin base espiritual, apoyado en la violencia y en la oratoria. En otros, los más, revive una mentalidad gregaria que los impulsa al engaño sistemático y a reacciones dirigidas.

Por eso la falta de cultura política, las revoluciones, la anarquía, la tiranía, la oligarquía y la demagogía. Por eso el fraude electoral y el rencor político en los pueblos americanos, el militarismo y las reacciones fanáticas.

Hasta que no se haya inculcado perfectamente las nociones reales de autoridad y subordinación; hasta que no se conozcan los principios esenciales de la jefatura y la responsabilidad, todos los esfuerzos de superación caminarán tropezando por el sendero de la patria.

d): despilfarro: otro rasgo fundamental de la vida social argentina es la tendencia al derroche, tanto en el orden material como espiritual; en el primero, ha habido un desaprovechamiento gigantesco de los recursos que Dios puso generosamente en esta tierra; es así que la explotación desaprensiva, irracional y antieconómica es un lugar bastante común en la historia nacional. En el segundo aspecto, y pese a la salvedad de que también la crisis influyó mucho en ello, se han

desperdiciado los recursos humanos, espirituales y culturales, empeñados en luchas partidarias o en la defensa de ideales extraños. Todavía es tiempo, pero urge encauzarlos a unos y otros en una sola empresa, que <sup>es</sup> el destino de la nación y la felicidad de todos.

e): culto de la potencia física: originado en la influencia telúrica y en la lucha de la organización de la nacionalidad, todavía se mantiene en el ámbito social una desmedida admiración por las demostraciones de fuerza física como escalón de la jerarquía o el poder. frente a principios seleccionados triunfan las soluciones contundentes, y frente al espíritu superior triunfan las expresiones multitudinarias. Es lógico que ello sea también una consecuencia del materialismo, pero lo real, es que el país parece siempre animado por una mentalidad de cantidades y movimientos, en desmedro de los valores esenciales del espíritu.

Uno de los campos donde más se observa ello es el orden sexual, donde la virilidad física y la posición de la mujer son determinantes de admiración desmedida, en perjuicio de la pedagogía elemental. Es lógico, natural e indispensable el cultivo de las condiciones físicas de un pueblo. Pero de nada sirva si no guardan proporción con su altura de espíritu, con su dimensión cultural.

f): adaptación: pese a todos los defectos ahondados en lo más íntimo de su contextura social, la nacionalidad argentina muestra empero una singular tendencia a la adaptación a las circunstancias. De allí surge una maleabilidad y una ductibilidad que ofrecen un material generoso para la energética cultural, de donde puede ~~kultural~~ contemplarse con optimismo la realización de una empresa nacional. Además se está en presencia de una nación joven y fuerte, fácil de amoldar todavía a las exigencias de su propio destino histórico.

g): culto de la soberanía: por sobre todo los rasgos de su vida colectiva, late en el argentino la concepción de la soberanía, individual y nacional. Elemento fundamental éste en la evolución de la historia, que habla de capacidad para tener existencia libre. Lleva además implícito el culto del valor y el sentimiento de libertad, que refleja arrogantemente en todos sus actos, aún cuando traiga aparejados otros problemas.

Y como ésta es la base de la existencia colectiva, por que en definitiva expresa nobleza y orgullo, puede confiarse en que toda orientación proyectada hacia el futuro se apoyará en terreno firme; si tuviese valor la extraña distinción de Sombart, la Argentina estaría incluída entre los "pueblos heróicos".

Delineados así los caracteres nacionales en el orden social, se observa que sus bases profundas demuestran aptitud para la consecución de la empresa propuesta. Pero alientan en cambio en su superficie defectos importantes que necesitan ser corregidos: ética, modestia, jerarquía, prudencia y espiritualidad serán las armas de lucha, entre otras. Todo en el marco de la justicia elemental.

Así quedan delineados los factores de la evolución nacional, sus rasgos deberán ser tenidos permanentemente en cuenta si se quiere unificar esfuerzos en la marcha del país. Ya se ha visto en principio que la naturaleza, la raza y la cultura son los elementos que en un amasar constante, van determinando la evolución nacional a través de sus características psicológicas y sociales. Ellos se van sucediendo en la preeminencia y alterando su composición a través de las distintas épocas, hasta llegar a la actual. En esta se observa la preponderancia de un factor extraño, que es el materialismo representado por la primacía económica en la vida. Desde él es preciso luchar en la hora

presente para corregir definitivamente la crisis, pero orientando siempre la lucha dentro de los lineamientos marcados por aquella evolución. En otras palabras se requiere la adecuación del factor económico, el refuerzo del étnico-cultural considerado como concepción del mundo, y el respeto de la influencia helénica.

Todas las medidas que se adopten en consecución de ese objetivo tendrán obligadamente que encauzarse dentro del estilo nacional, para resultar auténticas.

En esas condiciones, puede resultar factible la empresa cuya finalidad se viene repitiendo en este trabajo: la formación de una cultura nacional.

#### HACIA LA FORMACION DE UNA CULTURA NACIONAL:

Creo haber puntualizado, siquiera aproximadamente, los rasgos de la que llamo evolución sociológica de la nación. Estimo igualmente haber comprendido, por lo menos en parte, la naturaleza de los hilos invisibles de esa evolución. Y ellos muestran como lo suponía en principio, la potencialidad cultural latente de la república.

Como se había previsto, pese a las desequivalencias casi permanentes y a los defectos de la nacionalidad, el país ha ido cumpliendo paulatinamente su marcha de progreso. De manera que debe necesariamente creerse en su capacidad y en sus posibilidades, para ocupar un lugar destacado en la historia de la humanidad.

La idea es que ello sucede cuando los estados logran crear una cultura nacional, la que entonces impulsa y vivifica la historia; y por cultura nacional entiendo el conjunto de creaciones humanas, cuando lle<sup>van</sup> el sello específico de una nación.

Hilvnananse entonces los conceptos de acuerdo al siguiente esquema: llamando cultura a la suma de las creaciones del hombre para afrontar la vida, realizadas como objetivación del espíritu, entonces ya el individuo en sí es creador de cultura; pero a más del espíritu individual existe un espíritu colectivo, incluso nacional; por eso también las naciones, o los estados que representan su organización jurídica, son ~~creadoras~~ creadoras de cultura; y ésta se considera nacional cuando sus objetivaciones llevan un signo específico de la nación que las crea, de manera de hacerlas individualizables en el tiempo y en el espacio. En ellas es donde encuentra la historia su dirección definitiva, en una época determinada; y por lo tanto, no siendo accesibles a cualquier pueblo del mundo, denotan un nivel de superioridad con respecto a aquellos que saben crearlas, mereciendo así el reconocimiento de la humanidad.

En base a las conclusiones de este trabajo, yo me atrevo a señalar que la República Argentina muestra a través de su evolución condiciones como para lograr ese galardón de gloria universal. Pero esas condiciones hay que materializarlas en realizaciones efectivas, y ello podrá intentarse tal vez mediante las ideas expuestas enunciativamente en estas páginas.

Como lo decía al principio: si el país ha mantenido su línea de ascensión en la historia pese al cúmulo de trabas que retardaron evidentemente su progreso, es demostración palmaria de que alienta en él esa capacidad para lograr empresas mayores.

Las realizaciones en el tiempo, una vez iniciada la marcha hacia esa meta, nos dirán indubitavelmente si hemos triunfado o fracasado.

Si nunca podemos poner en práctica esta tesis, o cualquier otra orientada al mismo fin; o si hecho ello no se logra obtener las

creaciones que consagren la legitimidad de nuestro intento, habremos fracasado en la empresa.

/si

Pero como soñamos, la nacionalidad entera se une para su consecución; si surge potente y claro un espíritu argentino impulsando la vida de la patria; si de esa nación florecen creaciones auténticas y distintas para afrendar al mundo, estarán colmadas nuestras esperanzas y justificado cualquier precio, por que habremos logrado la cumbre en la cadena de la civilización.

Y si alguien recordase al pasar este trabajo, nada más pediría mi alma de argentino, para elevarse hasta el cielo.....

-----0-----

## E P I L O G O

Ahora puedo concretar en pocas palabras el contenido de esta tesis: en cuanto a la evolución nacional y en cuanto a su proyección hacia el futuro.

### La evolución histórico-sociológica nacional:

Se realiza a través de tres períodos:

- a): el período colonial: con sus dos momentos: uno dinámico, que es la Conquista, y otro de estratificación, que es la Colonia.
- b): el período nacional: también en dos etapas: la Independencia y la Organización.
- c): el período de la crisis: con dos fases: el Liberalismo y el Estatismo.

Toda la evolución muestra el predominio de dos factores medulares étnico-cultural y telúrico, bajo el signo general de la desequivalencia, que significa aquí anacronismo y desequilibrio, falta de oportunidad y adecuación en los hechos.

En el primer período se produce la formación primaria de la nacionalidad, en el ámbito de dependencia universal derivado de su carácter colonial. En él muestran toda su intensidad los factores de evolución mencionados, mediante la combinación de tres elementos (español, indio, negros) bajo la presión telúrica y en un momento histórico de transición. Los resultados son un orden social desintegrado y una base psicológica inferior, creando una cultura forzada.

En el segundo período la nacionalidad surge a la vida libre en la historia. La vocación de poder del pueblo argentino aflora con la

Independencia, en el momento en que se produce en el mundo la declinación de la hegemonía española. Después las guerras de la Organización sacuden al país. Y en todo el período, entonces, las circunstancias políticas desdibujan la apariencia de aquellos factores, que no obstante ello están siempre presente. Pero, eso sí, no hay tiempo para que la nación pueda madurar y pulir sus rasgos.

En el tercer período, el país trata de incorporarse al concierto de las naciones del mundo. Pero entonces cae como todos en garras de la crisis, y se produce el enmascaramiento de la nacionalidad, aún antes de haber podido definir sus caracteres. La crisis en sus dos fases, Liberalismo y Estatismo, produce el retardo del crecimiento cultural de acuerdo al ritmo impreso en un principio. Aquí, bajo el signo del materialismo, un factor extraño a la evolución, el factor económico, pasa a tener insolita preponderancia y acentúa el ocultamiento y confusión de la nacionalidad argentina. Y desde él habrá que encarar todo intento de reforma.

#### La proyección hacia el futuro:

De esa rápida visión de la evolución histórico-sociológica, se desprende ciertas deducciones:

- a): pese al carácter azaroso y desequivalente de la misma, el país ha conseguido superar las dificultades manteniendo siempre sino el ritmo, por lo menos la dirección de su progreso cultural.
- b): surge la intuición de un destino glorioso para la Patria, por que se observa una línea de continuidad histórica en la sucesión cultural de España, como mensajera de Roma, el catolicismo y la tradición latina.
- c): se individualiza como punto crítico un recubrimiento de los caracteres auténticos de la nacionalidad, agravados por la Crisis.

De allí que puede intentarse un nuevo esfuerzo de la Patria, hacia la superación. Y se impone un proceso de clarificación de la vida, descubriendo de nuevo sus valores auténticos.

De esta manera dirá la dimensión de sus posibilidades, por boca de sus realizaciones de cultura.

Considero, como lo expresaba en el Prólogo, que la Historia es un ente vital alimentado intermitentemente por culturas nacionales, las que le imprimen fuerza y dirección. Y la consecución de una cultura nacional es a mi entender, el signo de que la Argentina ha respondido a aquella intuición de su destino.

Para ello debe iniciarse una nueva etapa de revaloración de la nacionalidad, mediante la unidad del espíritu y la revisión de las instituciones, bajo el signo de un individualismo personalista y nuclear, cuyo centro de acción resida fundamentalmente en la familia.

De esa manera la nación podrá estar en forma, en el decir de Spengler, para conocer su futuro histórico.

Por último, como modesta contribución a ello, he propuesto una serie de ideas a aplicar en el país, con miras al logro <sup>/de</sup> su finalidad. Institucionalmente: en el orden político y económico se orientan las medidas a lograr el desplazamiento de la gravitación del Estado hacia el individuo, los órganos locales y los cuadros intermedios; en el orden social se persigue el reconocimiento de la diferenciación como base del progreso.

De tal manera surge la necesidad de reforzar la familia, organizar la ciudad, el municipio, la empresa, la clase social y la profesión, y constituir entonces un estado equilibrado que respete el estilo de la nación. Todo ello con el impulso de la escuela y la tutela de la iglesia.

Espiritualmente: se orientan las ideas a obtener la consolidación de un verdadero espíritu nacional, en base a tres principios: autenticidad, coherencia y elevación.

Y en definitiva, quedan planteados los términos del programa de recuperación que se propugna, en el siguiente orden de causalidad y preeminencia:

Iniciar una nueva marcha de la nacionalidad hacia su propia superación histórica, creando una Cultura Nacional.

Engendrar nueva energía cultural en el país mediante la revaloración y la reactivación del espíritu, y la lucha contra el materialismo.

Retornar e impulsar el espiritualismo mediante la difusión de una concepción individualista auténtica.

Lograr la autenticidad del individualismo por el refuerzo de la personalidad y de los núcleos humanos en general, fundamentalmente la familia.

## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- |   |                      |
|---|----------------------|
| 1.- "La Ciudad Indiana"   | Juan A. García       |
| 2.- "Radiografía de la Pampa"   | Ezequiel M. Estrada  |
| 3.- "Sociología de la Política<br>Hispanoamericana"   | J. Icaza Tigerino    |
| 4.- "Facundo"   | Domingo F. Sarmiento |
| 5.- "Conflicto y Armonía de las<br>Razas en América"  | " "                  |
| 6.- "Ambas Américas"  | " "                  |
| 7.- "Condición del Extranjero en América"   | " "                  |
| 8.- "Instituciones Sudamericanas"   | " "                  |
| 9.- "Política Cultural Pan Americana"   | A. A. de Melo Franco |
| 10.- "Libertad y Determinismo en el Adve-<br>nimiento de la Sociedad Política<br>Argentina" | Alberto Baldrich     |
| 11.- "Ubicación de la Política Social<br>Argentina"   | Bonifacio Lastra     |
| 12.- "Nuestra América"  | Carlos O. Bunge      |
| 13.- "El Hidalgo Español"   | Jaime Delgado        |
| 14.- "Problemas Económicos y Sociales<br>de América Latina"                                 | M. Poblete Troncoso  |
| 15.- "Estructura Social de la Colonia"  | Sergio Bagú          |
| 16.- "Economía de la Sociedad Colonial"   | " "                  |
| 17.- "Impresiones sobre la Argentina"   | Edmundo D'Amicis     |
| 18.- "Geografía Económico-Social Argentina"   | Carlos Hojvat        |
| 19.- "Casa Grande y Sensala"  | Gilberto Freyre      |
| 20.- "El Derecho Social y la Sistemática<br>del Derecho"                                    | Mario Videla Morón   |
| 21.- "Política Indiana"   | F. Solórzano         |
| 22.- "Los Morenos" (selección)  | José Luis Lanuza     |
| 23.- "Viaje por el Virreynato del Río de<br>la Plata"                                       | Tadeo Haenke         |

24.- "La Sociedad Industrial Capitalista"	José E. Miguens
25.- "Introducción a una Sociología de la Empresa Industrial"	" "
26.- "Derrotero y Viaje a España y a las Indias"	Ulrico Schmidl
27.- "La Transformación de las Razas en América"	Agustín Alvarez
28.- "Historia de las Instituciones Libres"	" "
29.- "La Rebelión de las Masas"	J. Ortega y Gasset
30.- "El Libro de las Misiones"	" "
31.- "Sociología Americana"	Agustín Venturino
32.- "Sociología Primitiva"	" "
33.- "Sociología Chileindiana"	" "
34.- "Análisis Sociológico de la Ciudad"	J. Pichon-Riviere
35.- "Medida Política del Hombre"	" "

-----o-----